TRIXIE BELDEN

1

EL MISTERIO DEL SASQUATCH



La señorita Trask y los Bob-Whites (excepto Dan) van de acampada a Idaho con los primos de Belden (Knut, Cap, y Hallie), donde ven lo que parece ser un sasquatch. El misterio aumenta cuando la criatura parece cometer un acto violento.



Kathryn Kenny

El Misterio del Sasquatch

Trixie Belden 1

ePub r1.1
Titivillus 18.06.15

Título original: *The Sasquatch Mystery*
Kathryn Kenny, 1979

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Acampada en el bosque • 1

MART BELDEN echó un leño a la hoguera. Saltaron al aire chispas que centellearon fugazmente bajo el cielo estrellado.

Hipnotizada por los minúsculos fuegos artificiales que su hermano había desencadenado, Trixie Belden murmuró un «oh» de decepción cuando las chispas descendieron sobre las cenizas.

El sonido halló eco en sus mejores amigos, Honey Wheeler, Jim Frayne y Diana Lynch; en sus hermanos, Brian y Mart; en sus primos, Knut, Cap y Hallie Belden, e incluso en su acompañante, la señorita Trask.

—Bien hecho, Mart —dijo la señorita Trask—, aunque desde luego yo no soy, ni mucho menos, una experta en cuidar hogueras.

—No hace falta ser un experto —repuso Mart— para ver que éste no es el típico fuego que le llena a uno los ojos de humo y la comida de cenizas. Es una hoguera con vitalidad y carácter. Es…

—¡Es una hoguera de Idaho! —dijo Honey, agitando su cabellera color miel.

—¿En qué consiste la diferencia? —preguntó lentamente Hallie —. Recuerdo impresionantes fuegos de acampada en Nueva York.

Cuando sus padres fueron a una conferencia sobre minería en Suiza, Hallie pasó parte de un verano con Trixie y su familia en Crabapple Farm. Ahora los padres de Hallie estaban en Sudamérica y habían dejado que sus tres hijos acogieran en su zona favorita de acampada a sus primos de Nueva York.

—Mi prima tiene razón —añadió Mart—. Hasta en el Arroyo del Campeón, en el norte de Idaho, una hoguera es una hoguera. Como es corriente, y durante el proceso de su combustión, de un cuerpo emana calor y una luz visible. Y además, como es corriente…

Mientras Mart se extendía en una de sus más pomposas peroratas, Trixie pensó para sí: *No, Mart no es corriente, se mire como se mire.*

Más allá de donde alcanzaba el resplandor de la hoguera, podía oír la agitación y los murmullos del bosque y de sus extraños habitantes. Los que cazaban de día dormían en nidos y madrigueras. Los depredadores nocturnos merodeaban al acecho. Se estremeció un tanto y se acercó aún más a Knut. Con una estatura superior a 1,82m, Knut se parecía lo suficiente a Brian como para que se le considerara hermano suyo en vez de primo. Trixie se sentía a gusto en compañía de Knut, aunque hasta aquella misma mañana no le había visto desde hacía años.

Knut pertenecía al grupo de guapos y morenos de la familia, en el que figuraban también el padre de Trixie, el de Knut, y Brian y Hallie. Su pelo negro, ligeramente rizado, estaba replegado hacia atrás, como las alas de un ave en reposo. El resplandor de la hoguera se reflejaba en sus gafas, sorprendentemente gruesas. Trixie había dado por supuesto que Knut tendría una vista de lince. Hallie siempre pronunciaba su nombre con orgullo. En cambio, llamaba a Cap estúpido, y tampoco esto se correspondía con la realidad.

Trixie se imaginó cómo sería un encuentro entre su padre, el banquero, y Cap, su sobrino de Idaho. Capelton Belden estaba tumbado en el suelo, con los pies hacia el fuego, mientras los demás se sentaban sobre leños o piedras. Los dos se caerían bien, aunque probablemente Peter Belden desaprobaría los largos cabellos

castaños de Cap, atados a la altura de la nuca, con una cinta de cuero. Desde el momento en que descendieron aquella mañana del avión en Wallace, Idaho, Trixie había advertido que tanto Brian como Mart simulaban no sorprenderse de la ondulante cola de caballo de Cap.

Cap calzaba mocasines indios. Su chaqueta se hallaba festoneada de flecos. Sin parecer exótico, Cap encajaba aquí y ahora. El aquí era una acampada en las montañas de Idaho. El ahora era la estrellada noche de un lunes de agosto.

Trixie se sentía embelesada con la ruptura súbita de su rutinario final de verano en la granja de Crabapple. Hacía menos de dos días, aún estaba lavando y pelando tomates para guardarlos en conserva, un trabajo que aborrecía. Y ahora le separaba casi un continente del valle del río Hudson. ¡Gracias a la generosidad del padre de Honey! Cuando Matt Wheeler supo que tenía que asistir a una reunión de negocios en Seattle, destinó los asientos desocupados del avión de su empresa a los «Bob-Whites de Glen», el club integrado por Trixie y sus amigos.

No había sido difícil convencer a la señorita Trask para que los acompañara. La administradora de la finca de los Wheeler estaba ansiosa por conocer algo mejor los parajes solitarios de Idaho. Como rara vez se entrometía en sus planes, la señorita Trask era siempre la preferida por los Bob-Whites como acompañante.

Dan Mangan era el único Bob-White que no había podido volar hacia el Oeste, debido a su empleo temporal como monitor en un campamento juvenil de Nueva York.

Recordando que Dan y Hallie se habían hecho buenos amigos durante la visita de ella al Este, Trixie le dijo, desde el otro lado del círculo que formaban en torno a la hoguera:

—Hallie, Dan me dio recuerdos para ti. Le hubiera gustado venir.

—Gracias, Trix. Yo también esperaba que viniera.

A la mención del nombre de un chico, los hermanos de Hallie se miraron, pero ninguno se burló. A Trixie le gustó. De haberse tratado de ella, Mart habría declamado toda la escena del balcón de Romeo y Julieta.

Knut cambió de postura y dirigió la mirada hacia los altísimos pinos. Al cabo de un rato dijo:

—Estrellas, ocultad vuestras luminarias.

Su tono era anodino, como si hubiese dicho: «Por favor, pásame la mantequilla».

—Caramba —murmuró Trixie—. ¿Es tuyo?

—Ni hablar —replicó Knut de buen talante.

—Shakespeare lo hace mejor que él —repuso Jim.

—No hay nada malo en citar a Shakespeare —manifestó Hallie, mirando con orgullo a Knut.

A sus trece años, Hallie Belden era hermosa. De constitución estilizada y frágil, su suave pelo recogido en trenzas era tan negro como el de Brian. Sus ojos poseían el color de las moras maduras y sus cejas nunca necesitaban ser depiladas. A Trixie no le costaba ningún esfuerzo imaginarse a Hallie como hija de un rajá, envuelta en sedas sutiles, pero allí estaba sentada con sus raídos vaqueros, una vieja camisa a cuadros y unas botas desgastadas. Trixie dudaba de poder superar la comezón de la envidia, porque ella pesaba unos pocos kilos más que cualquiera de las otras chicas y no era alta. Resultaba difícil que pudiera considerarse guapa, pues cada vez que miraba a Mart se veía a sí misma: rizos de un tono pajizo, redondos ojos azules y pecas. ¡Mart era muchas cosas, pero no era guapo!

Algo que había dicho Brian hizo reír a Hallie. Su risa, profunda y ahogada, contagió a los demás. Dio una seca palmada y después hizo un gesto de bienvenida que abarcó a todos los Bob-Whites y a la señorita Trask:

—¡Me alegra tanto que estéis aquí… Me devano los sesos tratando de imaginar qué más puedo compartir con vosotros!

—¿Algo de comer? —sugirió Mart, solícito.

Cap pareció sorprendido:

—¿No has sido tú el que acaba de comerse nada menos que tres perritos calientes? —preguntó.

Mart simuló hallarse profundamente ofendido.

—¡Mi propio primo, mi anfitrión, llega hasta el extremo de contar los bocados con los que apenas consigo mantener este cuerpo desmedrado!

—Tú estás tan desmedrado como un hipopótamo —refunfuñó Trixie.

—Bueno, tengo un poco de sed —declaró Mart apresuradamente —. Sé que en el arroyo hay una sandía…

Knut empezó a levantarse, pero Hallie le hizo señas de que se sentara:

—Más tarde —prometió—. Comeremos la sandía más tarde.

—Eso será si conseguimos adelantarnos al puerco espín —dijo Cap.

—¿Qué puerco espín? —chilló Di.

—¡Chist! —advirtió Cap.

En el silencio que sobrevino, Trixie pudo oír los gruñidos y los bufidos de un puerco espín. También percibió otros sonidos, un silbido y un resoplido.

—Hay un ciervo cerca —susurró Knut—. Algo le ha espantado.

—¿Qué son esos chillidos? —preguntó Trixie en el mismo tono.

—Un osezno —repuso Knut.

—¿Eso quiere decir que también ronda por aquí su madre? —preguntó Trixie, aproximándose aún más a Knut.

—O que pronto rondará —replicó Knut.

Se oyó otro sonido.

Cap, aun sentado, parecía flotar. Sus ojos castaños, al acecho, parecían los de un zorro. Ningún ruido traicionaba la cercanía de nadie, pero Trixie captó un intercambio de miradas entre Cap y Knut.

Se quebró una ramita. El osezno chilló de nuevo. A Trixie se le antojó que aquel bebé del bosque parecía asustado.

Habían instalado el campamento en un calvero, junto al Arroyo del Campeón, en donde éste se asentaba por una abrupta y angosta quebrada. Los sonidos llegaban hasta el campamento como transmitidos por un megáfono: una serie de gruñidos, ladridos y gemidos…, un seco silbido…, un insinuante «suka, suka». Y luego, tras una espera anhelante, un prolongado y extenuado «aouuuuuum».

—Se marcha —dijo Knut.

—¿Qué era? —preguntó Jim—. ¿Qué animales hay por aquí?

Knut pareció no haber oído la primera pregunta.

—Oh, lo habitual —repuso—; pumas, ciervos, alces, osos pardos, mofetas, marmotas silbadoras.

—Yo creía que una marmota era una especie de roedor —se aventuró a comentar Trixie.

—Lo es —respondió Cap.

—Pues menudo ruido hacía —declaró Trixie.

—Tal vez se trataba de una rata gigantesca —dijo Di, nerviosa.

—Tal vez —replicó Cap.

Partió un palo seco. El sonido repercutió como un disparo.

Inmediatamente, el bosque que les envolvía se tornó tan silencioso que Trixie pudo percibir el borboteo del agua, que más allá del círculo de luz de la hoguera formaba remolinos en torno a unas grandes y blancas piedras. Por mucho que se esforzaba en mirar, sólo podía distinguir al otro lado de aquellas rocas una impenetrable negrura. De repente se le antojó que era muy importante saber exactamente en dónde se hallaba en aquel mismo momento, en dónde estaría cuando apoyara su cabeza en la almohada y en dónde se encontraría cuando despertara a la mañana siguiente.

—¿Y en dónde estamos ahora? —preguntó por fin—. Con tantas curvas en la carretera, desde que esta mañana salimos de Wallace, creí que nos llevabais a la Luna.

Cap se rió entre dientes.

—Y eso fue, prima. Te llevamos a la Luna y seguimos en camino.

Trixie frunció el entrecejo.

Knut tendió sus manos para oprimir rápidamente las suyas y tranquilizarla.

—El puerto se llama de la Luna —explicó—. Hay también una montaña de la Luna y un arroyo que lleva ese nombre. Cap estaba bromeando.

—Como un estúpido —añadió Hallie.

—Estamos en el Bosque Nacional de St. Joe, en el norte de Idaho —prosiguió Knut—. Tal vez hayas visto los indicadores de las sendas cuando vinimos en coche esta mañana. La mayor parte de la mitad septentrional de Idaho se halla cubierta por la extensión más grande de pino blanco virgen que queda en los Estados Unidos. Esta zona está dividida en cinco bosques nacionales. El Kaniksu y el Coeur d’Alene abarcan desde la frontera canadiense hasta la región minera. Después viene Joe, que cubre todo el espacio comprendido entre la Sierra de Biterroot, en el límite de Montana, hasta los campos de trigo del Oeste. Las minas se hallan en buena parte en las montañas

de Coeur
d’Alene
. La sierra que hay después, más al Sur, es St. Joe. El bosque se prolonga hacia el Sur hasta llegar a las tierras de pastos.

Cuando Knut se alzó para señalar en el cielo los puntos cardinales, su sombra adquirió proporciones monstruosas y se desplazó caprichosamente al agitarse las llamas. Trixie tuvo por un instante la visión de un hombre prehistórico que reivindicara su territorio. Sintió que los corazones de estos primos de Idaho se hallaban anclados en esta tierra montañosa, tan firmemente como las raíces de su familia se aferraban a Crabapple Farm y al valle del río Hudson.

—Alrededor de nosotros —dijo Knut quedamente— hay cumbres que pertenecen a las águilas y valles en donde los animales no temen a los hombres. Hay misterios, tesoros, aventuras, peligro y una paz que se prolonga desde la tierra hasta el cielo.

—Muy poético —observó la señorita Trask.

—Y me apuesto algo a que no es de Shakespeare —añadió Honey.

—No lo es —reconoció Knut—. Gracias.

—¿Fumáis alguno? —preguntó Cap.

—No —fue la inmediata réplica tanto de chicas como de chicos.

—Perfecto —repuso Cap—. Bienvenidos a la comarca de Joe.

Después de que Knut se sentara, Trixie dijo:

—¡Que alguien me pellizque! ¡Debo de estar soñando! ¡Cuando mañana me despierte no tendré que echar comida a las estúpidas gallinas!

Se unió a las risitas provocadas por sus palabras. Nadie podría acusar a Trixie Belden de disfrutar de tales quehaceres. Lo que más le interesaba siempre era el misterio, y esta comarca de Joe debía de ocultar un millón de misterios sin resolver. ¿Por qué si no se le había erizado el rubio vello de sus brazos desnudos?



En aquel momento, un aullido aterrador, que brotó del comienzo del cañón, alcanzó invisibles cimas y resonó interminablemente: ¡fliiip… fliiouiippp!

Cap se puso en pie de un salto y empezó a alimentar a toda prisa la hoguera.

—Estás utilizando la leña de mañana —objetó Hallie.

—¿Y qué? —replicó Cap.

—¡Que no seas tonto!

—Mira, yo corté esta leña. Puedo partir más.

El fuego lamió los leños que había arrojado Cap. La luz creció en intensidad, al igual que el esfuerzo de Cap.

Sin comprender por qué, Brian y Jim comenzaron a lanzar a la hoguera todas las pequeñas astillas secas que pudieron hallar en el círculo iluminado. Knut se desplazó hasta donde concluía éste y escrutó la oscura grieta del cañón.

Trixie se encogió sobre el leño que Knut y Jim habían abandonado. Estaba segura de que volvería a oír el aullido.

Y así fue. Esta vez procedía de algún lugar situado tras las rocas blancas. Cuando inspiró con fuerza, para no chillar, le sofocó un hedor de pescado podrido y de ratones muertos.

Turnos de guardia • 2

UN PUMA AULLÓ, al tiempo que Hallie contenía la respiración.

—Pero ¿de qué es ese olor tan horrible?

—Carroña —dijo Knut.

—Un atrapabejas —le corrigió al momento Cap.

Trixie reparó en el nuevo intercambio de miradas entre sus primos.

Como el resto de los allí acampados, la señorita Trask experimentaba evidentes náuseas.

—Bueno, ¿y eso qué es?

Knut titubeó y después repuso:

—Por lo general, Cap suele tener razón siempre que se trata de cuestiones del bosque. Sí, es un atrapabejas.

—Hemos pasado aquí la mayor parte del día montando el campamento —dijo Hallie categóricamente—. No he visto otro coche cerca. Tampoco oí el ruido de ninguno, ni siquiera de una moto. ¿Quién ha puesto entonces ese atrapabejas?

Knut se ajustó las gafas y esperó a que hablara Cap.

Cap se dirigió hasta el límite del círculo iluminado por el fuego.

—Tal vez un pescador mientras limpiaba sus truchas. O a lo mejor alguien que haya acampado por aquí.

—Alguien que quizás ya se ha marchado —añadió Knut, coincidiendo con la opinión de Cap.

Pero no en vano Trixie tenía también hermanos para comprender que sus palabras carecían de sentido. Knut y Cap estaban inventando una explicación basada en pocos indicios. Sabían tan poco como ella de la causa de aquel fétido olor.

Hallie, tapándose la nariz, declaró:

—Pues mejor sería que cambiaran de receta.

—O su política de buena vecindad —añadió Brian, con una risa forzada.

—¿Y por qué le interesa a alguien atrapar una abeja? —preguntó Di—. Yo pensé que resultaban buenas para fabricar miel y dejarla en los árboles, en donde los osos se la comen.

La carcajada de Knut quebró la tensión.

—Ésa es una manera de ver las cosas, Di pero, cuando estás tratando de limpiar pescado o de cocinar, esos bichitos pueden volverse muy molestos. Los leñadores consiguen cierta protección colocando una cesta de alambre a corta distancia de donde trabajan. Untan pescado podrido, por lo común sólo las cabezas, con manteca de cocina y otras cosas que se vuelven rancias al sol. Ponen la mezcla en la cesta y permiten que la Naturaleza siga su curso. Las abejas son carroñeras. Se lanzan al pescado podrido y dejan en paz a los pescadores.

Di arrugó la nariz con repugnancia.

La parda coleta de Cap osciló cuando abandonó su sitio y se sentó junto a ella.

—No te preocupes —dijo—. Ya nos ocuparemos de eso por la mañana.

Cambió el viento y pronto les fue posible respirar a sus anchas. Aun así, Trixie percibía una cierta inquietud en el bosque. Una gran lechuza voló bajo sobre el calvero. Los coyotes discutieron, llegaron a un acuerdo y se pusieron en marcha. Una vez creyó oír al desamparado osezno.

Trixie aceptaba la teoría según la cual nada había de noche en el bosque que no estuviera allí a la luz del día. Pero aquel pensamiento resultaba más tranquilizador cuando se hallaba en el coto de caza de los Wheeler, en su tierra del río Hudson. Ésta era la vasta comarca de Joe en Idaho. Nadie sabía quién podría estar observando cada paso que ella diera.

Trixie se encogió, inclinada hacia el fuego.

—¿Tienes frío? —preguntó Knut—. ¿Quieres que te traiga un jersey? Aquí la temperatura baja mucho después de ponerse el sol.

—No, gracias, Knut —respondió al punto Trixie—. Es que pensaba en mi casa y… ¡una oca pasó sobre mi tumba[1]!

—¡Cuán apropiado! —exclamó Mart—. Con frecuencia he reparado en que los animales vertebrados de sangre caliente, caracterizados por su reproducción ovípara y cubiertos por una excrecencia epidérmica, se muestran inclinados a reunirse. Por eso

una gansa palmípeda buscaría a alguien de su clase, es decir, a una tal Beatrix Belden, de catorce años de edad, familiarmente conocida como Trixie y copresidente del, por lo demás, inteligente grupo de jóvenes denominado los Bob-Whites de la Cañada.

La mano de Mart describió un giro para abarcar a Di, Jim, Honey, Brian y Trixie.

Su hermana abandonó su contraída postura.

—¡Dios mío… haría falta un diccionario para asegurarlo, pero creo que me estás insultando!

Jim Frayne se tendió cómodamente a la derecha de Trixie.

—Si es así, realmente se ha excedido y nos ha llamado a todos gansos, incluyéndose él mismo. A no ser que recientemente Mart haya presentado su dimisión como miembro de los Bob-Whites. ¡Y yo, el otro copresidente, tendré el gusto de tomar en consideración una moción para que su dimisión sea aceptada sin más trámites!

—¡Yo apoyo la moción! —gritó Hallie, agitando una mano, que Mart pronto capturó y la hizo bajar.

Como en todo lo referente a Mart Belden, Di Lynch no estaba dispuesta a tolerar críticas.

—No puedes hacer eso, Hallie —protestó—. Nadie ha presentado hasta ahora una moción y por lo tanto no puedes apoyarla.

—Yo estoy dispuesto a hacerlo —declaró Brian.

Mart se golpeó la frente y dijo:

—Traicionado primero por mi propia lengua y luego por la de mi hermano.

Hallie dio una palmada y sonrió, al tiempo que decía a sus dos hermanos:

—¿Veis? ¡Ya os dije que resultaba divertido ser un Bob-White!

—Nosotros no somos miembros —manifestó Knut.

—Ya lo eres —dijo Jim—. Todos los que estén a favor de aceptar a Hallie, Cap y Knut como nuevos miembros honorarios, que digan «sí».

—¡Sí! —gritaron los visitantes neoyorquinos.

—¿Y qué hemos de hacer ahora? —preguntó Cap—. ¿Ponernos plumas en el pelo?

—¡Seriedad, por favor! —suplicó Trixie—. Es…, bien, es un honor pertenecer a los Bob-Whites de la Cañada. Estamos

comprometidos a ayudarnos unos a otros, o a cualquiera que lo necesite, y nuestras actividades son semisecretas. No vamos jactándonos por ahí de las cosas buenas que hacemos.

—Nuestra señal es la llamada de la codorniz —añadió Honey— y la empleamos sólo cuando realmente necesitamos ayuda. Frunció los labios y emitió un nítido y armonioso silbido.

—Eso es mejor que el «flip, fliouip».

Por lo bajo Cap imitó con un silbido el aullido insoportablemente solitario que había resonado por todo el cañón hacía tan poco tiempo.

—¿Has… has oído ese grito antes? —preguntó Trixie.

Cap hundió el tacón de un mocasín en la capa de hojas aciculares de los pinos. Tras un largo silencio, alzó la vista.

—Unas pocas veces —fue todo lo que dijo.

—¿Y tú, Knut? ¿Y tú, Hallie? —les interrogó Trixie.

—Yo no —replicó Knut—, pero Cap me ha hablado de eso.

—¿Teme alguien sufrir una amigdalitis si nos revela su terrible secreto? —preguntó Hallie.

—No tiene importancia, Hallie —repuso Cap—. Él ya se ha marchado.

—¿Él? —preguntó Mart, que estaba alerta—. ¿Cómo sabes que es «él»?

—No lo sé —replicó Cap—, pero su talla rebasa los dos metros y…

—Ya está bien, Cap —advirtió Knut pausadamente.

Cap se levantó con rapidez y preguntó:

—¿Quién quiere ayudarme a servir la sandía?

—¡Yo! —se ofreció Mart.

Los dos primos se dirigieron al arroyo para extraer de las heladas aguas dos grandes sandías. Hallie corrió a buscar una gran fuente de metal y la colocó en la amplia mesa portátil. Cap desenfundó el cuchillo de monte, que llevaba sujeto a su ancho cinturón. Cuando abrió la primera sandía, chasqueó como un tiro de fusil.

—¡Oh, qué bien! —exclamó Di, al tiempo que se ponía en pie de un salto para ayudar a Mart a repartir las apetitosas raciones.

Mientras Mart hacía como que pesaba y medía las rajas para asegurarse de que eran iguales, Trixie se concentró en cada tenue

sonido que procediera de la oscuridad. ¿Qué había en ese bosque que pasase de los dos metros de altura? Un oso podía alcanzar semejante altura levantándose sobre sus patas delanteras. Un ciervo no hacía semejante ruido. ¿Qué otro ser…? Se quedó contemplando su porción de sandía, sin verla…

—Sé que probablemente la sandía no es la comida favorita de una oca —insinuó Mart—, pero…

Trixie le ignoró.

—¿Qué altura tiene un alce? —preguntó a Knut.

—Hasta el morrillo, más de dos metros —respondió.

—¿Qué clase de sonido hace?

—Brama. ¿Has oído a un elefante en un circo? Pues es un sonido similar —Knut comprendió la intención escondida tras las preguntas, y añadió—: No te preocupes, Trixie. Hasta ahora nadie ha denunciado ningún incidente.

Knut se volvió hacia la señorita Trask, que quería saber cómo reconocer el famoso pino blanco de Idaho. Trixie oyó cómo Knut explicaba:

—Sus hojas aciculares se agrupan de cinco en cinco. El árbol crece derecho. Puede llegar a alcanzar sesenta metros de altura.

Ningún incidente hasta ahora —pensó Trixie—. ¡Qué manera tan curiosa de decirlo! ¿Qué clase de incidente? ¿Y en dónde habría que dar cuenta? ¡Cap no hubiera formado una hoguera de tal altura para ahuyentar a un alce!

Cuando ya había sido devorado el último bocado de la jugosa sandía, Cap recogió las cáscaras y las amontonó en la fuente.

—No es necesario enterrarlas. Los puerco espines darán cuenta de estos manjares mañana por la mañana. Las echaré al arroyo para que los zorros no anden vagando por el campamento toda la noche.

—Si te tropiezas con un atrapabejas, ten cuidado, ¿eh, Cap? —dijo Hallie.

Cap pareció sorprendido y luego murmuró:

—Oh, sí, desde luego.

Y empezó a andar por la oscuridad, llevando el montón de cáscaras.

—¡Eh, espera! —gritó Mart, corriendo tras él.

Trixie les observó mientras se alejaban, consciente de su extraordinario parecido. Aunque Mart era charlatán y Cap, callado;

Mart, activo y Cap, atento; Mart, conservador en sus gustos, mientras Cap tenía su propio estilo, ambos compartían el amor por la tierra. Ambos se sentían unidos a las criaturas y a los frutos de la tierra. Se preguntó si también compartiría Cap la memoria que permitía a Mart citar a voluntad artículos de enciclopedias y dar cuenta precisa de datos curiosos que captaban su atención.

Se volvió para preguntar a Knut:

—¿Lee mucho Cap?

—Depende de lo que entiendas por mucho —replicó Knut con una sonrisa que era un duplicado de la de Brian—. Su profesora de lengua diría que jamás abre un libro, pero desde luego se equivoca. Va a menudo al puesto de observación del Servicio Forestal y se sabe de memoria todos los folletos del Gobierno.

—¿Entonces Cap sabe todo lo referente a los bosques? —insistió Trixie.

—Lo sabe —dijo escuetamente Knut.

Volvió la cabeza para escuchar con atención.

Una vez más se oía el «suka, suka, suka», apenas un susurro, aguas abajo, en el arroyo.

Trixie respiró hondo y comprendió que había estado reteniendo el aliento mientras aguardaba a que reaparecieran Cap y Mart. Un pequeño gruñido de Knut le permitió advertir que también él se sentía aliviado cuando los jóvenes regresaron, entonando la cantilena infantil «Jack y Jill». Trixie deseó de corazón que no hubieran escogido a propósito esa canción en aquel instante. Porque tanto Jack como Jill acababan despeñándose por un cerro.

La señorita Trask se puso en pie y sacudió de hierbas y briznas sus vaqueros nuevos y crujientes.

—Es hora de acostarse, amigos míos —anunció—. Ahora, decidme, ¿qué hacemos con la hoguera?

—Knut y yo nos ocuparemos de eso, señorita Trask —respondió Cap rápidamente—, si los demás nos ayudan a traer agua.

Pronto una serie de cubos llenos de agua rodeaban el fuego, aunque no se vertió ninguno sobre las brasas. Trixie oyó cómo Cap preguntaba a Knut:

—¿Hasta las dos o después?

La curiosidad de Trixie le proporcionó una demoledora sorpresa. Sus primos no proyectaban extinguir la hoguera. ¡Iban a montar

guardia!

¿Era eso normal?

Honey compartía la pequeña tienda de Trixie, y Di y Hallie ocupaban otra. Las entradas a las dos tiendas se hallaban frente a frente, lo suficientemente cerca como para darse la mano desde una tienda a otra.

—¿Queréis que charlemos y nos riamos un poco? —preguntó Hallie a sus invitadas.

Di y Honey aceptaron de buena gana, pero Trixie no se hallaba de humor. No le era posible, cuando estaba viendo a Knut haciendo guardia, armado únicamente con una linterna.

¡Sasquatch! • 3

NO ACOSTUMBRADA a la estrechez del saco de dormir, Trixie se despertó varias veces durante la noche.

En una de esas ocasiones, Honey se despertó al mismo tiempo:

—¿Es que no duermen nunca tus primos? —murmuró—. ¿O es que aguardan al invierno y se aletargan entonces como los osos?

Trixie hizo una mueca forzada.

Mucho después de que Honey volviera a dormirse, Trixie apoyó su rizada cabeza en una mano para observar la cambiante luz de la hoguera. Supo cuándo dieron las dos porque, sin hacer ruido, Cap se reunió con Knut. Hablaron en voz baja mientras Cap se abotonaba su chaqueta.

Cap no era tan alto ni tan corpulento como Knut, pero en cierto modo Trixie se sintió más segura cuando el joven montañero de mocasines y chaqueta de cuero se tendió en el suelo, junto al fuego. Cap y el bosque estaban indisolublemente unidos.

Oyó decir a Knut:

—Capelton, si me necesitas, silba.

—De acuerdo, Knutson, lo haré.

A Trixie le pareció curiosamente tranquilizador aquel inesperado formalismo. Era magnífico saber que Knut y Cap Belden se respetaban mutuamente, aunque ella ignorara por qué estaban montando guardia. Comprendió que Knut había tratado de distraer su atención al referirse a la altura de un alce. ¿Qué importaba que alcanzara más de dos metros hasta el morrillo? ¿Qué había en este campamento que pudiera atraer a un alce? Además, ningún alce podría haber hecho los ruidos que escucharon. Cuando Trixie se quedó al fin dormida, aún seguía tratando de decidir qué animal habría emitido semejantes sonidos.

Todo el mundo decía que Trixie debería haberse apellidado «Curiosidad». Fue su necesidad de entender lo que resultaba

misterioso la que empujó a Honey y a ella a pensar en constituir la Agencia de Detectives Belden-Wheeler. En la tranquila comarca en que residían habitualmente ya habían resuelto varios misterios. Investigaron fuera de sus casas varias veces y su trabajo había obtenido una gran notoriedad. Aquellos misterios estaban relacionados con cosas robadas, testamentos perdidos, errores de identidad e incluso un bebé perdido. Pero nunca se enfrentaron con un misterio cuyos indicios fueran un aullido en la noche y un olor.

Aún desasosegada tras la emoción de sobrevolar el continente, Trixie se despertó cuando los pájaros saludaban con sus trinos el nuevo día. Bostezó. Atónita, se incorporó dentro de su saco, llevándose una mano a la boca.

¡Ah, pescado! ¡Allí estaba, otra vez, aquel olor fétido y nauseabundo!

Un tenue y seco ruido le indujo a averiguar si Cap aún seguía de guardia.

Como si fuera a cámara lenta, Cap alzó sus rodillas hasta que casi tocaron su pecho. Comenzó a levantarse centímetro a centímetro, como una seta que se desarrollara de golpe. Lentamente tendió un brazo hacia el fuego, y retiró un largo tizón humeante con su mano derecha.

Trixie se deslizó fuera del saco de dormir y puso un pie descalzo sobre la fría lona del suelo. Primero tenía que despertar a Honey, luego a Hallie y a Di y después a la señorita Trask; ¿podría llegar a tiempo adonde dormían los chicos?

Pero, cuando Trixie empezaba a tender su mano para tocar a Honey, se impuso su sentido común. Cap no había hecho ningún ruido. *Si Cap creyera que debía despertarles, gritaría, ¿no?*

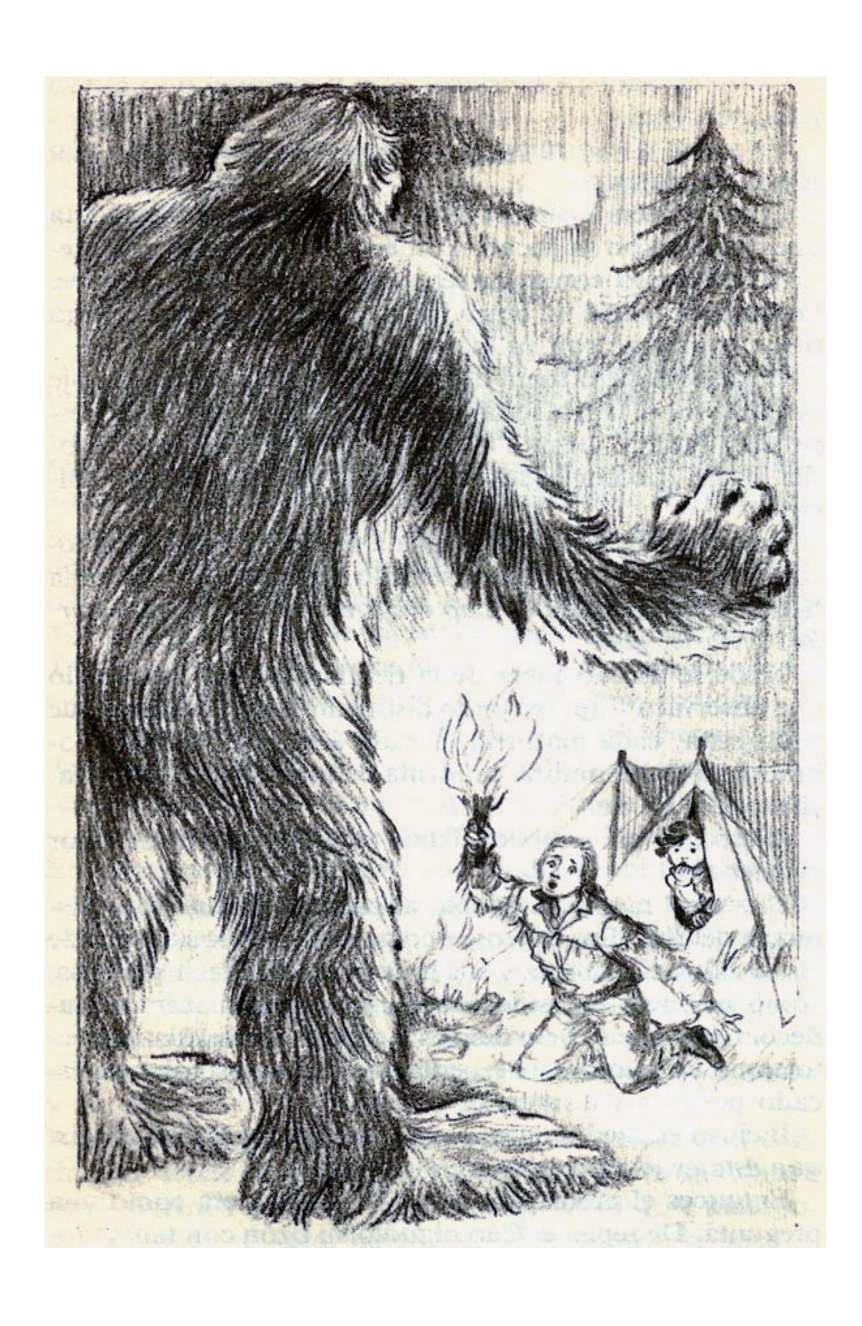
Trixie se asomó fuera de la tienda para ver qué era lo que observaba Cap. No pudo distinguir nada… excepto que cada peña, cada matorral, o cada árbol caído había cobrado, en la penumbra, la forma de una bestia fantástica. ¡Entonces lo vio!

¿Pero qué era aquello? Trixie se quedó paralizada por el miedo.

Una cosa muy alta estaba, al parecer, a muy poca distancia de Cap. Los brazos le colgaban hasta más abajo de las rodillas. Su cabeza y sus hombros se hallaban unidos, como grotescas bolas de nieve pegadas para hacer un muñeco. Cubierto de pelo de pies a cabeza, se mantenía erecto como un hombre y despedía aquel

apestoso olor a pescado podrido y a ratón de campo.

Incluso en medio de su pavor, Trixie pensó para sí: *¡Así que éste es el atrapabejas de Cap!*



Entonces el monstruo gimió. El sonido era como una pregunta. De repente, Cap blandió su tizón con tanta violencia que el fuego cobró vida. El monstruo retrocedió. Aunque era enorme, Trixie no percibió el chasquido de una sola ramita bajo sus patas.

¿Era esto lo que Knut había querido decir al referirse a un incidente? ¿Qué podía hacer ella? Trixie apretó los nudillos contra los dientes.

Cap parecía demasiado pequeño y vulnerable ante ese enorme monstruo del bosque, Durante un instante eterno se miraron el uno al otro, con las brasas por medio. El monstruo chasqueó sus colmillos, se agitó inseguro y luego desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Sólo el olor que persistía aseguraba a Trixie que no había sido una pesadilla.

Cap devolvió el tizón a las brasas. Parecía tan impresionado que Trixie salió de la tienda a la carrera.

—¡Cap! —dijo—. ¿Qué era eso?

—El sasquatch —respondió.

—¿El qué?

Cap se fijó entonces en Trixie. Le dijo con rudeza:

—Ve a ponerte las botas. Vas a congelarte.

Caminando insegura, a saltitos sobre sus delicados pies, Trixie regresó a la tienda y se calzó las botas. Comprendió lo ridículamente vestida que iba y se arrebujó en la manta que cubría su saco de dormir. Cómodamente envuelta, regresó adonde estaba Cap.

—¿Qué es un sasquatch? —preguntó sin más preámbulos.

Cap no respondió inmediatamente.

—Lo viste, ¿no es cierto? —dijo por fin.

Interrogada a quemarropa, Trixie titubeó.

—¿Por qué…?

Tenía que estar muy cerca de Cap, aunque sólo fuera para ver su semblante con claridad a la primera luz del alba. Incluso aquel tronco, junto a la tienda de la señorita Trask, parecía un oso.

—Creo… creo que sí —respondió.

Cap se llevó los dedos a los ojos.

—Sí, no estaba soñando.

Trixie recordó el intercambio de miradas entre Cap y Knut.

—¿Lo habías visto antes? —insistió.

—No, pero lo había oído varias veces. Lo he olido y he seguido su rastro. Pero ésta es la primera vez que lo veo.

—¿Volverá? —preguntó Trixie más tranquila.

—Probablemente no. Se alimenta de noche y está amaneciendo. Por fortuna, ha sido un encuentro amistoso.

—Caramba, ¿y llamas a eso amistoso?

—Bueno, no nos hizo nada, ¿verdad? —Cap avivó las brasas—. Necesitaremos fuego para el desayuno —murmuró.

—Desayuno —repitió Trixie, sumida en la reconstrucción del extraño encuentro—. Cap, ¿qué es un sasquatch?

Cap se encogió de hombros.

—Es un primate o mamífero de algún tipo. Vive en las tierras altas. En Asia lo llaman yeti o el abominable hombre de las nieves. Aquí lo llamamos sasquatch o patudo.

—He oído hablar del hombre de las nieves —dijo Trixie—, pero siempre pensé que se trataba de algún invento para que la gente visitara el Himalaya. Ya sabes, como ir a Escocia, para ver el monstruo del lago Ness.

Cap parecía divertido.

Las mejillas de Trixie cobraron calor.

—O una leyenda como la de Rip Van Winkle en nuestra tierra[2].

Cap removió el fuego con su bastón.

—Una leyenda bastante desagradable, ¿no te parece? —luego se volvió hacia Trixie—. No somos los primeros en ver al sasquatch, ni seremos los últimos. En poco tiempo se le ha visto centenares de veces. Lo que me sorprende es en la comarca de Joe. Jamás soñé con encontrármelo tan tierra adentro.

Cap meneó su cabeza para despejar el sopor que acusaba por la falta de horas de sueño y la tensión desaparecida.

—Para ser honesto, Trixie, jamás pensé que vería uno, y punto.

—Tal vez lo soñamos —dijo esperanzada Trixie. A medida que la luz inundaba el campamento, su terror desaparecía.

—Un sueño —dijo Cap resoplando—. En cierto modo fue maravilloso. ¿No te parece? Ahora sé lo que sienten los científicos cuando descubren algo de hace muchísimos millones de años.

—Claro, pero esas cosas acaban en los museos. ¡Esta cosa estaba aquí mismo, vivita y coleando! —Trixie se sentía aturdida—. Tal vez… tal vez lo que vimos era un mono.

—No lo hay tan grande.

—¿Y un gorila? Podría haber escapado de algún parque zoológico o del tren de un circo. ¿Ha habido recientemente algún accidente ferroviario en el Noroeste?

Trixie sabía que estaba agarrándose a un clavo ardiendo, pero se le hacía insoportable la idea de que un monstruo, ni hombre ni bestia, hubiera puesto sus patas en aquel mismo suelo.

—Las huellas nos lo dirán —dijo escuetamente Cap. Hizo con sus manos una pantalla para sus fatigados ojos, contra los rayos del sol que atravesaban los altos pinos—. Ya hay luz suficiente. Vamos.

Cap abandonó la hoguera, agachándose para observar el terreno. Trixie le siguió, sujetando su manta y caminando vacilante sobre sus botas desatadas. Cap describió tres círculos cada vez más grandes hasta encontrar la primera huella clara. Se detuvo y silbó:

—¡Trix, mira el tamaño que tiene!

—Ya lo veo —murmuró—. ¿Cuántas manos mide?

—¿Manos? —preguntó sorprendido Cap.

—Ya sabes, como cuando se miden caballos. Un palmo mide unos diez centímetros.

—Ah, sí —rápidamente Cap desplazó mano sobre mano. Después se sentó sobre sus talones—. Esta huella mide por lo menos cuarenta y cinco centímetros.

—¡Diablos! —dijo Trixie.

—Vamos a ver adonde fue —reparando luego en la manta de Trixie, Cap añadió—: Esperaré hasta que te vistas.

—¡Oh, sí, por favor!

Las largas piernas de Cap le llevaron del círculo de la hoguera hasta la minúscula tienda de Knut, antes de que Trixie hubiese llegado a la suya. Cap silbó secamente.

Knut contestó enseguida.

—¿Eres tú, Cap?

—El mismo que viste y calza —dijo—. Llamaré a los demás chicos.

—¿Despierto yo a las chicas? —le gritó Trixie.

—Me parece muy bien —repuso Cap—. ¿Por qué han de dormir cuando nosotros estamos despiertos?

Al cabo de unos minutos, el claro del bosque se llenó de murmullos, bostezos y gritos. La señorita Trask asomó sus grises

cabellos por la entrada de su tienda para preguntar:

—¿Es ésta la hora habitual de levantarse?

Tirando del extremo de su camisa de franela, Hallie voceó:

—¡Ya es de día!

Aun siendo la primera en despertarse, Trixie fue la última de las chicas en reaparecer junto a la hoguera, completamente vestida, lavados los dientes y peinado el pelo. Miró a Cap y alzó las cejas en una muda pregunta.

—No se lo he dicho —dijo él.

—¿Decirnos qué? —quiso saber Di.

—Hemos tenido visita —empezó Cap.

Hallie arrugó la nariz.

—Uf, todavía puedo oler ese apestoso atrapabejas. ¿Lo trajo consigo tu visitante?

—Algo así —respondió Cap.

—En realidad, él era el atrapabejas —añadió Trixie.

—¡Explícate! —exigió Mart.

—Haré algo mejor que eso —repuso Cap—. Os lo mostraré.

Se dirigieron hacia la huella.

Brian se puso en cuclillas para estudiar la gigantesca pisada. Los dedos, todos de igual tamaño y casi terminados en la misma línea, habían abierto un profundo surco en la tierra. Brian murmuró algo acerca del bajo arco y del ancho talón. Se mostró completamente sorprendido por la doble protuberancia carnosa en la base del dedo gordo.

—¡Esta huella tiene tres veces la superficie del pie de un hombre! —declaró Brian—. ¿Qué… —se aclaró la garganta— lo hizo?

—El sasquatch —dijo Trixie.

—Oh, Trixie, eso es un mito —afirmó su hermano mayor.

—No estés tan seguro —le advirtió escuetamente Trixie.

Sólo hay un camino • 4

LOS OJOS VIOLETA de Di se agrandaron llenos de inquietud.

—No sé de qué estás hablando y estoy completamente segura de que tampoco quiero saberlo.

—Yo creo que lo sé —dijo la señorita Trask—, pero he de decir que siempre puse al sasquatch en la misma categoría que los duendes y los fantasmas. Y no es que esta huella no resulte convincente, pero… —la señorita Trask pasó un brazo en torno a los temblorosos hombros de Di y la atrajo hacia las cajas de provisiones situadas en la cocina.

Volviéndose un momento les dijo:

—Podremos discutir mejor este asunto cuando nos hayamos alimentado adecuadamente.

Como si estuviera mandando tropas, la señorita Trask asignó tareas con voz cordial y eficiente.

Trixie oyó a Cap murmurar a Knut:

—Creí que habíamos dejado a Ollie en casa.

Trixie sabía que Ollie era su criada.

—Querréis a la señorita Trask cuando lleguéis a conocerla bien —les aseguró Trixie—. ¿Os gustaría que alguien os despertara de un profundo sueño al amanecer para deciros que un… un sasquatch acaba de abandonar el campamento? En cualquier caso su idea es buena, la de desayunar, me refiero.

—Yo me muero de hambre —declaró Cap—. Y apuesto cualquier cosa a que a Mart le sucede lo mismo.

—Si tú lo dices, tendrás razón —dijo Mart cuando les alcanzó—. ¿Qué es lo que sucede y cuál es mi tarea?

Trixie comprendió que Mart no había oído a la señorita Trask. Sabía también que a Cap se le había asignado el cometido de fregar los platos. En consecuencia, dijo a Mart:

—Sucede que te toca fregar todos los platos, hermano

hambriento.
Trixie se apresuró a poner la mesa.
—Sabía que lamentaría haberlo preguntado —murmuró Mart.
Un tanto confuso, Cap se acercó a Trixie y le preguntó en voz baja:
—¿Qué es lo que pasa?
—Pasa que tengo buena memoria cuando alguno de mis hermanos me llama oca —respondió Trixie, alzando el mentón—. A propósito, Mart había sido designado para traer el agua, así que supongo que ahora tendrás que encargarte tú de eso.
—Magnífico —dijo Cap—. Quiero buscar más huellas antes de que se borren.
Trixie se afanó en torno a la mesa plegable, distribuyendo cuchillos, tenedores y cucharas.
—¡Por favor, espérame! ¡Yo soy el detective de la familia!
—Eso he oído —afirmó Cap con respeto.
Tomó una pila de tazones y siguió el ejemplo de Trixie.
—Bueno, con esto bastará.
Trixie se rió.
—La señorita Trask no nos dará un sobresaliente por el esfuerzo. ¡Vamos!
Balanceando los cubos, Cap y Trixie descendieron por el sendero que bajaba desde el campamento al arroyo.
—La superficie de esta tierra es blanda —dijo Cap—. Para cuando nos vayamos de aquí, habremos cambiado todo el ciclo de desarrollo de las pobres plantas que aplastamos.
Trixie examinaba ansiosamente la tierra. Andaba con cuidado sobre el terreno pelado, para evitar aplastar las plantas que se encontraba a su paso.
—No camines sobre tierra pelada —le advirtió Cap—. Ahí es donde podemos hallar alguna huella.
—Eres difícil complacerte —comentó Trixie, en medio de aquella silenciosa y atenta marcha a paso de tortuga.
A unos doscientos metros de la hoguera, las hormigas se afanaban transportando diminutos pedazos de las cáscaras de sandía que habían pasado inadvertidas para animales mayores.
Cap descifraba las huellas como si leyera las páginas de un libro.
—Una mofeta. Dos puerco espines.

—¿Cómo sabes que eran dos? —preguntó Trixie—. Es posible que uno se moviera mucho.

—El tamaño de las huellas —explicó Cap—. Probablemente una madre y su cachorro.

Silbó.

—¿Qué tenemos aquí?

Trixie se detuvo junto a Cap y observó un duplicado de la enorme huella encontrada junto al fuego.

—Le… le gusta la comida de la gente —dijo Trixie, atragantándose.

—Ahora desearía que hubiésemos enterrado aquellas cáscaras —afirmó Cap.

Trixie se rascó, tras experimentar un estremecimiento.

—Siempre siento picores cuando me enfrento con algo que no entiendo —confesó.

—A mí me ocurre lo mismo. Pero ahora tenemos un grave problema: cómo evitar el pánico.

—Caramba, tienes razón —dijo Trixie—. ¿Cómo empezaremos?

—Desayunando —replicó con firmeza Cap.

Minutos más tarde, Trixie y Cap se habían reunido con los demás y devoraban un jugoso y sonrosado jamón, grandes raciones de huevos revueltos y gachas de harina de maíz fritas. No pasó mucho tiempo antes de que la conversación volviera al tema del sasquatch.

—¿Lo viste realmente, Cap? —preguntó Brian—. ¿O simplemente…?

—Lo vi —aseguró Cap—. Lo olí. Lo oí.

—Olvidaste decir que lo probaste —Trixie arrugó la nariz al recordar el rancio y grasiento olor.

—¿No has leído nada de quienes han visto al sasquatch? —preguntó Knut a Brian.

—No mucho —reconoció Brian.

Knut frunció el ceño.

—Puedes pensar, si quieres, que la bestia es un mito, pero Cap y Trixie no simularon una huella para darnos un susto. Ni tampoco docenas de ciudadanos más. La propia Universidad de nuestro Estado ha publicado un folleto muy documentado con hechos y teorías relativos al sasquatch. Por ejemplo, uno, lisiado, fue

localizado cerca de Spokane, Washington. A vuelo de pájaro, eso está sólo a ciento veinte kilómetros de aquí. Claro que ese bicho no puede volar, pero posee unas patas extraordinariamente largas y fuertes. Si se ve obligado a hacerlo, puede recorrer un montón de kilómetros en poco tiempo.

—¿No fue un camelo eso de que lo vieron en California?

—Más de una vez. Siempre hay gente ávida de publicidad.

—Nuestros antropólogos del Noroeste —prosiguió Knut— están reuniendo todas esas noticias. El problema consiste en que no saben qué hacer con la información que ya tienen. La gente ha oído toda la vida historias de monstruos. Aunque consigan establecer alguna clase de contacto con el sasquatch, les dará miedo reconocerlo. ¿A quién le gusta que le crean chiflado?

—Bueno, ¿cuáles son los hechos? —preguntó la señorita Trask.

—Los antropólogos están clasificando los lugares y las fechas de las huellas y de los mechones de pelos que han encontrado —dijo Knut—. Han interrogado a las personas que los han visto. Oregón ha dado el primer paso para la protección de la especie. En ese Estado han aprobado una ley que prohíbe disparar contra el sasquatch. Esperan capturar un animal vivo, aunque cualquier cuerpo, vivo o muerto, constituiría la prueba definitiva de su existencia.

—¿Qué come? —preguntó Di ansiosamente.

—Algunos dicen que vegetales —respondió Cap—. Pero devorará todo lo que pueda conseguir. Estoy dispuesto a afirmar que le gusta la sandía.

La señorita Trask parecía meditar. Después dijo:

—No puedo decir que esté totalmente convencida de la existencia de tal criatura. En todo caso, Diana, estoy segura de que Knut y Cap sabrán muy bien cómo cuidar de todos nosotros.

Se produjo un incómodo silencio. Luego Cap señaló:

—Mis oídos rara vez me engañan y he oído recientemente tres nuevos sonidos…

De una manera impresionante imitó los aullidos: ¡Suka, suka, suka… aouuuuummm… flip, fliouiiip! Al oír aquellos gritos, a Trixie se le erizó de nuevo el vello de sus brazos.

—Por lecturas y por conversaciones con cazadores, he aprendido que el patudo emite cierto número de sonidos —prosiguió Cap—.

Gruñe, gime, grazna, solloza y aúlla. Incluso chilla como una enorme ardilla de los pinos. Esta primavera, un obrero del tendido telefónico afirmó haber visto grandes huellas en la nieve, en Champion. Eso está al Nordeste de aquí.

Cap señaló con el pulgar en la dirección de aquel monte.

—¿Es un pico muy alto? —peguntó Jim.

—Tiene una altura media —repuso Cap—. Algo más de mil ochocientos metros.

—El Monte Everest iguala casi a cinco picos Champion, uno encima del otro, como las capas de un pastel —añadió Knut—. El abominable hombre de las nieves de Asia vive muy cerca del cielo.

Precisamente entonces, la conversación fue interrumpida por la llegada de un tropel de muchachos que venían de acampada y que parecían nerviosos y excitados.

Su guía tendió la mano al tiempo que se presentaba.

—Soy Herb Galloway, de Walla Walla.

Se mostraba cordial, pero sus ojos vigilaban las sombras del bosque.

—Jim Frayne, del Estado de Nueva York —respondió Jim, que era el que estaba más cerca.

—¿Nueva York has dicho? Pues estás muy lejos de casa. Me apuesto algo a que no pensabas darte media vuelta y volverte a un lugar seguro.

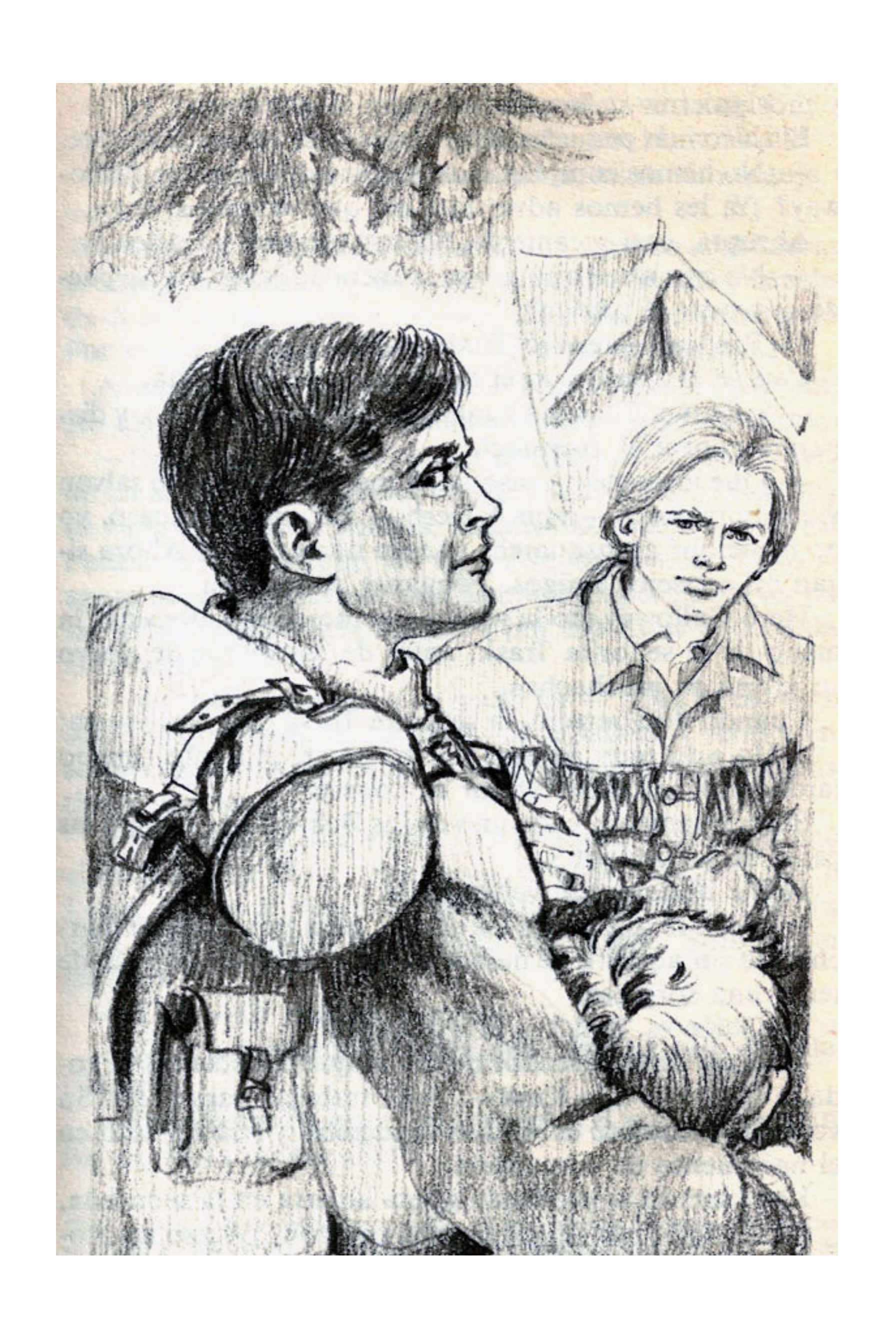
El hombre se rió con un tono anormalmente alto.

—¿Volver? —repitió Di—. Pero si acabamos de llegar…

El señor Galloway se enderezó, después cruzó los brazos ante su camisa caqui.

—Amigos, es mi deber advertirles que una peligrosa bestia ha venido a merodear por este valle. Les aconsejo que levanten el campamento y salgan de aquí antes de que se ponga el sol.

—Me alegra informar, aunque la respuesta sea negativa —los ojos del señor Herb Galloway se apartaron de Trixie y prosiguieron su inspección entre las sombras.



El chico más pequeño del grupo dijo de modo arrogante:

—¿No hemos cumplido con nuestro deber, señor Galloway? ¡Ya les hemos advertido, así que vámonos!

Abrupta, casi secamente, Mart preguntó a Galloway:

—¿No cree usted que con su manera de comportarse puede provocar el pánico?

—¿Pánico? —repitió Trixie—. Oh, Cap…

Cap se enfrentó con el hombre de Walla Walla.

—A alguno le entrarán ganas de dar gusto al dedo, y disparará contra el sasquatch.

—¿Qué importa un sasquatch más o menos si se salvan vidas humanas? —replicó Herb—. En cualquier caso, yo no mencioné al sasquatch. ¿Acaso no es cierto? Ahora sigan mi consejo, amigos. Pónganse en marcha.

Herb Galloway dio la vuelta a la mesa para estrechar la mano de la señorita Trask, antes de encabezar de nuevo su grupo de muchachos.

Cuando desapareció, la señorita Trask dijo con viveza:

—Ha sido muy amable por su parte. ¿Cuánto tiempo tardaremos en poder seguir su consejo?

Silenciosamente, cada uno de los Bob-Whites escrutó las caras de los restantes.

Hallie declaró con vehemencia:

—¡No sé lo que haréis los demás, pero yo no pienso marcharme sin advertir al menos al viejo Tank de que puede tener una sorpresa!

—¿Quién es Tank? —preguntó Di.

—Es un viejo buscador de oro al que conocemos de toda la vida —le dijo Knut—. Solía trabajar para papá. Su verdadero nombre es Anders Anderson y trabaja solo en el nacimiento de este cañón.

Knut señaló la profunda grieta abierta en la montaña.

Trixie sintió una opresión en el corazón. ¿Acaso no procedía de allí el extraño aullido que oyó por vez primera?

Si alguien vivía allí, ¿cómo podía estar Cap tan seguro de que no había habido ningún infortunado incidente? Cuando alzó la vista, su mirada se cruzó con la de Hallie.

Cap se sirvió una segunda taza de zumo de naranja y explicó:

—Tank ha vivido solo tanto tiempo que en realidad no es capaz

de mantener una conversación. Siempre te saluda diciendo: «Yo pienso que éste será buen año de cardos». Por eso le llamamos Tank[3]. A él no le importa.

A medida que Cap hablaba, se hacía evidente que Tank era alguien a quien los Belden de Idaho querían mucho.

—Tiene una zona de arenas auríferas en el lecho seco de un arroyo que confluye con el nuestro. Posee una buena cabaña y planta patatas, zanahorias, coles y cosas así. Padece reúma porque, no en balde, ha lavado el oro en aguas muy frías durante muchísimo tiempo. Le cuesta pasar la silla para ir a la ciudad y por eso Knut y yo cuidamos de él.

—No entiendo nada —se quejó Di—. ¿Qué es eso de la silla? Sé que no estáis hablando de caballos. A veces pienso que Idaho no sólo es un Estado, sino que también constituye una lengua.

—Una silla es una sierra —dijo Knut, sonriendo ante el asombro de Di—. ¿Recuerdas cuando pasamos por la Luna? Ése es el puerto de la sierra. Para volver a la ciudad, todo el mundo ha de pasar por la silla. Sólo hay un camino.

—¡Oh! —Di parecía inquieta.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Hallie arrastrando las palabras.

—Sencillamente, esto: ¿qué pasará si el sas… no sé cuántos se sienta en esa silla?

Tank • 5

EL GRUPO se sumió en un embarazoso silencio cuando consideró la posibilidad de que el sasquatch estuviera acechando en la única carretera que conducía directamente desde el Parque Nacional a las poblaciones más próximas de la región minera.

Luego Hallie se puso en pie junto a la mesa del desayuno: —El sasquatch podrá hacer muchas cosas, pero no puede estar en dos sitios al mismo tiempo. Supongamos que el viejo sasquatch está sentado en la silla. ¿A mí qué? ¡Yo voy a la cabaña de Tank, y si es necesario iré sola!

Ardiéndole las mejillas, Hallie recogió su cubierto y sus platos y se dirigió al gran barreño metálico. Allí lavó todo en agua caliente con jabón, volvió a sumergirlos en un segundo barreño de agua caliente y luego los puso a secar en un bastidor.

—Ya estoy lista. ¿Quién viene conmigo?

—Sabes que vamos a ir todos —le dijo Mart, un tanto ceñudo.

—Supongo que sí —admitió la señorita Trask, después de un instante de titubeo.

—No, hasta que esto haya quedado recogido —ordenó Cap—. No hay que dejar una sola migaja que pueda atraer a los osos.

Mientras todo el mundo hacía desaparecer cualquier rastro de comida, plegaba tiendas y aseguraba con pasadores las cajas de provisiones, Trixie trataba de memorizar sonidos, sombras y olores. Hasta que Di echó una pluma de lechuza a las brasas, sobre las que estaba Cap vertiendo agua, el agradable aroma de las hojas de los pinos, calentados por el sol, era el único olor que podía percibirse en el campamento.

—Brian, supongo que te encargarás de inspeccionar el calzado mientras lleno las cantimploras —señaló Cap.

Brian se aseguró de que todo el mundo llevaba calcetines suaves, limpios y bien estirados, con las botas bien atadas pero no

demasiado apretadas.

—¿Llevas otro par de calcetines en el bolsillo? —preguntó Cap a cada uno, al tiempo que le entregaba una cantimplora con agua.

Al cabo de unos minutos, el campamento había desaparecido. Los pájaros desayunaban temprano y ahora callaban, pero en cambio se afanaron en sus quehaceres otros pequeños animales.

Honey, que era la compañera de marcha de Trixie, comentó:

—Ninguno de los animales parece nervioso. No pienso fabricar un montón de adrenalina que luego no vaya a usar.

—Te pareces a Mart —dijo Trixie riéndose—, pero creo que entiendo lo que quieres decir.

Desde aquel momento Trixie disfrutó de la subida por el cañón, reservando tan sólo un rincón de su mente alerta. Cantó con Honey una marcha que aprendió de pequeña en un campamento.

Luego las siguió Hallie, quien, con su espléndida voz de contralto, entonó una briosa canción de mineros.

Después cantó Knut con su poderosa y agradable voz de tenor: «Dulcemente canta el asno al romper el día. Si tú no le alimentas, mira lo que te dirá…»

Con gran entusiasmo, Cap, Mart, Brian y Jim rugieron:

—¡
Jii-jo
,
jii-jo
,
jii-jo
,
jii-jo
!

Sus pies golpeaban sobre el escarpado sendero, marcando el ritmo.

—Qué engañosas son las distancias en Idaho —se quejó de buen humor Di, cuando un poco más tarde se retrasó para reunirse con Honey y Trixie.

—Yo creo que lo que pasa es que en nuestra tierra estamos acostumbradas a cabalgar —afirmó Honey—. Pero empiezo a preguntarme si el nacimiento de este cañón era tan sólo un espejismo cuando lo veíamos desde el campamento. Llevamos ya

dos horas de marcha.

Justo cuando Trixie estaba segura de que ya era incapaz de ascender un metro más, de una manera completamente inesperada, la senda recobró la horizontal. Los árboles ya no eran tan altos ni se hallaban tan próximos unos a otros.

—¡Tank, eh, Tank! —gritaron Knut, Cap y Hallie.

—¡Ya voy! —la alegre voz surgió de la izquierda.

Trixie no esperaba que un minero ermitaño midiera más de un metro ochenta, se conservara tan delgado como una pértiga y fuese vestido de blanco. Hasta su calva parecía blanca, en contraste con su sonrosado rostro recién afeitado.

Tank estaba escardando los hierbajos que crecían en la huerta más extraña que jamás había visto Trixie. En espacios abiertos entre matorrales, Tank había removido la tierra lo necesario para plantar unas pocas semillas. Sin ningún orden, cultivaba patatas, cebollas, zanahorias, frijoles y coles. El sistema de riego era primitivo, pero adecuado: dos cubos y un cazo. Las áreas húmedas revelaban las zonas donde había vertido agua sobre las sedientas plantas.



Tank puso ambas manos sobre el extremo del mango de la azada. Cuando inclinó el mentón hacia sus manos, su largo cuerpo se curvó como un arco. Examinó el espacio desde la tierra al cielo y luego dijo estudiadamente:

—Yo pienso que éste será buen año de cardos. ¿Sí?

—¡Sí! —gritaron Knut, Cap y Hallie, que corrieron a abrazarlo.

Knut atrajo hacia Tank a Trixie, Brian y Mart.

—Éstos son nuestros primos del Estado de Nueva York.

Luego presentó a la señorita Trask, a Di, Honey y a Jim.

—¿Qué tal le ha ido, Tank? —preguntó Cap—. ¿Necesita algo?

—Ahora que me lo recuerdas, Cap, podrías traerme algunas pastillas de menta.

Sus brillantes ojos azules observaron a todo el grupo.

—¿Quiere que le traiga un poco de agua, señora?

La señorita Trask le respondió:

—Gracias, señor Anderson. Debo confesar que me la bebí toda subiendo el monte.

—Vengan a la sombra y estarán más frescos —les invitó Tank.

Penetraron en el área vallada alrededor de una casita construida con troncos toscamente cortados y con piedra de la montaña. Los árboles circundantes la mantenían fresca en verano y templada en invierno.

—En un minuto les traeré agua bien fría.

Tank desapareció dentro de la cabaña seguido de Hallie.

—¿En dónde puede conseguir agua en lo alto de un monte? —preguntó Di.

Antes de que Mart pudiera lanzarse a brindarle numerosas explicaciones, Cap respondió:

—Tank embalsó un manantial. Tiene una bomba.

Hallie salió de la casa de Tank balanceando una bandeja con tacitas y un plato con las tortas más grandes que Trixie había visto en su vida. Tank llevaba un cubo. Cruzó a través del grupo para desaparecer por una puerta baja que parecía encajada en la misma montaña.

Cuando salió dijo:

—A remojar el gaznate.

La señorita Trask fue la primera en ser servida.

—Caramba, señor Anderson, ¿limonada?

—Con hielo —dijo asombrada Honey—. Oh, señor Anderson, no debería derrochar con nosotros su hielo y sus limones. Me imagino lo duro que debe ser traer el hielo por el camino, desde el Puerto de la Luna, y luego cuesta arriba por este escarpado sendero.

Tank lanzó una sonora carcajada.

—Dispongo de medio año para llenar mi cueva de hielo. En la comarca de Joe hay tres estaciones: junio…

—¡… julio e invierno! —terminó Hallie a gritos.

—¿Quieren ver cómo mantengo frescos mis víveres?

Tank se llevó una mano a la cadera al volver a la cueva del hielo.

—Oh, este reúma. Esta semana no he trabajado mucho pero el resultado ha sido el mismo.

—Tank, como sabe muy bien, usted no tiene que trabajar en la mina si no quiere —le regañó Knut cariñosamente—. Cuenta con suficiente oro en polvo como para vivir bien el resto de su vida.

—Sí, claro —admitió Tank—, pero me gusta comprobar que de momento sigo siendo útil.

Tank abrió la puerta de la cueva. Todos se agolparon para observar los bloques de hielo separados por capas de hojas de pino. De un bastidor colgaba carne de venado, de oso y varios patos. Sobre el hielo guardaba truchas congeladas. Unas pocas hortalizas del año pasado aparecían cuidadosamente conservadas en un caballete acanalado, gracias al cual iban perdiendo humedad.

—Desde luego, usted no se morirá de hambre, señor —dijo Jim.

—Admiro su destreza para hacer frente a las dificultades en un lugar como éste —añadió Mart.

—Bueno, yo no pretendo escatimar los víveres —replicó Tank—. Y llámame Tank. Estos jóvenes bribones me llaman así desde hace tanto tiempo, que cuando alguien dice Señor Anderson empiezo a mirar a ver si veo a mi padre.

Cuando regresaron al patio para disfrutar de la limonada y de las tortas, Trixie oyó que Tank decía a Knut:

—Me resulta duro pasar por la silla para ir a la ciudad. Supongo que, con toda esta compañía, no te importará llevar una bolsa de oro en polvo y traerme unas cuantas cosas.

—¿Importarme? —Knut palmeó cariñosamente un hombro de Tank—. Lo que me importaría es que no me permitiera que se las

trajera. De cualquier manera, habíamos pensado romper la monotonía de la acampada, yendo el fin de semana a un autocine.

Tank golpeó las costillas de Knut:

—Y supongo que querrás ver a Gloria. ¿Eh?

—Pues claro —replicó Knut riendo—. ¡Si no apareciera el viernes por la noche, saldría con otro tipo!

—¡No, si tú estás por allí! —declaró Tank.

Cap y Knut acercaron unos troncos para sentarse y Tank trajo de la cabaña una silla para la señorita Trask. Sus patas eran de cedro tallado a mano, el respaldo estaba formado por las astas de un alce y el asiento era de piel de ciervo.

—Es una pieza de museo —dijo maravillada la señorita Trask—. Resulta inapreciable.

—Como las tortas —afirmó Honey.

—¿Que las tortas son piezas de museo? —dijo Brian, burlón.

—No, tonto, inapreciables. Tank, ¿cómo las hace?

—Pues echo en una cazuela avena, grasa de oso y melaza. Luego lo revuelvo todo con harina, gayubas secas y un poco de levadura. Así me salen las tortas.

—¿Con grasa de oso? —Di examinó la enorme torta que tenía ante sí y tragó saliva.

—Si no te gusta… —empezó a decir Mart.

—¡Me gusta! —exclamó apresuradamente Di, y empezó a devorar su torta.

Cuando desapareció la última torta, Cap preguntó sin darle importancia al asunto:

—¿Ha tenido usted compañía últimamente, Tank?

—¿Compañía? Pues si cuentas a los pescadores y a los chicos de esas motos que hacen tanto ruido, sí. Cierta compañía.

—Bueno, ¿y qué me dice de… —Cap mordisqueó un pedazo de hielo y dirigió la mirada a lo lejos—… compañía nocturna?

Tank se sonrió de buena gana:

—Por allí sigue el viejo pardo. Aúlla por las noches, hasta que todos los coyotes del Parque Nacional le acompañan en su ruidosa canción. Loverly y yo les escuchamos. Ésa es nuestra compañía, compañía nocturna, sí.

Knut explicó que Loverly era una mofeta que vivía con Tank.

Cap continuó mordisqueando el pedazo de hielo, sin mirar a

Tank.

—¿O deseas saber algo de Tres Zarpas? ¿Sí? Pues viene a veces —añadió Tank frunciendo el ceño.

—Tres Zarpas —aclaró Hallie— es un oso viejo que cayó hace años en una trampa. Tank le da comida cuando él no la encuentra.

Cap no dejaba de mordisquear el pedazo de hielo.

Tank le preguntó con impaciencia:

—¿O es que te refieres a las lechuzas o a los puerco espines o a las mofetas que visitan a Loverly? Míster todavía viene por aquí.

Cap se encogió de hombros.

Tank observó con atención a Cap. Luego preguntó:

—¿Suka, suka, suka?

Cap mudó el semblante.

—¿Le ha visitado algún peludo nuevo en la comarca?

—Yo creo que ese peludo estuvo por aquí antes. A veces me topo con sus huellas en invierno. Ésta es la primera vez que oigo hablar de él en verano. La pasada noche bajó de la cima y creo que llegó hasta el arroyo. —Con acento preocupado Tank añadió—: ¿Os molestó?

—No, en realidad, no —respondió Cap—. Sin embargo, me puso los pelos de punta. Por aquí todo el mundo ha levantado el campamento, disponiéndose a volver a casa. Creimos que sería prudente venir a ver cómo estaba usted. ¿Quiere ir a Kellogg o a Wallace hasta que vuelva la calma?

—No tengo por qué preocuparme —respondió tranquilamente Tank— mientras vengas de vez en cuando a traerme cosas. Creo que Loverly y yo seguiremos como hasta ahora.

—Bueno —comentó Cap—. Me imaginé que diría eso.

Su mirada abarcó a todos los demás.

—¿Y qué hacemos nosotros? ¿Nos quedamos también?

—Para eso vinimos —dijo Trixie enérgicamente—. ¿Todos a favor?

—Sí —dijeron todos, incluida la señorita Trask.

Se oyó un leve suspiro.

—He mentido —confesó Di—. No quería volver a casa y asustar a la familia. ¡Pero tampoco quería quedarme aquí y asustarme yo!

—No te preocupes —le dijo amablemente la señorita Trask—. Sabes que Knut y Cap cuidarán de nosotras.

Tema manos • 6

LA SEÑORITA TRASK se levantó de la silla que ocupaba, tan parecida a un trono.

—Creo que ha llegado el momento de bajar; sería bueno preparar la cena antes de que oscurezca.

Ya en el camino, Trixie se preguntó qué más estaría pensando la señorita Trask al decir aquello. Trixie caminaba junto a Cap y observaba el movimiento firme y rítmico de sus pies, calzados con mocasines, el vaivén de sus hombros y su terso pelo castaño, anudado sobre la espalda. Se esforzó por leer en su gesto, pero no le conocía lo suficiente como para averiguar qué pasaba por su cabeza. ¿Había olvidado su preocupación por el sasquatch? Si era así, cabía esperar que supiera lo que estaba haciendo.

El grupo se detenía de vez en cuando para beber con parsimonia de las cantimploras. A mitad del camino, y durante una de las paradas, Knut hizo castañetear sus dedos.

—¡Vaya! —dijo—. Olvidé traer la bolsa de polvo de Tank.

—Suena como si estuvieras hablando de una aspiradora —comentó Honey con una risita.

Knut sonrió. Se alisó hacia atrás el pelo, parecido a las negras alas de un pájaro, con un gesto que a Trixie le recordó a su padre, y dijo:

—Será mejor que vuelva. Seguid adelante, ya os alcanzaré.

—Oh, por favor, que ninguno de nosotros haga nada solo —le apremió Di.

—Estoy de acuerdo con Di —añadió con firmeza la señorita Trask.

—Bien, entonces me limitaré a cargar el importe de las cosas de Tank en el Mercantile —dijo Knut acomodando su paso al de Trixie ladera abajo.

El viento trajo un tenue aullido: fliouip…

Inmediatamente, Di se aferró con sus dos brazos al cuello de Trixie:

—¿En dónde está? —chilló.

—¡Tal vez pudiera decírtelo si dejaras de ahogarme!

—Ese aullido vino de muy lejos —afirmó Cap.

Cuando el grupo alcanzó el claro del Arroyo del Campeón, entre los altos pinos, resultó evidente que ningún monstruo había visitado el campamento. Pero también estaba claro que por allí habían pasado seres humanos.

Trixie se apoderó de un pedazo de papel, arrancado de una bolsa de comestibles. En grandes letras, trazadas con lápiz de labios, pudo leer: «¡Cuidado con la bestia!»

—¡Caramba, qué misterioso! —dijo Trixie tragando saliva.

Honey encontró en uno de los cubos del agua un sobre, en el que decía: «¡Iros a casa ya!» ¡Pues sí!

Sobre la superficie de la mesa plegable alguien había escrito con un tizón de la hoguera apagada por Cap: «Todo el mundo se marcha. Os aconsejo que hagáis lo mismo».

—Estoy asustada —gimió Di.

—Mirad, todas las escrituras difieren —declaró Trixie—. Eso significa que han pasado por el campamento varias personas.

—Es cierto —dijo Cap—. Pero nada hay de misterioso, terrible o pavoroso. Sencillamente, el tipo de Walla Walla ha desencadenado el pánico.

—Por mí pueden sentir todo el pánico que quieran —dijo pausadamente Hallie—. Esto deja a nuestra disposición un enorme pedazo de la comarca de Joe.

—Sí… ahora tenemos demasiado espacio para mi gusto —repuso temblorosa Di.

La señorita Trask cambió de tema.

—Hay trabajo que hacer. Di, supongo que tú pelarás las patatas. Mart te ayudará. Honey, necesitaremos una ensalada; Jim, agua.

Cap se prestó a preparar y encender una hoguera. Trixie, que odiaba la cocina, empezó a recoger piñas para que cobrara cuerpo el fuego. El viento había dejado caer centenares de ellas alrededor del campamento.

Cuando se las llevaba a Cap, que estaba partiendo leña, una ranchera se detuvo tras su furgoneta. Del vehículo salió un

individuo alto y delgado. Varios niños se abrieron paso entre un amasijo de cajas y sacos de dormir para arremolinarse en torno al hombre, como una camada de cachorros. El hombre observó cómo Cap formaba un pequeño montón con piñas y ramitas secas.

—Parece que tú no pretendes largarte —dijo.

—En efecto, eso parece —respondió Cap de buen talante.

Encendió una cerilla. Las llamas prendieron en las piñas.

—Me gustaría dejar a los crios en Wallace temporalmente y acribillar a ese bicho de dos patas. Demonio, me lo estoy imaginando: «Opie Swisher, el primer hombre en la historia que tumba a un auténtico patudo».

El calor de las mejillas de Trixie no procedía del fuego. Cap no levantó la cabeza.

—Oíd, chicos, ¿no podríais quedaros unos días con mis crios?

Los dos Belden permanecieron mudos.

—Bueno, ya veo que no —el hombre frunció el ceño—. Venga, niños, vámonos. Quizás tengamos suerte y encontremos por el camino a gente más simpática.

La jauría retornó a la ranchera y partió al instante.

Trixie respiró hondo.

—Caramba, al menos hay alguien que no siente pánico.

—Todo lo contrario —murmuró Cap—. Lo único que le interesa es asesinar.

—Querrás decir matar, Cap. Sólo se asesina a las personas, no a los animales.

—¿Y qué? —exclamó Cap.

—¿Me estás diciendo que el sasquatch es una… una persona?

—No —replicó lentamente Cap—. Pero tampoco afirmo que sus antepasados no lo fueran.

A la caída de la tarde, mientras el grupo disfrutaba de la cena preparada en el fuego al aire libre, apareció otro visitante, un joven desaliñado. Vagó por el campamento y se apoyó en un pino. Trixie observó cautamente a aquel individuo desaseado. Quemado por el sol y sin afeitar, su pelo rubio estaba pidiendo a gritos un peine y su amarillento bigote un recorte. Por otra parte, parecía capaz de cuidarse por sí mismo en las montañas.

—Supongo que habéis oído las noticias —dijo adelantándose—. Hay una bestia cerca de aquí.

—Eso hemos oído —replicó Jim en nombre del grupo.

El hombre examinó el ordenado campamento.

—¿Estáis preparados para defenderos?

—No tenemos armas, si es lo que quieres decir —repuso Brian—, pero nuestro número nos hace sentirnos seguros.

—Yo no confiaría en eso —les aconsejó el joven—. ¿Sois de aquí?

—Del Estado de Nueva York —respondió Mart.

—Me habíais parecido forasteros. Me llamo Fred Swisher. He acampado allá abajo.

Alzó un pulgar en una dirección imprecisa mientras miraba el plato de bizcochos que la señorita Trask acababa de poner en la mesa.

Honey le preguntó amablemente:

—¿Tienes hambre, Fred? Hay suficiente para todos.

—Gracias —dijo Fred al tiempo que se sentaba—. Por favor, pásame la mantequilla.

Después de comer varios bizcochos, Fred desapareció sendero abajo tras formular, mientras se iba, las últimas advertencias acerca del sasquatch.

—He ahí otro individuo que piensa en algo distinto del pánico —dijo Trixie.

—Claro —comentó acertadamente Mart—. ¡En comer!

—¡Swisher! —exclamó de repente Trixie—. Ése era el apellido del otro hombre, el de los crios. Me pregunto si serán parientes.

—Lo habrían mencionado —dijo Honey—. ¿Se parecían?

—Es difícil decirlo, por el pelo de Fred —repuso Trixie, mientras se levantaba de mala gana para ayudar a recoger la mesa.

Cuando el campamento estuvo suficientemente limpio, incluso en opinión de Cap, el grupo se reunió de nuevo en torno a la hoguera.

—¿Queréis que cuente historias de aparecidos? —se ofreció Hallie.

—¡Oh, Hallie, no lo hagas! —gimió Di.

—Vamos a cantar —sugirió Cap, echando más leña, hasta que las llamas se reavivaron.

A Trixie le gustaba cantar, y otro tanto les ocurría a los demás. Pero cuando la armonía de las voces resultaba perfecta y tenía la

sensación de que les escuchaban hasta los pinos, sintió acercarse un vehículo. Las luces de sus faros describieron un arco, iluminando las cortezas de los árboles, los matorrales y las peñas. Después se detuvo justamente detrás de la furgoneta de Cap.

Tres hombres salieron de la cabina. Una voz gritó:

—Eh, Cap, ven aquí.

Cap saltó por encima de la hoguera, para reunirse con los hombres que venían hacia él.

—Hola, me alegro de verles. Vengan y les presentaré a unos parientes y amigos.

Una voz advirtió:

—Mira, tenemos que estar en el arroyo de Big Dick hacia la medianoche. Date prisa, Will.

El conductor le rogó:

—Tengo que contarle a Cap algo que jamás se creerá.

Entre una confusión de frases y risas, Cap condujo a los hombres hasta la hoguera y les presentó: Will, Jinx y Bo, unos amigos suyos del puesto de observación del Servicio Forestal.

—Señora —dijo Will a la señorita Trask—, no quiero asustarles, pero creo que debo prevenirles.

Trixie oyó cómo Di respiraba con fuerza y tendió una mano para oprimir la suya.

Will sacó un pañuelo con dibujos de hierbas, se enjugó el ceño y exclamó:

—¡Cap, acabo de ver la cosa más asombrosa que he contemplado en mi vida!

—¡Venga, cuéntelo! —le apremió Cap.

—Como ha dicho Bo, vamos hacia el arroyo de Big Dick, hacia el Sur, viniendo de Wallace. Justo antes de pasar el puerto, me vino un fuerte olor a cuadra sin limpiar, precisamente donde no hay cuadras. Entonces, algo se levantó entre los matorrales. Te juro que medía cerca de dos metros y medio de altura. Se llevó una mano a la cara para proteger sus ojos de la luz de los faros y luego desapareció.

—Tuvo que ser un alce o un oso —dijo Bo.

—Pero con manos, Bo. ¡Tenía manos! —insistió Will.

Cap preguntó muy interesado:

—¿Vio alguien más aquello, Will?

—Yo no observaba la carretera —dijo Jinx—. Pero es mejor que creas que pasó algo. Will temblaba como una hoja cuando echó el freno.

—Tú también habrías temblado —intervino Will— de haber visto algo tan asombroso como aquello.

—¿En dónde ocurrió exactamente? —preguntó Knut.

—Fue en lo alto de aquel barranco, por donde la cascada del árbol seco baja hasta el valle —explicó Will—. ¿Sabéis en dónde digo?

Knut y Cap asintieron.

Jinx se volvió hacia la señorita Trask:

—No se preocupe, señora. Eso está en la parte septentrional de la silla. A la pesadilla de Will le costaría mucho tiempo venir desde tan lejos.

—Estoy segura de que sería así —repuso la señorita Trask.

Trixie se asombró de que consiguiera parecer tan tranquila. Su propio corazón resonaba como un tambor.

Cap enrolló los flecos de su chaqueta en un dedo.

—Supongo que sabéis que en las acampadas del Arroyo del Campeón ha cundido el miedo al sasquatch. Bueno, se trata de algo más que miedo.

Y les explicó lo que había sucedido.

Will se agitó incómodo.

—Desde luego no esperábamos tropezamos con un patudo en el bosque de Joe, y menos aquí, en el Arroyo del Campeón. Siempre pensé que se trataba de algún individuo que había abandonado la compañía de la raza humana para vivir entre los montes nevados de la Cordillera de las Cascadas. No parecía lógico hallarle tan tierra adentro —miró de reojo a Cap—. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí —repuso Cap.

Will adoptó una expresión malhumorada.

—He estado pensando sobre el asunto —prosiguió Cap—. Sé que están comprobando la posibilidad de que entren en erupción algunos de los antiguos cráteres de las Cascadas. Me pregunto si los animales han empezado a ponerse nerviosos y a alejarse de la zona. Por ejemplo, junto al cauce principal del St. Joe, cerca de la ciudad de St. Maries, existe una enorme colonia de águilas que se desplazaron de la costa hace algunos años, cuando empezaron a

faltarles presas allí. ¿No podría haberle sucedido lo mismo al sasquatch?

—Bien pensado, chico —dijo gravemente Will—. Yo no he sido nunca de los que se tomaban en serio al sasquatch. Siempre juzgué que era un mito indio, pero últimamente han sucedido cosas que resultan difíciles de explicar. Tal como yo lo veo, el principal problema aquí es humano, no de un homínido. No quiero ver armas disparando contra todo lo que se mueva. Ni quiero que haya embaucadores que se aprovechen del legítimo temor de otras personas.

Se levantó, se ajustó el cinturón y añadió:

—Será mejor que sigamos nuestro camino. Os veremos dentro de un par de días. Y ahora, usad la cabeza, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —respondió Cap.

Cuando la furgoneta desapareció cuesta abajo por la estrecha carretera, Trixie se puso en pie y dijo alegremente:

—¡Caramba, qué noticias tan buenas!

—¿Qué tienen de bueno? —preguntó Mart—. Sólo que ha habido otra persona que ha visto un sasquatch.

—Sí, pero tan lejos que podremos dormir tranquilos toda la noche sin que nadie tenga que montar guardia.

—¡Trixie tiene razón! —proclamó Knut—. ¡Hala, vamos a echar agua al fuego para apagarlo!

—Deja que lo haga yo —se brindó Jim—. Tú te empañarías las gafas. Y añadió, dirigiéndose a las chicas—: Nos quedaremos a oscuras en cuanto eche el agua sobre estos leños. Será mejor que corráis a las tiendas y encendáis las linternas.

—Danos tiempo para lavarnos —le recordó Hallie. Unos minutos más tarde repetía su invitación nocturna—: ¿Queréis que charlemos y nos riamos un poco? Aquella noche, Di, Honey y Trixie gritaron:

—¡Sí!

El jerbo • 7

MÁS TARDE, cuando se acomodaba para dormir, Trixie oyó gritar a los chicos, que se lavaban en el arroyo.

—¡Este agua está más fría que la nevera de Tank! —proclamó Knut.

—¡Así está tu cerebro, honorable primo, si primero no has metido un dedo para probar!

Trixie sonrió. Ése era, desde luego, Mart, y, a juzgar por los sonidos que se sucedieron a continuación, había recibido un cubo de agua sobre la cabeza.

Desde el lado que ocupaba en la tienda, Honey dijo en un murmullo:

—¿No te gusta que por lo menos ahora no sintamos miedo?

—Claro que sí, pero… Oh, es una lástima, resulta todo tan extraño. ¡Estamos viviendo un misterio que algunas de las mejores mentes científicas del país no han sido capaces de explicar!

—Del mundo, no del país —la corrigió Honey—. Knut me ha dicho que en Rusia se está desarrollando una investigación de muchos millones de dólares en torno al yeti.

—Yo… —Trixie calló, no sabiendo cómo expresarse.

—Me parece que sé lo que quieres decirme —dedujo Honey—. Yo también estoy de parte del sasquatch. Y a toda prisa añadió—: ¡Mientras no me pida un brazo o una pierna!

—En cierto modo deseo que vuelva —dijo Trixie— para que puedas verlo, Honey, como yo lo vi.

Honey permaneció silenciosa.

Trixie continuó despierta largo tiempo después de que Honey se hubiera dormido y reinara el silencio en las tiendas de los chicos, al otro lado de la hoguera. Desde que tenía conciencia de sus recuerdos, el misterio siempre le había intrigado. Aquí tenía la oportunidad de conocer un misterio más antiguo que cualquier otra

cosa que hubiera podido descubrir…

Cuando estaba a punto de quedarse dormida, Trixie percibió un tenue ruido.

Volvió rápidamente su cara. ¿Se había movido Honey dentro de su saco de dormir? No.

Trixie se alzó apoyándose en un codo y escrutó la oscuridad. Al principio, no pudo distinguir nada, pero luego se tornó visible al resplandor de las estrellas y de la luna. Podía ver la silueta más oscura de los cajones de víveres y de los árboles, y la pálida superficie de las lonas de las tiendas.

Algo se movía por allí. Algo erecto. Algo alto. El misterioso cuerpo se fundió con las otras formas oscuras de los cajones de víveres. Cri-i-iik, ¡chirrió un gozne! ¡Estaba abriendo una de las cajas de víveres!

Palpitándole el corazón, Trixie introdujo la mano bajo la almohada en busca de la linterna. Apuntó hacia donde se hallaban los víveres, pero no la encendió. Se esforzó por conservar la calma.

¡El único animal de los bosques, que yo sepa, erecto y capaz de abrir una caja de víveres es un oso! ¿Pero por qué había de moverse tan furtivamente un oso? ¿No sería más natural que hubiera empezado a golpear cosas hasta abrir el cajón por la fuerza bruta? Pero hasta no hallarse segura de que no se trataba de un oso, Trixie no pensaba llamar su atención.

Olfateó. No pudo detectar ningún olor que le recordara el del oso. Por otra parte, tampoco olía a pescado podrido o a ratones de campo. ¿Cuál sería su reacción si aquello era el sasquatch? ¿Le asustaría su linterna o le atraería como si fuera una polilla? Una vez más, Trixie no estaba segura sobre qué debía hacer. Tan sólo durante un instante permitió que sus tensos músculos se relajaran.

Lo siguiente que supo fue que Honey decía:

—¡No me apuñales! ¡Me rindo!

Trixie se incorporó de repente y miró a su alrededor. Vio la tienda completamente iluminada. Honey, sentada en el borde de su saco de dormir, se ataba las botas.

—¿Rendirse a quién? —preguntó asustada Trixie.

—Pareces tonta —le dijo Honey, burlándose—. ¡Estabas empuñando la linterna como si fuera una bayoneta!

—¿Pero cómo pude haberme quedado dormida? —Trixie salió a

toda prisa de su saco de dormir y de la tienda. Sus pies descalzos pisaron las puntiagudas hojas de los pinos, ya secas, y guijarros, pero eso no le impidió correr hacia el cajón de víveres que había visto desde su tienda. La señorita Trask y Hallie ya estaban preparando el desayuno, pero Trixie tenía que abrir ese cajón antes de dar los buenos días a nadie.

—¡Conque está vacío! —gritó Trixie—. ¡Así que yo no estaba soñando!



—No estarías soñando, pero estás bromeando —dijo Hallie.

Caminó hacia Trixie, para comprobar la broma de ésta. Se acercó al cajón y miró dentro.

—¡Pues no bromeabas!

—¿Qué tenía que haber ahí dentro?

—Jamón, bacon y huevos —Hallie alzó la voz—. ¡Señorita Trask, han saqueado nuestra despensa!

Tan eficiente como siempre, incluso a esas horas de la mañana, la señorita Trask se reunió con las chicas.

—Tal vez uno de los chicos ha cometido una travesura. ¿Mart, quizás?

—Yo vi lo que sucedió —gimió Trixie—, pero luego me quedé dormida antes de averiguar quién era. Señorita Trask, no pise por aquí antes de examinar las huellas. Necesitamos un experto rastreador.

Una cabeza desgreñada asomó de una tienda.

—Ahora mismo voy —anunció Cap.

Trixie regresó a su tienda y se vistió tan rápidamente como pudo. Aun así, Cap ya estaba hablando con la señorita Trask y los demás cuando Trixie se reunió con ellos.

Trixie les explicó en pocas palabras lo que había visto por la noche. Mientras hablaba, su mente funcionaba frenéticamente. Se hacía preguntas, las contestaba y volvía a formular nuevos interrogantes. De repente estalló:

—Es imposible que un animal se haya llevado los cartones que protegen los huevos. ¿Acaso no lo habría revuelto todo al sacar los víveres?

—También han desaparecido los papeles en que venía envuelto el jamón —añadió Honey, atenta—. Cualquiera pensaría que un animal se habría sentido atraído por el olor a carne y habría desgarrado los envoltorios.

Los dos miembros de la Agencia de Detectives Belden-Wheeler cruzaron sus miradas. *¡Ajá!* —dijeron sus ojos—. *¡He aquí un misterio que no se remonta a dos millones de años, vamos!*

Mart advirtió la mirada, pero antes de que pudiera bromear, Trixie le dijo con vehemencia:

—¡No nos digas, Mart Belden, que tú no estás tan preocupado como nosotras por la desaparición de los víveres!

—Posiblemente más —reconoció Mart.

Se retrasó el desayuno hasta haber registrado la zona. Cuando Cap silbó para que acudieran a la mesa, tuvo que admitir que no había visitado el campamento animal alguno, ni siquiera un osezno.

—Supongo que no cuentas a los jerbos —dijo Hallie—; oí roer a uno sobre nuestra tienda la pasada noche.

—Hallie, no me asustes —gimió Di.

—No te preocupes, Diana. Si te roba las joyas, siempre deja algo a cambio.

Hallie se dirigió a su tienda, mascullando:

—Vamos a ver de qué se trata.

Minutos más tarde regresó Hallie:

—No sé qué robó el jerbo, pero tan seguro como que es de día que dejó algo a cambio.

Con una deliberada lentitud extendió sus largos y finos dedos y mostró en la palma de su mano un pequeño objeto.

—Una piedra —comentó Mart con desdén.

—Acércate —le apremió Hallie.

—Un guijarro vulgar y banal, de tamaño mediano y carente de interés —añadió Mart.

Knut tomó la piedra y la examinó a la luz, girándola varias veces.

—¡Espero que el jerbo me visite esta noche! —exclamó—. Unas cuantas pepitas nunca vienen mal.

—¿Pepitas? —chilló Trixie—. ¿Quieres decir oro?

—Y de la mejor clase —afirmó Knut.

—¿En dónde crees que lo encontró? —preguntó Brian desde el lugar en donde estaba batiendo pasta para hacer unos bollos.

—Seguro que no sería un francotirador —replicó Hallie.

—Ya habéis vuelto a emplear vuestra jerga incomprensible —se quejó Di.

—Un francotirador es un buscador de oro que no se molesta en inscribir como suyo un terreno en el registro.

—Yo pensé que un francotirador era alguien que se subía a un árbol y empezaba a disparar sobre la gente.

—Eso no es lo que se entiende en términos mineros —dijo Knut —. La búsqueda en las grietas es un tipo especializado de la minería del oro. Uno de los sitios mejores para hallarlo es en las grietas de

una roca. Desde que se fundieron los glaciares, allí puede concentrarse el oro. Incluso es posible hallarlo en raíces de árboles arrancados por las corrientes durante las lluvias de primavera. Otro sitio adecuado para mirar es en el cauce de un arroyo seco.

—Tal vez fue allí donde el jerbo lo encontró —dijo Di.

—Los jerbos son listos, pero no tanto —intervino Cap—. Son sencillamente curiosos. Les atraen los objetos brillantes, pero sólo llevan uno durante cierto tiempo. Cuando ven otra cosa que les gusta, abandonan el objeto número uno y se apoderan del objeto número dos.

—¿Qué tamaño tiene un jerbo? —preguntó Jim.

Cap separó sus manos.

—Un poco menos de medio metro, y la mitad es de cola. Es sencillamente una rata grande.

Di hizo una mueca.

—Ya está bien de ratas —protestó Brian—. ¿Quién está dispuesto a probar mis bollos?

Mart y Cap corrieron a servirse y los otros se les unieron rápidamente.

Trixie disfrutó de aquel desayuno tanto como cualquiera, pero en el fondo de su mente seguía haciéndose preguntas sobre el robo de la noche. Ninguna rata podía saquear un cajón de víveres, ni ningún hombre cabía por los bajos de una tienda.

Poco después de recoger los restos del desayuno, las chicas oyeron voces airadas procedentes de la zona de los muchachos.

—Uf, alguien ha sacado de sus casillas a Cap —dijo Hallie.

En aquel momento, Cap y Mart salieron a toda prisa de su tienda. Cap iba delante. Mart se disculpaba, pero estaba empezando a enfadarse.

—¡Mart! ¿Qué…? —dijo Trixie, molesta por el hecho de que el payaso del clan Belden hubiera dado lugar a una escena con su anfitrión.

—¡Chist! —le advirtió Hallie—. Mantente al margen.

Cap se dirigió hacia el cubo de la basura y echó allí un bocadillo y una manzana. Con cara pálida ordenó:

—Que no vuelva a repetirse, Mart.

—Cap, era un bocadillo en perfecto estado —arguyó Mart—. Podrías haberlo devuelto a un cajón de víveres.

—Pero estaba en nuestra tienda, y ahí no pinta nada; así que a la basura —dijo Cap.

—¿Qué tiene de malo guardarse algo para después? ¡Yo siempre como mientras leo!

—¡No en nuestra tienda! —dijo tajantemente Cap—. Y, si no sabes qué tiene de malo, permíteme que te lo diga. El osezno al que hemos oído chillar tiene una madre, y un padre, y hermanos, y hermanas, y primos. Todos poseen narices y zarpas, y yo no quiero encontrarme con un oso en nuestra tienda sólo porque haya olido tu manzana. ¡Y los osos no son los únicos animales del bosque! ¿Te gustaría despertarte con una mofeta pegada a tu nariz, dentro de tu saco de dormir? Tampoco resulta muy divertida la mordedura de una rata.

—Contra la opinión general, yo no soy un estúpido. Vivo en una granja, ya lo sabes —dijo Mart a la defensiva.

—¡Pero allí no hay osos!

Tras decir aquello, Cap volvió la espalda a Mart y salió al punto del campamento.

Indicios • 8

MART observó la marcha de Cap con aire de preocupación.

—¿Adónde crees que va? —preguntó a Hallie.

Hallie se encogió de hombros.

—Estará de vuelta para comer, si no antes. Cuando Cap se irrita, se va al bosque para calmarse. Para ser tan tonto, es todo un temperamento.

—Ya me he dado cuenta —silbó Mart—. Me siento como un idiota…

—No te tortures —le aconsejó Hallie—. Cap se toma muy en serio estas cosas, pero habrá olvidado la discusión cuando vuelva.

—¿Es normal que se haya ido solo? —preguntó Trixie—. ¿Se ha comportado así alguna vez?

—Sucede con frecuencia —dijo Hallie—. Nadie, ni siquiera el sheriff, llega a preocuparse por lo que pueda sucederle.

Knut, tras advertir que Mart aún parecía afectado, se adelantó para preguntar a todos:

—¿Habéis recogido gayubas arriba en la silla? ¡Es como estar en la cima del mundo!

Su voz prometía aventuras que nunca habían experimentado.

—Haremos un trato. Me ayudaréis a recoger una o dos latas de gayubas para la madre de Gloria y yo os la presentaré el viernes por la noche, ¿de acuerdo?

—Menudo negocio —dijo Jim riendo.

—Pero es un trato —repuso Trixie.

—Vamos, Trix —dijo Hallie—, abre la caja de cartón en donde están las latas. Tenemos que llegar a la silla antes de mediodía o nos freiremos.

—¿No vamos a seguir el rastro del ladrón? —recordó de repente Trixie.

—Olvídalo hasta que volvamos —sugirió Hallie—. Esos víveres

desaparecieron, pero nos quedan más. Quién sabe. Tal vez vuelva el ladrón esta noche para robar el resto y podremos sorprenderle con las manos en la masa.

—Supongo que no es mucho lo que podemos hacer —admitió Trixie, que siguió a Hallie al lugar donde se guardaban, perfectamente ordenadas, las provisiones.

Hallie contó las latas y dio la mitad a Trixie. Las llevaban a la furgoneta cuando oyeron chillar a Di desde la hondonada del arroyo, en donde la maleza infundía cierto misterio incluso a la luz del día. Trixie y Hallie tiraron las latas a la caja de la camioneta y echaron a correr.

—¡Hagas lo que hagas, Di —gritó Hallie—, no te muevas hasta que lleguemos!

—¿Y si está cayéndose? —dijo Trixie sin aliento.

—¡Pues no podrá dejar de caerse! —respondió Hallie.

Ambas chicas sonrieron ante la imagen de Di, inmóvil, flotando sobre el arroyo, esperando la llegada de sus amigas antes de caer al agua. Se internaron entre los matorrales y hallaron a Di arrodillada en un sendero de ciervos.

—¿Estás herida, Di? —preguntó Trixie.

—¿Quién te tiró al suelo? —quiso saber Hallie.

—¡He encontrado una pista! —anunció Di.

Protegía un pedazo de tierra como si fuera una mina de oro.

—¿Un huevo? —se burló Hallie—. ¿Qué clase de pista es ésa?

Echó hacia atrás el mentón para examinar las ramas caídas sobre la arena.

—Probablemente cayó de un nido.

—Es un huevo de gallina —insistió Di.

Trixie observó la rota cáscara parda, la amarilla yema y la pegajosa clara que se filtraba en la tierra oscura.

—Tienes toda la razón, Di. Éste era uno de los nuestros.

Precisamente entonces las chicas oyeron la voz de Honey que les llegaba arroyo abajo.

—¡Lo encontré! —gritaba—. ¡Venid a verlo!

Hallie se golpeó la frente.

—¿Pero cuántos detectives hay por aquí?

—Caramba, toda ayuda es poca —dijo Trixie mientras las precedía, abriéndose paso entre la abundante vegetación.

Para cuando las tres chicas se reunieron con Honey, tenían la piel irritada por el contacto con los granos de polen, semillas y polvo.

Honey también protegía un pedazo de tierra.

—Encontré la huella de un pie descalzo —anunció orgullosamente.

—¿De qué tamaño? —preguntó Trixie, casi temerosa de oír la respuesta.

—En manera alguna se aproxima al medio metro —dijo Honey —. Además estoy segura de que los chicos se quedaron anoche cerca de sus tiendas cuando se lavaron.

Después de años de nadar con sus hermanos, Trixie y Honey se hallaban familiarizadas con la forma aproximada y el tamaño de las huellas de sus pies. Ésta era una huella más ancha de la que habría dejado cualquiera de los chicos.

—¿Se parece a las huellas de alguno de tus hermanos? —preguntó Trixie a Hallie.

—¿Cap descalzo? —gritó Hallie—. Este tonto probablemente lleva mocasines hasta en la cama. Por lo que se refiere a Knut, su pie es más delgado que una regla.

Hallie miró de nuevo:

—No, esta huella no pertenece a los Belden de por aquí. Todos tenemos muy largo el dedo gordo.

—Por ahí grita un Belden de largo dedo gordo.

La voz de Knut apremiaba a las chicas a que regresaran al campamento.

—Debe de estar ya preparado para marcharse —dijo Hallie—. Vamos a recoger esas gayubas.

Trixie no discutió, aunque en parte hubiera deseado permanecer en donde se hallaba. Tenía la curiosa sensación de que ella y las demás chicas estaban siendo observadas.

Las cuatro ahorraron tiempo quitándose las botas y chapoteando arroyo arriba para llegar al campamento. Mientras saltaban, cojeando por el campamento hasta llegar a la mesa en donde la señorita Trask, Brian, Mart y Jim se reían de algo, Trixie exclamó de repente:

—¡Honey, así es como lo hizo! ¡El ladrón vadeó el arroyo para llegar hasta aquí! Seguramente ocultó sus botas en alguna parte.

Ahora me pregunto por qué…

—Vamos todos —sugirió Knut— o será medianoche antes de que lleguemos.

—Ganarnos el sustento a base de recoger gayubas ya es suficientemente duro —dijo Mart—, pero tener que realizar esa tarea en la oscuridad nocturna resulta absolutamente inadmisible.

—Vamos, pues —insistió Hallie.

La señorita Trask se abanicó su rostro acalorado.

—No contéis conmigo, por favor. Alguien tiene que quedarse aquí. En el caso de que vuelva Cap, no le gustará hallar el campamento abandonado.

—Bien pensado —dijo Knut—. Pero usted no debería quedarse sola.

—Yo me quedaré con la señorita Trask —se brindó Di—. Podemos empezar a hacer la comida para que esté lista a vuestro regreso.

Trixie frunció ligeramente el ceño. De alguna forma se sentía más segura cuando Cap, el joven montañero, estaba al frente de todo. Preguntó a Hallie:

—¿Volverá pronto Cap?

Hallie sonrió.

—Seguro, si ellas empiezan a preparar la comida —dijo despidiéndose con la mano de la señorita Trask y de Di.

Para cuando Hallie, Trixie, Jim, Brian, Mart y Honey alcanzaron la furgoneta, que estaba ya en la carretera, Knut había abierto las dos puertas de la cabina y caminaba alrededor del vehículo.

—¿Pasa algo? —preguntó Brian.

—No. Pero no consigo comprender por qué huele a mofeta en la cabina, cuando aquí, al aire libre, no existe el menor rastro de semejante olor.

—Gracias por advertirnos —dijo Hallie—. Iremos atrás.

Todos la siguieron rápidamente a excepción de Trixie, quien titubeó al ver a su primo que se ajustaba sus gruesas gafas y cerraba de golpe las puertas de la cabina.

—Yo iré con Knut —decidió.

Knut pareció complacido cuando ella subió a su lado.

—Lo siento por el olor, Trix.

La distancia hasta el puerto no era muy grande, pero cuanto más

ascendían, más cálida se tornaba la temperatura y más fuerte se hacía el olor a mofeta en la cabina.

—¡No podré resistirlo mucho tiempo más! —exclamó Trixie—. ¿Miraste a ver si había una mofeta debajo del asiento?

—Mira tú —dijo Knut— mientras yo sigo conduciendo.

Trixie se agachó y tanteó bajo el asiento. Extrajo una linterna, una palanca para desmontar neumáticos y una chocolatina aplastada.

—¡Oh, aquí hay algo más!

Sacó un sucio calcetín de lana.

—¡Uf! —se lo mostró a Knut—. Aquí está nuestra mofeta.

Knut pareció sorprendido.

—No puedo imaginar de dónde vino. Tíralo —y añadió apresuradamente—: No, eso no estaría bien. Tendremos que esperar y echarlo al cubo de la basura cuando lleguemos arriba.

Trixie dejó caer el calcetín al suelo. Un poco de limo fétido se le quedó pegado a los dedos.

—Eso es lo que huele. ¿Qué es?

Mantuvo su mano dentro de la línea de visión de Knut.

—Una hoja aplastada —dijo—. Probablemente hierba fétida.

Trixie limpió cuidadosamente sus dedos en el calcetín. Luego mantuvo la mano fuera de la ventanilla hasta que llegaron a la cumbre. Su cerebro funcionaba a toda marcha y apenas se fijó en la pendiente de la carretera por la que avanzaban. Ni en el gran espacio que en la montaña cubrían las gayubas. De repente exclamó:

—¡Knut, hay hierbas fétidas a lo largo del Arroyo del Campeón!

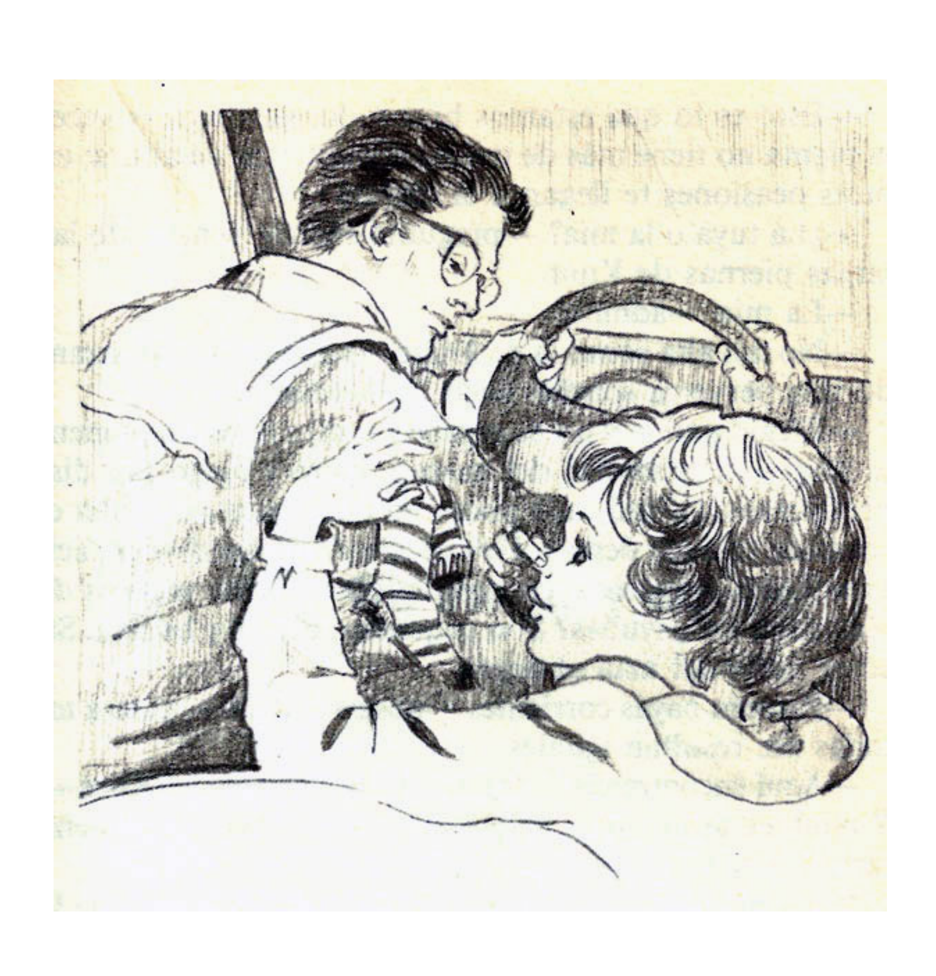
—Crecen en el suelo húmedo —admitió Knut—. ¿Adónde quieres llegar?

—El huevo roto estaba cerca del arroyo, al igual que la huella de un pie descalzo —dijo Trixie, sacando conclusiones—. ¿No es posible que ese ladrón visitara nuestra furgoneta?

—Es posible, pero no puedo imaginar por qué iba a dejar aquí un calcetín.

—¿No lo harías tú si apestara a mofeta? —le replicó Trixie.

—Supongo que tienes razón —y gritó por la ventanilla—: ¡Eh, vosotros, ya estamos llegando!



Knut condujo el vehículo más allá del puerto hasta una amplia explanada en donde estaban aparcados varios coches, furgonetas, camiones y motos.

—Me siento como si hubiéramos llegado a la civilización —comentó Mart cuando el grupo saltó del vehículo, se enderezaron los gorros y recogieron las latas para llenarlas de gayubas.

—¿Cómo dices eso, Mart? —preguntó amablemente Trixie—. Creo que nosotros somos civilizados. ¿O es que tú no lo eres?

Antes de que Mart pudiera replicar, Knut localizó una planta próxima a las ruedas delanteras de la furgoneta. Rompió una rama y se la mostró a los neoyorquinos para que se fijaran.

—Esto es lo que estamos buscando, gayubas. A veces la planta no tiene más de treinta centímetros de altura; en otras ocasiones te llegan a la cintura.

—¿La tuya o la mía? —preguntó Honey, señalando las largas piernas de Knut.

—La mía —admitió.

—No tan alta como la de Trixie —añadió Mart, lanzando una perversa sonrisa hacia su hermana.

—Elegid pareja y no os separéis —dijo apresuradamente Knut—. Partiremos del mismo punto y luego nos dispersaremos. Gritad cada pocos minutos para no perder el contacto con los demás. Hay muchos barrancos y es fácil extraviarse y aparecer en otra ladera. ¿Estáis seguros de reconocer las gayubas? Son pequeñas, dulces y brillan. Su color varía del azul al negro.

—Parecen bayas corrientes —observó Mart—, pero a mí todas me resultan iguales.

—Aquí encontraréis de las que dices —le aseguró Knut—. Y también arándanos. Todas sirven para hacer una buena tarta. ¡Manos a la obra!

Knut encabezó al pequeño grupo por la carretera de la silla y luego tomó un sendero de ciervos. Descendió tan súbitamente ladera abajo que su cabeza desapareció antes de que Trixie, que iba al final del grupo, estuviera segura de la dirección que había tomado.

—Diablos —murmuró Trixie—. ¿Por qué tengo el presentimiento de que voy a ser yo quien acabe extraviada en otra ladera?

Un oso muy especial • 9

KNUT reapareció muy pronto, pero al punto Trixie vio desaparecer la pelirroja cabeza de Jim entre matorrales muy crecidos.

—Honey y yo vamos por donde está ese árbol caído —gritó.

—De acuerdo, seguid gritando —respondió Jim, ya absorto en su tarea.

Aunque Trixie estaba acostumbrada a recoger frambuesas en Crabapple Farm, no le agradaba en absoluto la tarea de recolectar frutos. El trabajo le resultaba más llevadero cuando pensaba en las aventuras de los últimos días.

Por su parte, Honey estaba acostumbrada a ser atendida por su servidumbre, pero no le importaba ensuciarse las manos. Rápidamente escogió un grupo de matorrales y empezó a trabajar.

Trixie la dejó atrás y comenzó a depositar las jugosas gayubas en la palma de su mano y después en la cubeta. La que llevaba había sido fabricada por los Belden haciendo unos agujeros en una lata de conservas vegetales de dos litros y añadiendo un alambre a modo de asa. Le daba la impresión de que no acabaría nunca de cubrir el fondo con gayubas.

Al tiempo que las recogía, Trixie advirtió el silencio inescrutable de la montaña. Lejos, mucho más abajo, se veía un fértil valle y un arroyo que discurría formando meandros. Las montañas se extendían más allá hasta una azul lejanía en donde se confundían los montes y el cielo. Por allí era, pensó Trixie, donde los amigos de Cap, los guardas forestales, habían visto al sasquatch. Allá arriba resultaba casi fácil aceptar la existencia de aquella extraña criatura, prácticamente más fácil que aceptar la existencia de otros seres humanos.

Trixie aplastó una gayuba entre sus dedos y desapareció el tenue olor a hierba fétida. Pensó brevemente en el ladrón, pero por el momento nada parecía importar más que esta gayuba, y aquélla, y

la otra.

Knut gritó a sus vecinos más próximos, Mart y Hallie, quienes replicaron al unísono. Luego éstos llamaron a Jim. Después de que Jim les respondió, gritó a su vez a Honey y a Trixie.

—¿Puedes oírme? —voceó Trixie.

Jim replicó:

—Te oigo.

Go, go, go, repitió el eco.

Al cabo de un rato, Trixie advirtió que su lata estaba ya casi llena. Si los otros habían trabajado tan de firme, la señorita Trask tendría fruta de sobra para varias comidas, incluso después de que Knut llevara su regalo a la madre de su chica.

Trixie sentía calor en el cuello y en los hombros. Advirtió que Honey se había apartado monte arriba y se dispuso a reunirse con ella.

Precisamente entonces descubrió unos matorrales de gayubas excepcionalmente grandes. Con los ojos clavados en su sabroso aspecto, Trixie se adelantó. Tenía frente a sí una especie de zanja que obstruía su camino, pero la maleza que la recubría parecía suficientemente sólida como para aguantar su peso.

Alzó su lata de gayubas y avanzó.

Pero con increíble rapidez todo cedió bajo su peso. Aterrizó, sujetando milagrosamente la lata entre sus rodillas, sobre lo que al parecer era un abandonado tobogán de troncos. Árboles y matorrales comenzaron a desfilar velozmente ante sus ojos atónitos. *¡Tengo que detenerme!* —pensó. Pero cuando tendió la mano para agarrarse a algo, se pinchó con las hojas secas y puntiagudas de los pinos. No era capaz de sujetarse a nada, siquiera el tiempo suficiente para detener su descenso montaña abajo. Aquellas hojas de los pinos quemaban ya sus manos. Cuando aceleró, pasó a formar parte de un gran montón de hojas, todas revueltas, con una familia de ratones de campo y una ardilla. Las ramas de los matorrales le azotaban la cara.

Mas, cuando creía que no pararía hasta el mismo fondo del valle, vio ante sí un enorme pino caído, una de cuyas ramas se bamboleaba sobre el tobogán de troncos.

¡Y sobre el pino caído… había una bestia enorme, peluda y grisácea!

Sangrándole las manos, Trixie hizo un último esfuerzo para frenar. Consiguió que al menos las hojas secas que la acompañaban y la lata de gayubas chocaran con la rama antes que ella; Trixie paró tan repentinamente que su cuello sufrió un brusco tirón hacia atrás y se mordió la punta de la lengua. Con el sabor de la sangre, Trixie sacudió la cabeza, no queriendo perder el sentido mientras aquel oso, o lo que fuera, anduviera cerca de allí.

El huracán de hojas secas de Trixie había despertado de su siesta al gran oso gris. Dejó escapar un bramido y luego se puso instantáneamente de pie, y pareció ocultar el cielo.

Bajo la pétrea frente, unos rojos y grandes ojos se clavaron en la aterrorizada chica. Brillaron sus dientes amarillentos y húmedos. Sus enormes manos colgantes se movieron cuando contrajo las paletillas.

Entonces la bestia dio un salto. Los matorrales crujieron bajo su inmenso peso. Con un rápido movimiento, el animal dio la vuelta y desapareció entre la maleza.

No atreviéndose aún a moverse, Trixie efectuó un rápido reconocimiento de sí misma; comprobó que no tenía ningún hueso roto y llegó a la conclusión de que, por el momento, había escapado de la bestia.

Pero ¿qué debía hacer ahora? No se atrevía a gritar pidiendo ayuda, por temor a que el animal advirtiera su miedo y volviera.

Escuchó con la atención de un ratón atrapado por las garras de un gato. Percibió un cloqueo, luego unos rechinamientos y finalmente el ya familiar “suka, suka, suka”.

—¡Oh, no! —gimió Trixie.

No era posible que fueran dos los animales y que estuvieran conferenciando sobre la mejor manera de atrapar a ese bicho extraordinariamente blanco y lampiño que era ella misma.

Se sentía tan próxima a la histeria que dudaba si estallar en salvajes risotadas o en sollozos incontrolables. Trixie asomó su lengua herida entre sus magullados labios y contó en silencio: ¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco!, ¡uno, dos, tres, cuatro, cinco!, una y otra vez, hasta que desaparecieron las palpitaciones de su garganta y la ceñida banda de goma que le oprimía su cabeza; luego se estiró y se dispuso a pensar.

—¿Qué ha sido esto? —murmuró.

Había dado por supuesto que se trataba de un oso. ¿Qué otro animal de gran tamaño vivía por aquellos parajes selváticos? ¿Qué otro era capaz de permanecer erecto y de caminar sobre dos patas? Pero ¿por qué pensó en manos en vez de garras cuando la bestia se puso en pie? ¿Y por qué persistía el hedor a pescado podrido mezclado con el desagradable olor dulzón de las gayubas aplastadas y el de la trementina de las hojas de los pinos?

Moscas, mosquitos y avispas zumbaban insidiosamente, atraídos por las gayubas aplastadas y el miedo húmedo y salado de su piel. Trixie, haciendo un esfuerzo, se puso en pie. Aferrada a las ramitas más pequeñas de la gran rama del pino caído, alzó la vista para apreciar la gran distancia que había recorrido en unos instantes. Nada le resultaba familiar. Sólo había una manera segura de reunirse con los demás del grupo. ¡Y esa manera consistía en ascender por el resbaladizo tobogán de troncos!

Trixie dio precavidamente un paso y descubrió que las suelas de sus botas se agarraban al tobogán si pisaba con fuerza.

Antes de seguir adelante, tenía que hacer algo con las espinas que se le habían clavado. Con uñas y dientes, Trixie extrajo tres de las que más dolor le causaban. Luego apretó los puños y comenzó a ascender por la larga y abrupta pendiente por la que había rodado a tan vertiginosa velocidad.

Cada tres o cuatro pasos hacía una pausa para vigilar la eventual aparición del animal. Había oído que cada oso se reservaba un territorio en las montañas. Tanto si era oso como sasquatch, resultaba posible que volviera para reivindicar sus derechos de propiedad.

Trixie continuó subiendo. Aunque muy consciente de su fatiga, ascendía tenazmente por los bordes del tobogán. A veces se caía. En una ocasión inició el descenso, pero consiguió detenerse aun despellejándose las manos. No se atrevía a volver al árbol caído. Aquella… aquella cosa fue sorprendida cuando dormía, tras haberse hartado de gayubas. No reaccionaría tan pacíficamente ante un segundo huracán.

Finalmente, ¡por fin!, Trixie percibió voces que le indicaban que los demás la estaban buscando.

—¡Estoy por aquí! —gritó frenéticamente.

¡Aquí, quí, quí!, repitió el eco.

Resbaló entre los matorrales y se aferró con fuerza a uno de éstos para no deslizarse de nuevo hacia abajo. De repente apareció Knut a muy escasos metros.

—¿En dónde diablos estabas? —gritó observándola a través de sus gafas torcidas. Hojas y ramitas se mezclaban con los mechones de su oscuro pelo. Sus ojos, como los de Brian, parecían negros pozos sin fondo—. ¿Y qué estás haciendo en ese tobogán de troncos?

Trixie trató de llegar hasta su primo, pero cayó de puro agotamiento. Sólo el rápido salto de Knut y la fuerza con que la sujetó impidieron que se deslizara de nuevo. Se colgó débilmente del cuello de su primo.

—¡Oh, Knut, si voy abajo otra vez, me moriré!

—Bien, bien —la tranquilizó él, amable de nuevo, como solía—. Ven que te ayude.

Trixie sintió que sus pies volvían a tocar el suelo. Se sentó y metió su cabeza entre las rodillas.

—Bueno —dijo Knut tras una pausa—. Al menos subiste por el camino por el que bajaste. Y ¿por qué te deslizaste tobogán abajo?

—No fue a propósito —le aseguró Trixie.

Knut le sonrió para que se tranquilizara.

—No eres la primera persona que viaja como un tronco montaña abajo. Vamos, tenemos que buscar el botiquín y curarte esas magulladuras. ¿Qué te parece si te llevo a cuestas hasta la furgoneta? —preguntó agachándose.

Trixie objetó que pesaba demasiado, pero Knut respondió:

—Sería aún más difícil llevarte en brazos.

Cuando Knut apareció en la explanada del aparcamiento con Trixie a la espalda, Honey, Hallie, Mart, Jim y Brian lanzaron un grito de bienvenida.

—¿Estás herida? —quiso saber inmediatamente Brian—. Pareces…

—Horrible —contestó Trixie—. Mira, Brian, creo que en lo fundamental estoy bien. Sólo me duelen muchísimo las manos.

Honey le sostuvo una mano y Jim la otra, mientras Brian las examinaba.

—No parece que vayas a morir envenenada —declaró—. Y tan pronto como lleguemos al campamento, lavaré las magulladuras

con agua caliente y te sacaré esas espinas.

Trixie asintió de buen grado. Sucia y maltrecha, deseaba más que nada en el mundo un verdadero baño. Y también quería tumbarse, cerrar los ojos y proyectar en su cerebro la película de su aventura para ver si podía entenderla. Tal vez había visto un oso…, quizás era un oso muy especial…, quizás…

Brian ayudó a Trixie a subir a la cabina. Se montaron luego en el vehículo todos los demás y Knut lo puso en marcha. A unos tres kilómetros del campamento y cuando acababa de doblar una curva, detuvo el coche entre el chirriar de los frenos mientras que con una mano sujetaba a Trixie para evitar que chocara con el parabrisas. Luego saltó de su asiento./

Trixie se quedó atónita. Acto seguido meneó la cabeza para aclarar su visión.

Allí estaba la señorita Trask. Y, aferrada a su brazo, se hallaba Di. Ambas caminaban trabajosamente por el centro de la ardiente y polvorienta carretera. Di estaba bañada en lágrimas y la señorita Trask parecía más alterada de lo que le había visto nunca Trixie.

—¡El sasquatch! —gimió Di—. ¡Se ha apoderado de Cap! ¡Se ha apoderado de Cap!

¿Un sasquatch…, o dos? • 10

MART condujo a Di a la parte trasera de la furgoneta y Knut apremió a la señorita Trask para que subiera a la cabina con Trixie y con él. En cuanto cerró la portezuela, lanzó al vehículo carretera abajo a una endiablada velocidad. Pálido y manchado de gayubas, Knut preguntó a la señorita Trask:

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le ha sucedido a Cap?

—Nosotras… —la señorita Trask tragó saliva y empezó de nuevo —. Diana y yo estábamos cuidando el fuego cuando vimos a Cap cruzar el campamento. Nos saludó con la mano, dijo que volvería al instante y se dirigió al arroyo. Oímos un alboroto y cuando acudimos al arroyo distinguimos a Cap luchando con… con alguna clase de…, bien, algo. Nosotras… —la señorita Trask vaciló otra vez.

—¿Qué le pasó a Cap? —preguntó Knut casi a gritos.

—No lo sabemos —repuso toda temblorosa la señorita Trask—. Yo tropecé y caí delante de Diana. Y cuando me levanté, Cap y ese terrible ser ya no estaban. Desaparecieron.

La señorita Trask respiró hondo.

—Entonces Di y yo echamos a correr. Sólo pensábamos en una cosa: encontrarte lo más pronto posible. No sabíamos qué otra cosa podíamos hacer.

Knut no respondió. Se limitó a aumentar la velocidad. Cuando llegaron al campamento, frenó violentamente y rugió:

—¡Cap! ¡Cap! ¿En dónde estás?

No se percibió ni siquiera un eco, tan sólo el
cri-cri
de las chicharras entre la hierba seca.

Todos iban tras Knut, cuando éste llegó a la orilla del arroyo. Lo cruzó de varias zancadas, remontó la otra orilla y observó de nuevo el terreno.

—No hay manchas de sangre —afirmó.

Trixie oyó un sollozo de Hallie y le pasó un brazo por los hombros.

Los músculos de Hallie se estremecieron; luego se recobró.

—Nada de histerias —dijo—. Hay que encontrar a Cap.

—Que todo el mundo mire en las tiendas. ¡Luego diseminaos y buscad! —ordenó Knut.

—Yo voy a atender primero a Trixie —dijo Brian.

—Bien.

Knut se lanzó a la carrera para examinar la tienda de Cap.

—Yo estoy bien —objetó Trixie—. Cap es el único que se halla en peligro.

—Una infección no ayudará a Cap —replicó Brian.

Brian abrió el botiquín y pidió a Di que trajera agua caliente de la olla que siempre tenían en el fuego del campamento. Sus ojos violeta parpadearon como si no entendiera las palabras, pero obedeció.

Rápida y eficazmente, Brian se aseguró de que las manos de Trixie y las suyas se hallaban lo suficientemente limpias, después de lavarse con agua caliente y jabón, para untar las magulladuras con yodo; después sacó su navaja y esterilizó la punta en la llama. Trixie se estremeció al ver la hoja, pero los dedos de Brian se mostraron tan firmes como cuidadosos cuando extrajo de la carne, una por una, todas las espinas.

Sobreponiéndose al dolor, Trixie se lavó de nuevo las manos con agua caliente. Brian volvió a aplicarle yodo y luego se las vendó.

Trixie manoteó con sus dos blancos mitones.

—¿Cómo voy a bañarme así? —preguntó.

—Míralo por el lado optimista. Has quedado exenta de las faenas de cocina —replicó Brian, al tiempo que se disponía a toda prisa a unirse a la búsqueda de Cap.

—Yo te ayudaré a que te des un baño —le ofreció Di.

Poco tiempo después, Trixie salió de la tienda de Di, bañada y con ropa limpia. Las chicas se habían quedado solas en el campamento, puesto que incluso la señorita Trask había ido en busca de Cap.

—Todos volverán hambrientos —dijo Di.

Inspeccionó la comida que estaba al fuego. Trixie descubrió que

sus vendajes no le impedían poner la mesa.

Uno tras otro, los demás regresaron al campamento, silenciosos y desanimados. Todos se recobraron un tanto a la vista de las patatas y el maíz que Di había sacado del fuego. También resultaron muy apreciadas las hamburguesas cocidas con cebollas. Cada uno se sirvió un cuenco de gayubas maduras, bien azucaradas y regadas con leche. Knut vertió el resto de las gayubas en una lata grande, la cerró bien y la sumergió en las frías aguas del arroyo.

Hallie lavó rápidamente los platos con gran energía. De repente estalló:

—Es absurdo, no entiendo cómo Cap puede tener dificultades. ¡Con su cerebro de pájaro es capaz de oír caer la hoja de un pino!



Di gimió:

—¿Cómo puedes decir eso cuando quizás esté… cuando esa peluda bestia…?

—¡No lo digas, Di! —le advirtió ásperamente Hallie—. Cap está bien. Y si quiero, puedo decir que tiene un cerebro de pájaro porque así es, ¿verdad, Knut?

Knut sonrió a pesar de su preocupación.

—Para entender lo que está diciendo Hallie has de saber que emplea ese término de dos maneras diferentes. Una se refiere al tamaño del cerebro de un pájaro. Tendrás que reconocer que no es muy grande. Hay veces en que Cap merece que se diga eso de él. Pero existe —prosiguió— otra clase de cerebro de pájaro que a mí me gustaría tener. Mira, un pájaro tiene el valor de lanzarse fuera del nido cuando apenas ha dejado de ser un polluelo. A partir de aquel momento recurre a su fuerza y a su ingenio para luchar contra el mundo que le rodea. Tras un viaje migratorio de ida y vuelta, posee un mapa de su mundo impreso en el cerebro. Construye su nido; protege y alimenta a su familia. Conoce a sus amigos y estudia los hábitos de sus enemigos para poder sobrevivir y vivir en paz. Se levanta con las primeras luces y pliega sus alas cuando anochece. Añade gracia y belleza al mundo.

—Entonces la mayoría de las veces que Hallie dice de Cap que tiene un cerebro de pájaro se refiere a eso. ¿No es cierto, Hallie?

Las lágrimas brotaron de los ojos de Hallie, que tenían el color de las moras maduras, y se deslizaron por sus tersas mejillas. Con un gesto brusco, las apartó de su cara con el dorso de sus delgadas manos.

—No sabría escribir una poesía sobre eso, pero a ello me refiero. El mundo de Cap está en los bosques. Si le enjaularas, se volvería loco.

—Tal vez no —susurró Trixie—. Quizás cantaría.

—O se rompería las alas, tratando de escapar —añadió Mart.

—Hay que avisar inmediatamente al sheriff —dijo la señorita Trask.

Knut asintió.

—Hallie, tú puedes quedarte aquí mientras yo voy en la furgoneta a Wallace. Al mismo tiempo recogeré algunas provisiones. Ah, y también las cosas de Tank —Knut chasqueó los dedos—.

Señorita Trask, ¿de qué dirección venía Cap cuando cruzó el campamento?

—Ya veo lo que estás pensando —respondió pensativa—. Procedía de la dirección de la casa del señor Anderson. Quizás había estado allí.

—No deseo quedarme sentada, esperando mano sobre mano —anunció Hallie—. Knut, mientras tú vas a Wallace, yo iré a la casa de Tank, a ver si él puede decirnos algo de Cap.

—¡No os iréis solos ninguno de los dos! —se opuso la señorita Trask.

—¿Te gustaría venir conmigo, Di? —le invitó Knut.

Di aceptó inmediatamente, confesando:

—Eso me parece mucho mejor que subir hasta la casa de Tank en plena oscuridad.

—Yo iré con Hallie —se ofreció Jim, y otro tanto hicieron Honey y Mart.

Brian decidió permanecer en el campamento por si acaso regresaba Cap herido. La señorita Trask se comprometió a mantener una gigantesca hoguera. Trixie titubeó, temerosa de ser más un estorbo que una ayuda, con sus manos vendadas.

—Yo llevaré las linternas si te duelen las manos —se brindó Honey, y Trixie acabó por decidirse.

—¡De acuerdo, chicos, en marcha! —ordenó Hallie—. No olvidéis las pilas de repuesto para las linternas y tú, Jim, llévate el botiquín.

La señorita Trask elaboró a toda prisa una lista de las provisiones que necesitaban en el campamento y se la entregó a Knut. Mientras tanto Knut llenó con las gayubas una gran caja de plástico, explicando en voz baja a Hallie:

—Antes de volver me detendré en casa de Gloria. Si necesitamos ponernos en contacto con mamá y papá, ella se encargará de hacerlo.

Un tanto temblorosa, Hallie repuso:

—Están fotografiando llamas en el interior de no sé qué sitio.

—Tal vez pueda ella ponerse en contacto con la oficina minera de papá y lograr que desde allí le localicen —dijo Knut.

Escuchando tal conversación, Trixie se sintió satisfecha de que sus padres se hubieran quedado en casa.

—Me alegra que mi padre sea un banquero al estilo antiguo, en una población sin importancia del Hudson y no un ingeniero de minas que viaja por todo el mundo —dijo a Honey al oído.

—Pobre Hallie —murmuró Honey—. Debe ser terrible que tu hermano desaparezca de repente. Yo me moriría si le pasara eso a Jim.

—No corráis ningún riesgo —les aconsejó Knut cuando Di y él estaban a punto de marcharse.

—Y no vayas demasiado aprisa —replicó Hallie.

—Ánimo, hermanita —dijo Knut—. A nuestro cerebro de pájaro no le pasará nada.

—Pero necesita ayuda —murmuró Hallie—. Qué raro en él.

—Todos necesitamos ayuda alguna vez —afirmó Honey, tomando del brazo a Hallie mientras Knut y Di abandonaban el lugar entre un remolino de hojas secas.

Tras llenar las cantimploras y recoger los jerseys, Hallie dijo a la señorita Trask:

—Tenemos tiempo suficiente para llegar a la casa de Tank antes de que se haga de noche, y para regresar es todo cuesta abajo. No volveremos tarde si…

Si… Trixie no olvidó esta palabra mientras ascendió por la ladera de la montaña camino del antiguo lecho del arroyo en donde Tank tenía su mina, su cabaña y su huerto.

—¿No te parece todo esto un sueño? —preguntó Trixie a Honey, su compañera de marcha—. Hasta hace unos pocos días jamás había oído hablar de la comarca de Joe.

—O de un sasquatch —repuso Honey, estremeciéndose.

Cuando el pequeño grupo alcanzó el primer lugar en que hicieron alto, nadie cantó ni bromeó, ni se rió. Simplemente bebieron unos tragos de agua y continuaron subiendo.

Trixie trató de no pensar en la bestia de la silla. Sabía que, si se concentraba en su tamaño o en su peso, echaría a correr como una loca, chillando hasta desgañitarse. Luego se sumergiría en el saco de dormir, con cabeza y todo, echaría la cremallera y…

¡Pero qué idiota eres! —se censuró a sí misma—. *Sabes, Trixie Belden, que esa bestia se halla al norte de la silla. Di es quien va en esa dirección y no tú.*

De repente Trixie gritó:

—¡Alto!

Instantáneamente la rodearon Jim, Mart, Hallie y Honey.

—¿Estás herida?… ¿Qué viste?

Las preguntas resonaban en los oídos de Trixie como maíz al tostarse.

—¡El sasquatch no pudo llevarse a Cap porque se encuentra al norte de la silla! ¡Allí es donde el amigo de Cap dice que lo vio!

—Tú sabes algo que no nos has dicho —la acusó Hallie.

En tan pocas palabras como le fue posible, Trixie les contó su encuentro con la bestia.

—Estaba tan asustada que no quería hablar del hecho —acabó por decir.

—Este verano ha habido varios encuentros como ése —dijo Hallie—. Han sido denunciados e investigados a conciencia, pero nadie ha resultado herido. A menos que…

—Nada de “a menos que…”; Cap se hallaba a kilómetros del sasquatch cuando tuvo aquella pelea en el arroyo.

—A menos que el sasquatch tenga pareja —dijo Mart sin pensarlo.

Hallie le miró tan abrumada por la sugerencia que Honey gritó:

—Ni lo pienses, Mart. ¿Ha aventurado alguien la idea de que pudiera haber dos, Hallie?

—No —dijo Hallie melancólicamente.

Aunque ya se había puesto el sol, todavía quedaba un poco de luz en el claro cuando el grupo llegó al huerto de Tank.

Hallie parecía preocupada:

—Tank siempre arría su bandera y pone un farol en el patio cuando anochece. Allí está la bandera y la luz no ha sido encendida.

Cansada como estaba, Hallie echó a correr.

Tras ella, los demás Bob-Whites observaron la escena con espanto. La puerta de la cabaña estaba abierta de par en par. Por el patio se veían esparcidos enseres y provisiones de Tank.

Un ruido y un grito • 11

LOS JÓVENES registraron a conciencia los alrededores, pero no hallaron rastro del viejo minero. Reunieron las provisiones dispersadas y regresaron a la cabaña y a la cueva del hielo.

Tras descansar un momento, distinguieron entre los demás restos lo que quedaba de la magnífica silla de Tank. El asiento y el respaldo estaban desgarrados, y dos de las patas se hallaban completamente quebradas. Entre lágrimas de ira, Honey recogió los pedazos y los colocó dentro de la cabaña, tras la puerta de entrada.

Mientras Hallie recogía el resto de las cosas y las amontonaba, Trixie reparó en algo que había quedado atrapado en el cerrojo de la puerta de la cueva del hielo. Como por culpa de los vendajes sólo pudo señalarlo, Jim se encargó de extraer un mechón de pelo del cerrojo, lo enrolló entre sus dedos y se lo guardó en el bolsillo.

Antes de que Jim o Trixie pudieran referirse a la extraña pista, Hallie dijo:

—No me gusta esto en absoluto. Creo que deberíamos volver a toda prisa al campamento antes de que suceda algo allí.

—Estoy contigo —manifestó Honey, nerviosa.

De regreso al campamento, los haces de luz de las linternas se agitaban a cada paso que daban cuesta abajo. Troncos, peñascos e incluso los propios árboles adoptaban monstruosas formas. Las luces se reflejaban en los ojos de los animales nocturnos. En los claros revoloteaban los murciélagos tras los insectos. Las botas resonaban, rascaban o tropezaban en las piedras. Instintivamente, Trixie prestó atención para asegurarse de que ningún otro par de pies había sumado sus ruidos a los del grupo.

—Espero que Knut y Di hayan vuelto cuando lleguemos al campamento —dijo Hallie—. Habrá que ver qué cara ponen cuando se enteren de lo de Tank.

—Pobre Di —dijo Jim—. Se quedó en el campamento porque se

sentía segura con la señorita Trask y allí fue donde apareció el sasquatch. Ahora, por segunda vez, cruza esta noche la silla. ¡Y allí se encuentra también el sasquatch!

Trixie permanecía callada. Suponía que acaso se tratase de dos bestias, pero aún no estaba convencida de que fuesen peligrosas. Le parecía que eran animales tímidos, por lo que conocía de ellos. Había escuchado en la noche el triste aullido de aquella criatura; había contemplado su enorme huella; había oído lo que contó Will, el amigo de Cap; había visto su masa fantasmal con las primeras luces del día y luego había descendido como un tornado humano al lugar en donde dormía al mediodía.

Pero en todas esas situaciones no había experimentado una amenaza real. Un animal desplazado trataba de adaptarse a un nuevo entorno, y aún no era capaz de distinguir a los enemigos de los amigos.

Ciertamente era bastante grande como para haber dado un disgusto a los hombres de la furgoneta del servicio forestal. *Pudo haberme atacado* —pensó Trixie—, *pero no lo hizo*. ¿Por qué entonces había luchado el monstruo con Cap y quizás con Tank?

—¿Qué pondría a Cap suficientemente rabioso para luchar? —preguntó Trixie en voz alta.

—Pelearía sin dudarlo en favor de alguien más joven, más pequeño o más débil —dijo Hallie.

—¿O más viejo? —sugirió Trixie.

—Haría frente a todo un ejército por Tank —declaró Hallie.

—¿Lucharía con el hombre que nos robó las provisiones?

—Lo dudo —dijo Hallie—. Creo que supondría que el hombre las necesitaba más que nosotros. Cap le diría algo para darle que pensar, pero no nos asustaría metiéndose en una pelea y desapareciendo después. Cap, Knut y yo cuidamos mutuamente de nosotros mismos. Nuestros padres confían en volver a encontrarnos sanos y salvos cuando regresen, o al menos reconocibles.

—Claro que el sasquatch no vino a esta comarca hasta después de que ellos abandonaran el país. Cuando surge un elemento nuevo, hay que elaborar nuevas reglas. Oh, Trix, ¡no sé a qué clase de normas se atiene ahora Cap!

Trixie hizo un gesto con sus manos vendadas.

—Tampoco lo sé yo, pero en algún lugar tiene que haber una

pista que hemos pasado por alto. ¡Sencillamente tiene que haberla!

—Me hubiera gustado que hubiésemos hallado ese mechón de piel antes de que Knut se fuera a la ciudad —dijo Jim a Trixie—. Me interesaría saber qué es lo que diría de él un laboratorio.

—¿Qué clase de mechón? —preguntó Hallie.

—Encontramos unos pelos enmarañados en el cerrojo de la puerta de Tank.

—¿Y te lo has callado? —preguntó airadamente Hallie.

—Tienes un temperamento como el de Beatrix[4] —dijo desenfadadamente Mart—. Trata de entender a Jim. Si nos hubiera dicho que había visto pelos en la puerta habríamos visto osos y monstruos tras cada árbol del sendero. ¿No es así, Jim?

—Claro —repuso Jim—. Mira, ya veo la hoguera.

Brian estaba echando más leña al fuego cuando los cinco muchachos irrumpieron en el círculo iluminado por las llamas.

—He preparado cacao —les anunció la señorita Trask—. Brian, ¿quieres traerme las tazas? Venga, Hallie, dime lo que encontrasteis.

Hallie se dejó caer pesadamente en una silla plegable y se puso de codos sobre la mesa.

—Absolutamente nada. No hallamos a Cap y tampoco vimos a Tank.

Brian escuchó atentamente lo que explicó sobre la cabaña de Tank.

—Parece como si alguien anduviera en busca de algo.

—Es una vergüenza lo de esa maravillosa silla —dijo la señorita Trask—. ¿Qué podía haber ocultado?

—Quizás fue empleada como arma —repuso Jim—. Al alce a quien pertenecieron aquellas astas planas le resultarían muy útiles para atacar y defenderse.

La señorita Trask meneó la cabeza.

—Esa silla era pesada. Habría hecho falta mucha fuerza para manejarla.

—Quizás se estrelló contra ella algo pesado —Jim extrajo de su bolsillo el mechón y lo colocó a la luz de las llamas—. Encontramos esto. Son pelos unidos a un pedazo de pellejo.

Trixie se quedó sorprendida.

—Si esto es un pedazo de piel arrancada a un animal vivo,

tendría que haber sangre seca.

Brian manoseó el fragmento y añadió:

—Es una idea absurda, supongo, pero aquí parece haber más de una clase de piel, ¿veis? Hay pelos largos e hirsutos mezclados con otros más cortos y suaves. Hay también variaciones de color.

Hallie exclamó:

—¡Me gustaría que estuviese aquí ese cerebro de pájaro de Cap! Él podría decirnos si esto corresponde a una pata delantera de una ardilla o a una pata trasera de un mapache.

Trixie contempló angustiada cómo se levantaba Hallie para ir a sentarse lejos de los demás.

Fatigada de las actividades y las preocupaciones de aquel largo día, Hallie era, sin embargo, capaz de permanecer serena, y con los pies en la tierra. Sólo sus manos traicionaban la agitación que sentía dentro de sí. Se arrancaba hebras de lana de su suéter, las convertía en bolitas entre sus dedos finos y nerviosos y luego las almacenaba en la palma de su mano izquierda. Sus largas pestañas sombreaban sus pómulos prominentes.

Trixie dio la vuelta al círculo para ir a sentarse junto a Hallie. Honey le dirigió una mirada aprobadora que alentó a Trixie. Pero una vez junto a Hallie no se le ocurrió nada que sirviera para alegrar con una sonrisa la cara de su prima.

Al cabo de un rato Hallie preguntó:

—¿Cómo están tus manos?

Trixie replicó:

—Bien.

Luego ambas chicas clavaron sus miradas en el fuego. Hallie volvió a hacer bolitas de hilaza.

—Escucha —dijo Trixie—. Me parece que oigo la furgoneta.

Todas las cabezas se volvieron.

—No es Knut —repuso Hallie—. Viene cuesta arriba.

Trixie podía percibir el insistente ruido de un motor en primera.

—¿Quién más podría ser? Es ya tan tarde…

—Oh, cualquiera —repuso Hallie con indiferencia—. Algunos que recogían bayas y que aguantaron hasta la noche, antes de abandonar un buen terreno. Unos forasteros que miraron un mapa y pensaron que podrían encontrar un motel para pasar la noche. Pescadores de vuelta a casa. Indios que se trasladan a su

campamento de verano…

El vehículo se acercó y luego dejó atrás el campamento.

—Oigo otro motor —dijo Honey.

Hallie se puso en pie y arrojó al fuego el puñado de bolitas de lana.

—¡Ése es Knut! —dijo.

Knut aparcó en el campamento en vez de detener el vehículo en la carretera. Ayudó a descender del elevado asiento de la cabina a Di, que iba soñolienta, y luego empezó a bajar las provisiones que había comprado.

—Cuidado —advirtió Knut—. Hay huevos por ahí. Y la madre de Gloria nos dio nata para nuestras gayubas.

—Y, además, helado —le recordó Di—, embalado en hielo seco.

Durante unos cuantos minutos todas las manos estuvieron ocupadas, almacenando víveres.

Luego Hallie se encaró con su hermano y le preguntó:

—Bueno, ¿qué ha pasado? En primer lugar, ¿quiénes iban en el camión que te has cruzado?

Knut pareció sorprendido.

—No me he cruzado con nadie —dijo—. Entre el puerto y este sitio sólo vi una cerda de jabalí con un par de cachorros.

—Y un puerco espín —añadió Di.

—En cualquier caso —prosiguió Knut— no intenté llamar a papá y a mamá. Encargué a la madre de Gloria que llamara a la oficina minera de papá para que averigüen mañana su paradero. Si están metidos muy adentro, es posible que tarden varios días en establecer contacto con ellos. Mamá y papá podrían correr graves riesgos por alcanzar una oficina telefónica o telegráfica, poniendo sus vidas en peligro sólo para averiguar que Cap había aparecido a la hora del desayuno. Nos hemos enfrentado otras veces con grandes problemas y los hemos superado. También resolveremos éste con éxito.



—¿No se lo dijiste a nadie? —preguntó ansiosamente la señorita Trask—, quiero decir, además de a Gloria y su madre.

—Fui a la oficina del sheriff y hablé con el sheriff Sprute y con un agente. Les expliqué la desaparición de Cap, pero todo el mundo en el condado conoce su reputación. El sheriff sabe que no es infrecuente que Cap se vaya solo, a veces durante dos o tres días. Cuando le hablé de la bestia, me dijo que echaría un vistazo y que se mantendría en contacto con los Duncan.

—¿Quiénes son los Duncan? —preguntó Trixie.

Sin apartar los ojos del rostro de Knut, Hallie replicó:

—Gloria y su familia. Los Duncan son amigos nuestros.

—¿Cuánto tiempo puede estar Cap sin provisiones? —preguntó Brian.

—Si fuera necesario podría vivir indefinidamente sobre el terreno —repuso con tranquilo orgullo Knut.

—Espero que no esté herido —manifestó Brian, preocupado.

—Tenemos que creer que se halla bien —dijo Knut sensatamente —. Ron Duncan, el hermano de Gloria, va a ayudarnos a buscar a Cap.

De repente Knut frunció el ceño.

—Pero parecéis un grupo de gente desamparada; ¿qué ha pasado mientras estaba fuera?

—Tank ha desaparecido —dijo de sopetón Hallie.

—¡También Tank! —Knut empezó a limpiar sus gafas mientras contemplaba el fuego. Tras una larga pausa dijo:

—Bueno, puede decirse lo mismo de los dos, Tank y Cap. Tank pasa su vida yendo y viniendo, sin dar cuenta a nadie.

—Parecía como si alguien hubiera saqueado la cabaña —dijo Jim.

Y le explicó lo que habían encontrado.

Knut se frotó los ojos, tanto de preocupación como de conducir demasiado tiempo por la carretera. Luego consiguió sonreír:

—Siento que haya pasado esto justo durante vuestra visita a Idaho.

—¡Demonio, no te preocupes por nosotros! —exclamó Trixie—. Se trata de Cap… y de Tank…

—Lo mejor que podéis hacer ahora por ellos es iros a dormir —dijo Knut con firmeza, al tiempo que apoyaba sus pies en un tronco.

Creo que me quedaré aquí a relajarme un poco mientras se extingue el fuego.

Jim acercó su silla a la de Knut.

—Yo me quedaré contigo.

Más tarde, cuando Trixie y Honey estaban ya dentro de sus sacos de dormir, Trixie pudo distinguir dos cabezas, una morena y la otra peliroja, muy cerca una de otra. Y pudo escuchar el murmullo de jóvenes voces varoniles. Sintió que se le oprimía la garganta porque esta vez percibió risotadas.

Mucho después de que hubieran cesado los murmullos en las diferentes tiendas, la incomodidad de los vendajes mantenía despierta a Trixie. Estaba todo tan en silencio que podía percibir el susurro de la conversación entre Jim y Knut, aunque no captara su sentido.

Como una entrecortada exclamación al final de las palabras de Knut, Trixie oyó un suave ¡flip! Su cabeza se alzó de la almohada con un estremecimiento. El sonido parecía proceder de detrás de la tienda.

Fue entonces cuando Di empezó a chillar.

La residencia de los jerbos • 12

DI GRITABA histérica: —¡Socorro, socorro, me ha agarrado! ¡Está agarrándome!

Las vendas que envolvían las manos de Trixie le impidieron salir inmediatamente de su saco de dormir. Pudo ver a Jim y a Knut saltar hacia la tienda de Di, y al cabo de un minuto fue hacia allá todo el grupo, descalzo, en pijama y portando grandes linternas. La señorita Trask sacudió los hombros de Di hasta que dejó de chillar.

—¡Por amor de Dios, Di, era tan sólo un jerbo! —exclamó Hallie—. Encendí mi linterna en cuanto empezaste a aullar. Menudo susto se llevó el pobre bicho. Entre tus chillidos y mi linterna debió creerse jerbo muerto.

—¿Te encuentras bien, Di? —preguntó Knut.

—Yo… supongo que sí —titubeó Di—. ¡Tú también habrías gritado, Hallie, si te hubiera pasado por la cara algo peludo!

Knut recogió un objeto de la almohada.

—¿Ves? Al menos tu visitante te dejó un regalo.

Aquella noche el regalo del jerbo fue un imperdible.

—Mira, Trix, puedes usarlo en tus vendajes —dijo Knut.

Trixie lo tomó con uno de sus blancos mitones.

—Uf —suspiró—, parece un insecto.

Honey le quitó el imperdible y lo acercó a la luz de su linterna.

—¿Por qué prender un imperdible en un pedacito de piel? —preguntó asombrada.

—Déjame ver eso —Jim casi le arrebató por la fuerza el imperdible y dando grandes zancadas se dirigió a la mesa plegable del campamento.

Todo el mundo le siguió, encogiendo los hombros bajo el frío de la noche mientras Jim encendía la linterna. Sacó del bolsillo el pedazo de piel que había retirado del cerrojo de la puerta de Tank.

—Bueno, no soy un experto en pieles, pero estos pedazos me

parecen semejantes —dijo por fin.

Todo el mundo coincidió con su opinión.

—Pero ese jerbo no pudo traer hasta aquí un imperdible desde la cabaña de Tank —declaró firmemente Hallie.

—Todo es posible, supongo —dijo Knut, acomodándose las gafas para examinar otra vez el pedazo de piel.

—¡Pero no probable! —le rebatió Hallie—. Por amor de Dios, Knut. Ese bicho tiene las patitas muy cortas. Tendría que haber tragado mucho polvo para salir de la cabaña de Tank al anochecer y estar ahora aquí.

—Tal vez partió antes —sugirió Honey.

—Sólo sale por la noche —observó Hallie. Y chasqueó un dedo contra su pulgar—. ¿Sabéis qué? Seguro que tiene una mansión cerca de aquí.

—¿Una mansión? —repitió Di con una risita nerviosa.

—¡Pues claro! Construye unos refugios grandes, de medio metro de altura, con un par de habitaciones en donde guarda todos sus tesoros.

—¿Por qué crees que vive cerca? —preguntó Mart con curiosidad.

—Porque bramaba incluso cuando estaba tratando de escapar del haz de mi linterna. Ésa es su señal de alarma. ¿Por qué iba a lanzar señales por nada?

—Tal vez tenía miedo del sasquatch —dijo Trixie, explicando el seco y único ¡flip! que había oído.

Pero por el momento abandonó aquella posibilidad y se concentró en la piel.

—Los animales no utilizan cerrojos ni imperdibles. El nexo de unión entre estos dos pedazos de piel tiene que ser una persona. ¿No es posible que…

Honey concluyó su pensamiento:

—… que exista también una conexión entre Tank y Cap; un hombre? Un pedazo de piel fue hallado en la cabaña de Tank y el otro en el campamento de Cap.

La señorita Trask lanzó un jarro de agua fría sobre la teoría de Trixie.

—Pero la bestia estuvo aquí —dijo—. Luchó con Cap; Diana y yo lo vimos. Por lo demás no hay nada que podamos hacer esta noche.

Será mejor que todos durmamos algo.

Murmurando las buenas noches, cada uno se retiró a su saco de dormir. Esta vez Knut y Jim cubrieron las brasas con cenizas y polvo antes de dirigirse a sus tiendas.

Trixie se levantó poco antes de que llegara el día, debido a las molestias que experimentaba en sus manos. Movió los dedos con rapidez y hurgó en los vendajes.

—¿Te encuentras bien? —murmuró Honey.

—Caramba, se me enredaron las vendas en la cremallera del saco…

—Déjame que te ayude.

Honey cruzó el estrecho pasillo, encendió la luz y liberó a Trixie de la cremallera. Cuando volvía a su saco, Honey inclinó su cabeza en actitud de escucha.

—¿Qué fue eso?

—¡Enfoca a los cajones de víveres! —le apremió Trixie.

Honey alumbró la zona de la cocina.

—Por allí no hay nada.

—Estamos un poco nerviosas —la tranquilizó Trixie.

—Probablemente tienes razón —dijo Honey, volviendo a su saco de dormir.

Pero luego volvió el sonido, el «suka, suka, suka» que se habían acostumbrado a relacionar exclusivamente con el sasquatch.

Ambas chicas alzaron su nariz y se sofocaron. El hedor había invadido toda la tienda.

—¿No es diferente este olor? —murmuró Trixie.

—A mí me huele sencillamente a mofeta —dijo medio ahogada Honey, que se había tapado la nariz con los dedos.

—Si no estuviéramos en medio de la comarca de Joe yo pensaría que algún tipo malintencionado está tratando de asustarnos —susurró Trixie—. Pero…

Honey suspiró:

—¿Pero quién lo haría y por qué? Oh, Trix, debe haber sido una mofeta. Vamos a dormir un poco.

Justamente cuando se sumía en el sueño, Trixie pensó en el vehículo que había ido cuesta arriba. Si Knut no se había cruzado con aquel coche, tenía que estar en algún lugar entre el campamento y el puerto. *Sólo hay un camino* —fue su último

pensamiento antes de dormirse.

El miércoles había sido un día tan largo, fatigoso y rebosante de preocupaciones, que había transcurrido parte de la mañana del jueves cuando se despertaron los jóvenes. Luego, como marionetas de cuyos cordeles tira la mano de una persona, todos abandonaron sus sacos de dormir y salieron de las tiendas al mismo tiempo. Encontraron a la señorita Trask sentada sola ante la mesa.

—Buenos días —les dijo—; una olla de gachas os está esperando.

La señorita Trask empezó a llenar cuencos a toda prisa.

Después del desayuno Brian le quitó las vendas a Trixie, permitiéndole que se lavara y se vistiera antes de volver a curarla. Hallie se levantó de la mesa, tomó los platos de Trixie junto con los suyos y se dirigió al fregadero.

—Que todo el mundo friegue —declaró—. Voy a conceder a Cap de plazo hasta mediodía para que regrese. Así tendré tiempo para escudriñar por ahí y descubrir el escondrijo de ese jerbo. Tal vez encontremos allí otra pista.

—Me gustaría ayudarte —dijo Knut—, pero tengo que fregar la cabina de la furgoneta con zumo de tomate, jabón y agua caliente en abundancia. Todavía parece como si oliera a mofeta.

—No es eso lo único que huele a mofeta —le dijo Honey—. También huelen nuestras tiendas. O por lo menos olían. Creo que ya se han aireado lo suficiente.

Se zampó las últimas gayubas antes de explicar las incidencias de las primeras horas de la mañana.

—Hay algo podrido en Dinamarca —declaró Hallie.

—O que huele a mofeta en el norte de Idaho —añadió Mart.

Knut meneó la cabeza y alzó la olla de agua caliente de las brasas.

—Tengo que poner en condiciones la furgoneta antes de que venga Ron Duncan. Puede que necesite utilizarla.

Knut, Mart y Jim empezaron a fregar la furgoneta.

Rápida y diestramente, Hallie trenzó sus largos, tersos y negros cabellos. Sujetó las dos trenzas sobre su cabeza y se puso en la nuca el sombrero de paja.

—¿Quién viene conmigo? —preguntó.

Trixie y Honey se levantaron, pero Di se echó hacia atrás.

—No sabría qué buscar —explicó.

—¿Puedes reconocer un montón de palos cuando los veas? —rugió Hallie.

—Ni en donde mirar —prosiguió, testaruda, Di.

—Sencillamente, busca un montón de palos que parezcan arrastrados por las aguas, pero que no pueda serlo, por su situación —precisó Hallie al tiempo que abandonaba el campamento, añadiendo—: sobre todo cerca de algún árbol caído.

De mala gana, Di acompañó a las otras chicas.

Hallie optó por buscar en la zona boscosa tras las tiendas de las muchachas. Cuando se fueron alejando cada vez más del campamento sin tener éxito, las condujo de regreso al arroyo para buscar en su orilla septentrional.

—A los jerbos no les gusta el agua, pero les agrada engañar al resto del mundo construyendo sus escondrijos cerca del agua.

Diligentemente Trixie buscó montones de desechos. También buscó huellas de casi medio metro y cualquier otra alteración anormal en la superficie de la tierra.

Cuando Honey localizó por fin el escondrijo de los jerbos, Trixie comprendió que desde el lunes había pasado muchas veces junto a aquel montón de palos rotos. No se hallaba lejos del lugar donde había desaparecido Cap. Un sendero de ocho centímetros escasos conducía a una entrada apenas suficiente para que por allí se deslizaran los pequeños mamíferos.

Hallie agarró firmemente uno de los palos más grandes de la base del montón. Instruyó a Di y a Honey para que hicieran otro tanto.

—Alzadlos cuando cuente tres. Uno…, dos…

Antes de que Hallie dijera tres, se deslizó hacia afuera una culebra de agua.

—¡Una serpiente de cascabel! —chilló Di.

—¡Diana Lynch! —le gritó Hallie—. ¡Estamos en las montañas, a demasiada altura como para preocuparnos de las serpientes de cascabel! Y aunque lo fuera, ésa no intentó atacarte.

La culebra se metió en el arroyo y se escabulló aguas abajo.

—¡Jamás volveré a beber esa agua! —dijo Diana, estremeciéndose.

—Puedes estar tranquila, recogemos el agua para beber de un manantial que va a parar al arroyo —dijo Hallie—. Vamos, Honey,

ayúdame.

Honey lo intentó, pero la fuerza de las dos no era suficiente para levantar la techumbre de la gran mansión de esos prósperos roedores.

—Iré a pedir ayuda a los chicos —se brindó Di, protegida en un terreno más elevado.

—Muy bien, hazlo, Di —manifestó Hallie sonriendo.

A Trixie le gustó ver sonreír a su prima, aunque fuera a expensas de Di. Apenas había sonreído en las últimas largas horas.

Tras haber terminado de limpiar la furgoneta, los cuatro muchachos retornaron con Di. Se situaron al norte, al sur, al este y al oeste del gran montón de palos, escogieron las ramas más robustas del nivel inferior y alzaron no sólo el tejado, sino también todo el piso superior de aquella cueva tan compartimentada.

Cada nido estaba recubierto de hierba seca y materiales blandos, como enea y borra de asclepias. En varios compartimentos los roedores pardogrisáceos dormían acurrucados. Sorprendidos y haciendo vibrar sus grandes y rosadas orejas, se dispersaron en busca de otro refugio.

Hallie no les prestó atención. Con un palo, hurgó en la colección de tesoros de los roedores. Allí había anillas de latas de bebidas carbónicas, varias monedas de diez centavos, guijarros brillantes y algunas tuercas que habrían perdido los coches en la carretera.

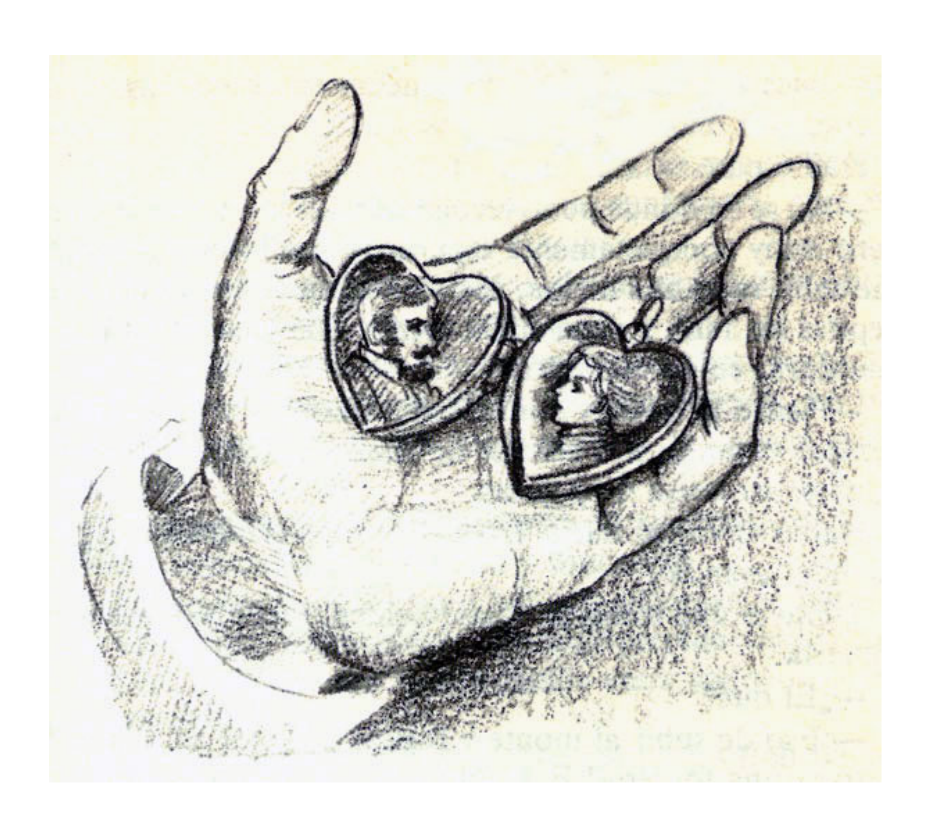
Trixie se hallaba fascinada. Torpemente hurgó ella también con un palo. De repente alzó en el aire un pequeño objeto.

Jim lo tomó y silbó.

—A. alguien le gustaría recuperar esto.

En su mano extendida sostenía un pequeño medallón de oro. Al abrirlo, Trixie vio los rostros sonrientes de una pareja vestida a la moda de finales del siglo pasado.

—¡Knut! —dijo asombrada Hallie—. ¡Nosotros conocemos a esas personas!



El medallón de Tank • 13

KNUT contempló atentamente los diminutos rostros.

—¡Esos son los padres de Tank! —exclamó—. Tank guardaba ese medallón en su bolsa de pepitas de oro.

—¿Estás seguro? —preguntó Trixie.

Hallie le quitó el medallón a Jim, lo cerró en seco y les mostró las iniciales grabadas en la parte frontal del corazoncito de oro: A. A.

—Astrid Anderson —dijo Hallie—. Así se llamaba la madre de Tank.

—Pues ese bicho ha traído el medallón desde muy lejos —comentó maravillada Di.

Hallie parecía aturdida.

—No sé en dónde pudo recoger el roedor este medallón, pero estoy completamente segura de que lo que no hizo fue subir

montaña arriba, abrir un agujero en la bolsa de pepitas de Tank y venir nada menos que hasta aquí para guardarlo en su escondrijo.

—Pienso lo mismo —manifestó Trixie—. Y la próxima vez que vayamos a la cabaña de Tank será mejor que busquemos su bolsa de pepitas.

Hallie se volvió hacia Trixie. Sus ojos echaban chispas cuando anunció:

—Eso es una tontería, Trixie Belden, sencillamente una tontería.

—¿El qué?

—¡Eso de subir al monte y buscar la bolsa de pepitas! ¡Eso es una tontería! Esa bolsa tiene que estar por aquí, porque de otra manera el roedor no habría robado el medallón. Y la única explicación es que Cap la haya abandonado cerca de aquí. ¡Ésa es precisamente la tontería!

Hallie destacó las últimas palabras.

Los Bob-Whites se miraron incómodos.

El futuro doctor Brian sabía reconocer muy bien la presencia de la histeria. Pasó su brazo en torno de los hombros de Hallie y le dijo:

—Calla, ya verás como todo…

Hallie se desembarazó de él.

—¡Déjame en paz, Brian Belden! ¡No es tu hermano el que ha sido atacado por un sasquatch y se ha perdido, quizás para siempre!

—Por favor, Hallie —empezó a decir Knut sin saber cómo proseguir. Su cara estaba tan pálida como enrojecida la de Hallie.

Honey tomó una mano de Hallie y la oprimió.

—Todos estamos asustados y alterados. No seremos capaces de pensar hasta que nos calmemos.

—Yo puedo pensar —gritó Hallie—. ¡Yo puedo pensar que Trixie resuelve los problemas de cualquiera, pero no ha hecho nada por encontrar a Cap!

Atónita ante aquellas palabras, Trixie se limitó a agitar sus manos envueltas en las vendas.

—¡Ya sé que tienes las manos vendadas! ¡Pero no tu cabeza! Y por lo que a ti se refiere, Honey Wheeler, no tienes la menor excusa. ¡Ni tus manos ni tu cabeza están vendadas!

Inesperadamente, Hallie rompió en sollozos.

Knut sostuvo a su hermana y murmuró:

—Encontraremos a Cap. O él nos encontrará. Formamos un equipo, ¿recuerdas?; hemos de permanecer unidos.

—No…, no esta vez —dijo Hallie entre sollozos—, estoy deshecha.

Knut prosiguió tranquilizándola mientras los Bob-Whites se miraban inmóviles, con preocupación.

—Ya lo sé. Pero no culpes a Trixie y a Honey. Ninguno de nosotros sabe qué hacer ante una bestia como ésa.

—¡Olvídate de la bestia y piensa sólo en Cap! —gritó Hallie.

Los sollozos convulsivos de Hallie causaron una profunda impresión en Trixie.

—Hallie tiene razón —dijo quedamente—. Hemos permitido que el sasquatch embote nuestros cerebros. Vamos a intercambiar nuestros puntos de vista y analizar de qué se trata.

—Se trata de Cap —gimió Hallie—. Tal vez se halla herido. Tal vez está hambriento. Tal vez… —su voz se extinguió.

—Cap está vivo —insistió Knut—. Hasta la policía cree que es demasiado pronto para preocuparse. Claro que ellos no han visto al animal, pero están seguros de que Cap sabe cuidar de sí mismo. ¿Y cómo vamos a ayudarle si nos dejamos hundir en la desesperación? Vamos, vamos. No más lágrimas, ¿quieres?

Los dos hermanos se miraron. Luego Hallie se apartó y hurgó en un bolsillo de sus vaqueros.

—Vaya, ni siquiera tengo un pañuelo cuando lo necesito.

—Toma el mío —ofreció Honey, entregándole un pañuelo limpio y perfectamente doblado.

Hallie se sonó vigorosamente y se enjugó los ojos con los dorsos de ambas manos. Luego se dirigió a los Bob-Whites.

—Lo siento —dijo, tratando de sonreír.

—No te preocupes —declaró Brian—. Necesitabas un desahogo y en cierto modo también nosotros. Has llorado por todos. Ahora vamos a trabajar. Creo que sería oportuno convocar una sesión de los Bob-Whites.

—¿Aquí mismo? —protestó Di.

—No hay más serpientes —dijo Trixie.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Di.

—¡Bueno, yo lo sé! —intervino Hallie—. ¡Si ha quedado una sola culebra en un kilómetro a la redonda, está totalmente chiflada!

—Ven aquí, Di, siéntate a mi lado —le invitó Mart—. Te prometo protegerte de todos y cada uno de los reptiles que se mueven sinuosos, se deslizan y se arrastran.

Y al tiempo que hablaba dibujaba en el aire tales movimientos.

Di se sentó a su lado pero no antes de haber inspeccionado a conciencia el suelo con una bota.

Cuando todos estuvieron sentados, Jim dijo:

—Bueno, vamos a considerar el caso del medallón hallado en el escondrijo de los roedores.

—Vaya, vaya —dijo Mart—. El caso del medallón. Toda una novela de misterio.

—A callar, Mart —dijo Brian.

—Lo siento —se apresuró a decir Mart—. Lo que en realidad quería decir es que cómo sabemos si el medallón no fue robado antes y de alguna forma acabó así en la mansión de los roedores.

Knut alzó un largo y huesudo dedo.

—Puedo responder a eso —dijo—. En realidad se trata de un secreto, pero, dadas las circunstancias, a Tank no le importará que lo revele. Cuando el martes estábamos a punto de irnos de la cabaña de Tank, me enseñó el medallón. Me dijo que quería dárselo a Hallie.

—¿A mí? —dijo sorprendida Hallie—. ¿El medallón de su madre?

—Tank está perdiendo vista. Ya no podía ver con claridad los rostros de sus padres. Quería que ampliaran la fotografía para ponerla en un marco de hueso que está tallando. Entonces le daría el medallón a Hallie. Pero yo me concentré tanto en sus instrucciones que olvidé recoger la bolsa de las pepitas, y a él se le olvidó dármela. Cuando me acordé en el camino de regreso, debería haberme vuelto.

Hallie golpeó suavemente la mano de Knut.

—Tal vez nadie robó el medallón —dijo Trixie—. Quizás Cap fue ayer a ver a Tank y éste se lo dio.

—Es posible —admitió Knut—. En realidad estoy seguro de que fue allí en donde Cap estuvo el miércoles. Hay que tener en cuenta que una visita a la cabaña de Tank lleva tres horas de subida y dos de bajada; ése es aproximadamente el tiempo que invertimos en nuestra excursión para recoger gayubas. Cap fue visto en el

campamento antes de que la señorita Trask y Di se lanzaran a la carretera en nuestra busca.

—¿Qué estado de ánimo tenía Cap cuando le viste? —preguntó Trixie a Di.

—Sonrió y saludó con la mano.

—¿No parecía alguien decidido a enfrentarse a un peligro?

—No, dijo que volvería al instante —declaró Di.

—¿Qué estabas haciendo, Di?

—Probaba la carne, para ver si se hallaba en su punto.

—Si olió la comida y dijo que volvería al instante, Cap estaría indudablemente hambriento —manifestó Mart—. Tanto ejercicio deja famélico. En mi opinión, Cap podía estar menos alerta de lo habitual en él, si estaba lavándose las manos dispuesto a pegarse un banquete. Lo último en lo que habría pensado sería en la posibilidad de ser atacado por un sasquatch.

—Eso es lo último que pensaría cualquiera —dijo Trixie.

—¡Olvidaos del sasquatch! —declaró Hallie—. Supongamos que Cap fue a ver a Tank y que Tank le entregó la bolsa de pepitas de oro, advirtiéndole que yo no debía verla. Apremiado por la necesidad, Cap debió buscar un escondrijo. No sabía que nosotros habíamos subido a la silla. Imaginaría que todos estábamos en el campamento. Querría enterrar la bolsa de pepitas en algún lugar para que yo no la viera, ¿conformes?

—Tiene sentido —admitió Knut.

Trixie se puso en pie.

—Propongo que suspendamos la reunión, volvamos al campamento y repitamos el trayecto que siguió Cap.

—Suspendida —declaró Jim.

De regreso al campamento, el grupo encontró a la señorita Trask, sentada en una silla plegable y con la mirada ausente.

—¿Le sucede algo, señorita Trask? —preguntó Honey.

—He estado tratando de reconstruir en mi mente la escena de ayer. Debe haber algo que podría haber hecho para ayudar a Cap, pero no consigo imaginar qué.

Honey habló por todos:

—Puede hacerlo ahora, señorita Trask. ¿Puede mostrarnos por dónde cruzó exactamente Cap el campamento?

—Claro —repuso la señorita Trask.

Cruzó junto a las brasas hasta llegar al límite del campamento. Se volvió hacia el grupo y dijo:

—Volveré ahora mismo.

Luego caminó junto a la orilla del arroyo.

Hasta entonces la señorita Trask se había movido con viveza, segura de sí misma. Pero entonces dejó caer las manos a los costados y reconoció:

—No sé de dónde vino.

—¿Hizo algo? ¿Dijo algo? —la apremió Trixie.

—Se defendió. La bestia del bosque hizo ruidos, se oyeron gruñidos y movimientos de lucha, pero no hubo aullidos de dolor o de ira. Realmente no sé lo que pretendía que Cap hiciera.

—¿Puede repetir algunos de los gestos? —preguntó Jim.

La señorita Trask reflexionó intensamente, pero meneó la cabeza.

—Una vez Cap alzó una mano —señaló Di.

—¿Pudo haber sido para arrojar la bolsa de las pepitas? —preguntó muy atento Knut.

—Supongo que sí —dijo Di al tiempo que se iluminaba su rostro.

—¿Hacia dónde miraba él? ¿Hacia la carretera o de espaldas a ella?

—Hacia la carretera —respondió la señorita Trask.

—¡Adelante todos! —gritó Trixie.

Los jóvenes se desplegaron en abanico, preparados para detectar cualquier cosa que llamara su atención.

Trixie agitó sus manos vendadas y preguntó irritada:

—Brian, ¿cuánto tiempo tengo que seguir llevando esto?

Con dedos diestros Brian retiró cuidadosamente las vendas de las manos de Trixie y examinó cada magulladura.

—Si me prometes no trepar a un árbol, te pondré otra cosa.

Trixie flexionó los dedos, disfrutando de su libertad.

—Te lo prometo, te lo prometo.

Tras aplicar tiritas en los lugares más afectados, Brian corrió con Trixie para sumarse a la búsqueda ya iniciada.

—¿Habéis encontrado algo? —gritó Trixie.

—¡Un hormiguero! —chilló Di.

—Diana, boba, eso no es un hormiguero —refunfuñó Hallie—. Alguien ha vuelto a echar porquerías.

—¡No me miréis a mí! —dijo Mart a toda prisa—. Ya recibí una lección. Y aprendo rápido.

Trixie pensó en el ladrón de las provisiones. La desaparición de Cap había determinado que Trixie olvidara su propósito de buscar al ladrón.

—¿Otro huevo roto? —preguntó.

—Uf, ven a verlo tú misma —dijo Di—. ¡Sencillamente no entiendo por qué Hallie y tú os interesáis tanto en cosas sucias que se arrastran y escarabajean!

Trixie se apresuró a acudir al lugar y con un palo hurgó en lo que parecían restos de comida. Contempló cómo las hormigas trataban de mordisquearlos aunque su mundo se hubiera transformado en un instante.

—Ah, es sólo una torta —dijo Trixie. Luego reparó en su grosor y en su color.

—¡Es una torta! —gritó—. ¡Una de las tortas de Tank!

El lanzador de piedras • 14

AL OÍR las exclamaciones de Trixie, acudieron los demás a ver de qué se trataba.

—Esto demuestra —dijo Knut— que Cap estuvo en la cabaña de Tank. Tuvo que haberse traído consigo la bolsa de pepitas de Tank.

—¿Qué tamaño tiene una bolsa de pepitas? —preguntó Di.

Hallie señaló en el aire con sus manos las dimensiones aproximadas de una rebanada de pan.

—Está hecha de ante y se ata con un cordón.

—¿Tan pequeña? —Di parecía dubitativa—. Yo creí…

—No me digas que estabas buscando una bolsa de la compra —se burló Hallie—. ¿Tienes idea de cuánto pesaría llena de oro?

—Una cantidad excesiva —intervino Mart, que se lanzó inmediatamente a dar explicaciones técnicas.

—Déjalo, Mart —le rogó Hallie—. Busco mejor cuando tengo la mente despejada. Sabes lo que quiero decir.

Y murmuró a Trixie:

—Así le pasa a Di.

—Chist, Hallie —le advirtió Trixie—. ¡Deberías estar satisfecha con la ayuda de Di! Al fin y al cabo fue ella quien encontró el huevo y la torta.

La sonrisa de Hallie había vuelto a ser casi la habitual.

—¡Y le gustó tanto a los jerbos que le dieron sus pepitas y sus imperdibles!

El saber que la bolsa de las pepitas tenía que estar cerca, dio nuevos ánimos al grupo en su búsqueda. Pero sin embargo no hallaron por allí nada que fuese interesante: botellas de cerveza y varias latas.

Cuando llegaron al tosco puente de madera sobre el Arroyo del Campeón, Knut dijo:

—Creo que buscaré por el arroyo. ¿Os acordáis del tipo que se

comió la mitad de nuestros bollos? No parecía tener mucha prisa por abandonar estos lugares. Tal vez se quedó y vio a Cap.

—O al sasquatch —dijo inquieta Di.

Hallie la miró enfurruñada, pero no la regañó. Sencillamente se encogió de hombros. Trixie disimuló una sonrisa. Cuando Hallie visitó Crabapple Farm, sus relaciones con Di fueron excelentes. Incluso aquí, en este bosque de Idaho, la eligió como compañera de tienda. *¿Qué demostraba eso?* —se preguntó a sí misma Trixie—. *Pues tal como yo puedo verlo, demuestra que Hallie se adapta a una casa mejor de lo que Di se acomoda a un bosque. Pero eso no altera el hecho de que en realidad Hallie y Di simpatizan. Y es una buena cosa que así sea, porque ya tenemos suficientes problemas*.

—Vamos, Di —dijo Hallie—, aviva el paso carretera arriba a ver qué fue del camión invisible de anoche.

—¿Qué tiene que ver ese vehículo con todo esto? —gruñó Di.

—Tal vez nada —reconoció Hallie—. Pero me intriga que Knut no se cruzara con él cuando sólo hay una carretera. Cabe la posibilidad de que el conductor viera a Cap.

—Debe de ser ya la hora de comer —Di se ciñó aún más el cinturón para mostrar lo delgada que estaba.

—Aguarda hasta que veamos el camión —le aconsejó Hallie—. Ten los ojos muy abiertos y es posible que te comas ese bocadillo de mantequilla antes de lo que piensas.

Trixie y Honey alcanzaron a Hallie y a Di, mientras Mart, Brian y Jim iban con Knut por el otro lado.

A cada paso que daban intercambiaban nerviosos dimes y diretes, al borde de la discusión. Ni Trixie ni Honey intervinieron porque ambas comprendían que las dos se sentían inquietas.

A poco más de un kilómetro del Arroyo del Campeón, Hallie alargó sus pasos.

—Dije que andaría —se quejó Di—. Pero no pienso correr.

—¡Mira! ¡Creo que lo hemos encontrado! —dijo Hallie, al tiempo que aceleraba su marcha por la carretera.

Trixie observó también el lugar; en el borde de la descuidada carretera se marcaba el giro de unas ruedas.

Las cuatro chicas se abrieron camino entre una maraña de matorrales, frambuesas negras y zarzamoras, hasta encontrar una vieja furgoneta, ya bastante lejos de la carretera. Desde ésta no se

veía el vehículo.

Las chicas rodearon la furgoneta y escrutaron su desordenado interior. Vieron un montón de almohadas y mantas sucias, un pico, una pala y varias herramientas pequeñas entre las que figuraba una gamella de buscador de oro.

—Me parece que hemos encontrado un francotirador —dijo Hallie—. Fijaos. ¿No habéis visto en otro sitio esta cesta? Creo reconocerla.

—¡Caramba! —observó Trixie—. Esta furgoneta pertenece a Opie Swisher. Es del hombre que se detuvo en nuestro campamento con aquellos niños, el que quería que cuidáramos de ellos mientras él iba a matar un sasquatch.

—Deberíamos haber aceptado el trato —murmuró sombríamente Hallie.

—En cualquier caso se encuentra lo suficientemente cerca para ayudarnos si le necesitamos.

—¿Qué podría hacer? —preguntó desdeñosa Hallie.

—¡Si quería matar un sasquatch, debe tener un arma! —razonó Di.

—Bueno, Hallie, ya has encontrado el «camión» que estabas buscando —dijo Honey—. Creo que será mejor volver. Tal vez Cap haya vuelto.

Hallie inició inmediatamente el regreso a la carretera, a través de los matorrales de frambuesas negras y las celindas. Pero cuando a Di se le enredó el pelo en unos arbustos, Hallie fue la primera en acudir para desenmarañarlo. A Trixie le sorprendió la paciencia y la atención con que Hallie desenredaba los negros cabellos de Di.

—Deberíais ver las celindas en junio —dijo Hallie—. Es la flor que sirve de símbolo al estado de Idaho. Es blanca y amarillenta, encerada y huele como la flor del naranjo. En realidad se le llama falsa naranja.

—Si en estos matorrales brotan las flores del naranjo, recordádmelo para que no las lleve el día de mi boda —bromeó Di.

Mientras Hallie y Honey acababan de soltar los últimos cabellos de Di, Trixie se quedó atrás para examinar más detenidamente la furgoneta. Pensó en la hostilidad que mostró Cap ante el deseo de aquel hombre de asesinar al animal. Desdeñosamente, Trixie dio una vuelta más en torno al vehículo.

Fue una pura casualidad que advirtiera un pedazo de piel pillado en la puerta. Trixie tiró del pedazo. Aun sin haberlo comprobado todavía, supo que coincidiría con el de la puerta de la cueva de Tank y con el pedacito que el jerbo había dejado sobre la almohada de Di.



¿Habría capturado al sasquatch ese hombre sediento de fama? ¿O fue el sasquatch quien le atrapó? ¿Habría herido al animal? ¿Sería ésa la razón de que el sasquatch atacara a Cap?

Trixie suspiró profundamente sin hacer el menor ruido. Advertía el peligro en cada sombra, tras una peña o un pino, en cada revoloteo de la cola de una ardilla y en el silencioso aletear de un halcón. Al oír el parloteo, unas veces cordial y otras no tanto, de Hallie y Di, y aunque Honey estuviera más cerca de éstas que de ella, Trixie se alegró de no hallarse sola.

Luego miró de reojo y descubrió que estaba aún menos sola de lo que había supuesto.

Un hombre se hallaba en pie, inmóvil como una estatua, apoyado en el tronco de un gigantesco pino blanco. Su fusil estaba listo para disparar.

Sin lugar a dudas se trataba de Opie Swisher, el individuo al que vieron el lunes en el campamento. Ni siquiera se había cambiado de ropa.

Y su aspecto no tenía nada de amistoso. Trixie resolvió no dirigirse a él. No sabiendo qué hacer, retrocedió un paso hacia la carretera. Pisó una rama seca que chasqueó como un disparo. El hombre continuaba observándola, pero no dijo nada.

Está montando guardia —pensó Trixie—. Pero no le preocupa un grupo de chicas. ¿Qué otra cosa…?

Trixie anduvo hasta reunirse con las otras muchachas.

—¿Quién… quién tiene hambre? —preguntó con una alegría postiza.

—¿Qué te pasa, Trixie? —preguntó inmediatamente Honey, advirtiendo que le sucedía algo.

—Ya te lo diré después —replicó Trixie en voz baja—. Vámonos de aquí.

Silenciosamente, las cuatro chicas se apresuraron a llegar a la carretera. Cuando la alcanzaron, emprendieron un paso firme pero descansado para recorrer tan rápidamente como fuera posible el kilómetro que les separaba del puente sobre el Arroyo del Campeón, en donde se habían separado de los chicos.

Por alguna razón los labios de Trixie adoptaron automáticamente una forma redondeada, listos para soltar el silbido con que los Bob-Whites reclamaban ayuda. Cuando fue dueña de sí

misma, Trixie respiró hondo. *Tranquila* —se dijo—. *Las ardillas de los árboles siguen a lo suyo. No estarían cortando piñas si sintieran la proximidad de un peligro. Cap dice que son las mejores chivatas del bosque.*

De repente una piedra alcanzó la carretera. Y luego cayó una piña. Sobrevino un súbito silencio. Las ardillas de los árboles quedaron inmóviles como estatuas. Una ardilla terrera se asustó y se refugió en su madriguera junto a la cuneta. Trixie deseó poder encogerse de tamaño y seguir su ejemplo.

A la primera piedra siguió otra. Ésta estuvo a punto de darle a Hallie en un pie. Luego otra silbó junto a un hombro de Honey. Casi inmediatamente, una cuarta alcanzó a Trixie en una pierna antes de detenerse en la carretera.

A la vez asustada e irritada, Trixie giró sobre sí misma, esperando ver al dueño de la furgoneta, aunque no se imaginaba por qué iba a lanzar piedras en vez de disparar. Se dispuso a gritarle airadamente. Pero sus palabras se le ahogaron en la garganta.

Sin hacer esfuerzo alguno por ocultarse, una enorme y peluda criatura avanzaba pesadamente por la polvorienta carretera. Cada vez que alzaba sus dos brazos otra piedra silbaba en dirección a las chicas.

—¡Es un… es él! —dijo atropelladamente Hallie.

—¿Corremos o nos que-quedamos? —tartamudeó Honey.

Di, aterrada, fue incapaz de proferir una sola palabra.

Trixie se mordió la lengua. Todo el terror que sintió arriba en el monte se agolpó ahora formando un nudo en la garganta. Cuando se deslizó por el tobogán de troncos, la bestia no la había atacado, pero ahora aparecía lanzándoles piedras sin que la hubieran provocado.

Cap nos previno sobre lo que había que hacer al enfrentarse con un oso salvaje —pensó Trixie—. Primero, no huyas. Perderías la carrera. Quédate quieta, hazle frente. Retrocede poco a poco. Busca un árbol al que puedas subirte. Si es posible, colócate tras un matorral y luego desplázate poco a poco hasta quedar fuera de su vista. Cuando alce de nuevo las orejas, probablemente podrás considerarte a salvo. Pero —protestó el cerebro de Trixie—, éste no es un oso. ¡Éste es un sasquatch, y no conozco sus costumbres!

—¡Vamos a correr! —les apremió Di, pálida de terror.

—Yo… no creo que sea lo mejor —repuso Hallie, tan asustada como ella, pero más familiarizada con el bosque—. La huida excita a los animales.

Sorprendentemente, la bestia no se les acercó. Aun así, Trixie pudo advertir que no era tan fuerte ni tenía una apariencia tan imponente como la que vio entre los matorrales de gayubas. Su entrecejo era distinto y tampoco brillaban sus enormes fauces.

—Yo… creo que éste es jo-joven —consiguió decir Trixie con los dientes apretados.

Tras desplazarse inseguro de uno a otro lado de la carretera, el animal se agachó. Lanzó otra piedra y, después de emitir un confuso aullido, penetró entre los matorrales altos y espesos de frambuesas negras que crecían junto a la polvorienta carretera. Una ardilla refunfuñó.

Hallie se enjugó las cejas con los dorsos de ambas manos.

—Bueno, ya está. Como ha dicho la ardilla: «El peligro ya ha pasado».

—A lo peor lo que pasa es que el sasquatch se ha quedado sin piedras y está buscando más —murmuró Honey con voz ronca.

—Perfecto, pues mientras las encuentra, yo echaré a correr —declaró Hallie.

Y emprendió la huida al campamento.

Sin preocuparse de quién las oyera o de quien las observase, las cuatro corrieron con todas sus fuerzas.

Cuatro ruedas deshinchadas • 15

COMO SI TODOS sus músculos fuesen controlados por un mismo cerebro, las cuatro chicas se detuvieron a la vez junto a la furgoneta, donde Knut y Brian se afanaban con una rueda y una bomba.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó, jadeando, Hallie.

—¡Algún imbécil nos deshinchó las cuatro ruedas! —replicó Knut, rojo tanto de ira como del esfuerzo.

—¡Necesitamos esa furgoneta! —gimió Di—. ¡Tenemos que salir de aquí!

—No podremos marcharnos hasta haber hinchado las cuatro ruedas —explicó Knut—. Usa la cabeza.

—Espera un segundo, Knut —dijo Brian—. ¡Chicas, tenéis un aspecto como si un sasquatch hubiese intentado merendaras!

—¿Cómo lo has adivinado? —gritó Hallie.

—¿Qué? —dijo asombrado Knut.

—Nos tiró piedras —explicó Trixie.

—Nos persiguió —chilló Di—. ¡Trató de matarnos, igual que hizo con Cap!

—No exageres —repuso Hallie—. ¡Si hubiera querido matarnos, habría empleado algo más eficaz que un tirador!

Trixie se dio media vuelta y aferró a Hallie por su brazo.

—¡Dilo otra vez!

—¿Decir qué?

—No tenía un tirador, si es eso lo que quieres decir —opinó Honey.

—Pero tenía algo —rebatió Trixie—. ¿Por qué si no iba a alzar los dos brazos para lanzar una piedrecita?

—¿Cómo ponía los brazos? —preguntó Brian.

Trixie imitó el gesto del animal, alzando las dos manos, una tras otra, hasta el nivel de los ojos.

—¡Pues eso recuerda a un tiro de honda! —exclamó Honey.

—¡Caramba, pues es verdad! —gritó Trixie.

—¿Pero de qué estáis hablando? —preguntó sorprendido Brian —. Los animales no usan herramientas ni armas.

—Excepto si es una imitación, algo aprendido.

—Eso me parece traído por los pelos —afirmó Trixie—. ¿Es posible que algún hombre haya capturado y adiestrado a un sasquatch joven o inválido?

—Cabe también —dijo Knut— que alguno hubiera aprendido los malos hábitos de un hombre, simplemente como medio de supervivencia.

Acordándose del pedazo de piel que había encontrado, Trixie lo sacó del bolsillo y se lo entregó a Brian.

—Aquí tienes otro para añadir a tu colección.

Explicó en dónde lo encontró.

—¿Os acordáis del hombre que quería ser el primero en la historia en matar un sasquatch? Pues tiene un fusil y está montando guardia. A juzgar por este pedazo de piel, parece como si hubiera visto cumplido su deseo.

—Tal vez sea mejor ir a hacerle unas cuantas preguntas.

—Después de comer —suplicó Brian—. Mi estómago está comiéndose a mi estómago.

Mientras los seis se dirigían a la mesa portátil, Hallie preguntó:

—¿Encontrasteis vosotros algo?

—Nada, no llegamos al río. Tuvimos la extraña sensación de que alguien nos seguía. Así que dimos la vuelta y regresamos. Entonces descubrimos la furgoneta con las cuatro ruedas deshinchadas.

—Es evidente que alguien desea que no vayamos a ninguna parte —afirmó Trixie.

—O, sencillamente, le gusta molestar —dijo Brian.

—¿En dónde están Jim y Mart? —preguntó preocupada Honey.

—Están explorando por los alrededores para ver si encuentran el rastro del miserable que vació las cámaras —dijo Knut, enfurruñado de nuevo.

Para entonces habían llegado a la zona de la cocina. En la mesa encontraron provisiones envueltas en papel de aluminio.

—No estaba segura de la hora a la que regresaríais —les dijo la señorita Trask— y por eso me pareció mejor tener algo listo para

cuando aparecieseis.

Hallie desenvolvió una gran pila de *sandwiches*.

—Dios la bendiga, señorita Trask —dijo cariñosamente—. Que cada uno tome lo que le parezca. Voy a preparar algo de limonada.

—Ya está preparada —explicó Brian al tiempo que alzaba una jarra de plástico—. Como yo presido la mesa, poned los vasos y os los llenaré.

—Llamaremos al jefe de la sección de sociedad de «La Gaceta del Sasquatch» y le diremos que tú presidías —dijo Knut.

Trataba de bromear, pero obviamente no tuvo éxito.

De repente se oyeron ruidos de pisadas. Todo el grupo dejó de masticar y aguardó a ver qué era lo que aparecía entre los matorrales.

Jim y Mart salieron del bosque.

—¿Qué encontrasteis? —les preguntó Knut.

—Nada —contestó Mart brevemente.

—Ni siquiera un rastro —añadió Jim—. Todos hemos dado tantas vueltas que podrían haber pasado una docena de ladrones, mezclando sus huellas con las nuestras, y no habríamos notado la diferencia.

—Cap sí que lo habría sabido —dijo Hallie con terror.

—Bien, Cap no está aquí —dijo Mart llanamente—. Aunque estoy seguro de que vendrá pronto —añadió a toda prisa.

Cuando mataron el hambre, cada uno dio cuenta de lo descubierto hasta entonces. A Trixie le pareció importante que cada uno supiera tanto como todos los demás del grupo. La ignorancia de un solo dato podía poner a todo el grupo en un peligro mayor.

—¿Quién está dispuesto a ir ahora a la cabaña de Tank? —preguntó Hallie—. Si no perdemos tiempo, podremos regresar antes de que se haga de noche.

Knut limpió sus gruesas gafas.

—Hallie, sé que estás preocupada por Tank y también lo estoy yo. Pero los dos sabemos que pudo haber ido a cualquier sitio sin cerrar la puerta. Es posible que quien entró en la cabaña y revolvió todo fuera un oso. Ya sucedió hace tiempo. Para nosotros está primero Cap. Creo que hemos de seguir cada rastro hasta perderlo. Yo voy a volver a buscar esa bolsa de pepitas y luego iré a echar un vistazo al hombre del fusil.

—Cap estuvo en la cabaña de Tank. ¡Yo encontré la torta que lo prueba! —le recordó Diana.

—Cap no fue atacado por el sasquatch por culpa de una torta de grasa de cerdo —afirmó Knut—. Debería estar ya de vuelta. Cap es un solitario, pero no permitiría que Hallie y yo nos preocupáramos por él si puede impedirlo. Si le hubiera podido marcar su rastro lo habría hecho. Por eso es por lo que sigo pensando que esa bolsa de pepitas es una buena pista.

Giró sobre sus talones y atravesó el campamento camino del arroyo. Como la cola de una cometa, el resto de los chicos y la señorita Trask fueron tras él.

Otra vez el lanzador de piedras • 16

ESTA VEZ Knut asignó sectores a cada uno. Trixie y Honey se quedaron en el lugar de la lucha entre Cap y el monstruo. Barro negro, hierbas fétidas, berros, daucos y una serie de plantas desconocidas formaban una mezcolanza de colores y olores.

Trixie se sentó sobre los talones para examinar el área cenagosa. Se echó hacia atrás cuando una culebra asomó su lengua, percibiendo su posición. Luego el ofidio se deslizó sin ruido y sin prisa por un agujero bajo un pino. Después apareció, visto y no visto, un lagarto de cola azul. Ruidosos periquitos se desplazaban a saltitos sobre los troncos y las ramas de los pinos. Un pájaro carpintero hizo vibrar el aire al perforar la madera en busca de larvas de insectos. Un ratón la observó con ojos brillantes y cautelosos y luego desapareció entre unas hierbas espigadas.

Trixie se abandonaba a la paz del momento y del lugar incluso cuando trataba de determinar lo que pertenecía y lo que no correspondía a ese sitio. Encontró las habituales latas de cerveza, los envoltorios de caramelos, cigarrillos aplastados y cerillas de papel. Más allá había algo metálico, más pequeño que un cortaplumas. De no ser por el ángulo en que incidía la luz, a Trixie se le hubiera pasado por alto. Escogió una ramita seca y la rompió para que uno de sus extremos quedase aguzado. Cuidó de no pisar las huellas de botas que por allí había y hundió el palo en la tierra húmeda.

—¡Honey, he encontrado algo!

Y con aire triunfal enseñó unas pinzas.

—¡Qué cosas tan extrañas se encuentran en el bosque! —comentó Honey.

—Sí, es cierto —replicó Trixie, meditabunda.

Durante una hora las chicas hurgaron y removieron el barro y el musgo que bordeaban la zona. Cuando oyeron que los demás

regresaban al campamento se sentaron sobre los talones y sumergieron sus manos en las heladas aguas que corrían sobre un lecho de guijarros.

Esta vez fue Honey quien dijo:

—Yo también he encontrado algo.

Y sacó del agua una cucharilla doblada.

—Por lo menos hemos hallado tema de conversación —dijo Trixie—. Lástima que no sea capaz de deducir la conclusión adecuada.

De regreso a la zona de la cocina, Honey comentó:

—Un pescador que fabrique sus propias moscas artificiales puede haber perdido las pinzas, pero no me imagino a nadie yendo de excursión o de acampada con cucharillas de té.

—Un dominguero caprichoso, supongo —dijo Trixie.

—¡Hemos encontrado la bolsa de las pepitas! —gritó Mart desde el otro extremo del campamento.



—Y lo que se llevó el jerbo a cambio de lo que dejó —explicó Hallie—. La bolsa estaba vacía.

—Lógico —dijo Trixie—. ¿Y en dónde la encontrasteis?

—Entre los matorrales, al lado de donde vimos la torta —dijo Knut—. No sé cómo se nos pasó por alto antes.

—Estábamos demasiado excitados con la torta —afirmó Hallie, y extendió la mano para mostrar lo que había hallado en el nido de jerbos—. El broche para el pelo de Di.

Di arrugó la nariz con gesto de desagrado.

—No volveré a ponérmelo.

—Como quieras —dijo Hallie—. Pero a mí me satisface haber recuperado el botón de mi chaqueta. Me hubiera resultado difícil hallar otro igual —se guardó en un bolsillo el broche y el botón—. Ahora todo lo que necesito es aguja e hilo.

—Pues nosotras encontramos esto —dijo Trixie, exhibiendo las pinzas mientras Honey mostraba la cucharilla—. ¿No es absurdo?

—¿Qué tiene de particular encontrar estas cosas? —se burló Hallie—. Ésta es una tierra en donde hay oro y esas son herramientas de buscadores. Y hay un francotirador por aquí.

—¡La furgoneta! —recordó Trixie a Hallie.

—Es cierto: había también herramientas de minero en aquella vieja furgoneta —dijo Hallie—. Me pregunto si es posible que estas cosas estén relacionadas con la desaparición de Cap.

—Yo diría que sí, en el caso de que no fuera un sasquatch lo que atacó a Cap —aventuró Knut—. ¿Para qué necesitaría el oro?

—No lo sé —replicó Hallie—, pero la bolsa estaba vacía, ¿no es cierto? Los jerbos se llevaron una pepita y el medallón, pero no atesoraron el oro de Tank. Registré todo lo que había en la cueva de los jerbos. ¡No quedaba ni una mota más de oro!

Mart tomó las pinzas.

—Si ésta es una herramienta de francotirador, tendrás que mostrarme cómo se emplea. No tengo ni la más ligera idea.

Knut se sentó sobre un talón.

—En esto consiste la tarea del francotirador —dijo—. Escoges una grieta en el lecho de roca. Estará llena de sedimentos, arena, gravilla, hierbas secas, hojas podridas, bichos, cosas así. Con un destornillador lo despegas todo. Luego lo recoges con la cucharilla y lo echas en la gamella. Si no la tienes, puedes utilizar una sartén.

—Había una gamella en la furgoneta —observó Trixie.

Los oscuros ojos de Knut se quedaron fijos, revelando su interés.

—Parece probable que ese tipo trabajara como francotirador el tiempo suficiente para disponer de todas las herramientas —prosiguió—. Cuando no puedes llegar al fondo de una grieta tienes que abrir la roca con un pico. Luego pones en la gamella todo lo que encuentres, incluso plantas. A veces esas raicillas capilares se enroscan en torno de una laminilla de oro.

«Cuando ya tienes la gamella medio llena, viertes agua y revuelves bien. El oro es pesado, así que se va al fondo. Sigues echando agua y retirando los desechos hasta que sólo te quede arena negra y minerales. Si tienes la suerte de tropezarte con una pepita de oro, la sacas con las pinzas.

Por lo común, luego retiras el agua, quitas la arena y empleas un imán; lo que queda es oro en polvo. Después lo recoges con un cartón y lo guardas en un tarro. Y ya puedes empezar de nuevo a buscar en otro sitio».

Mientras hablaba Knut movía las manos como si estuviera buscando oro. Trixie podía advertir que Knut era digno hijo de su padre, un minero.

—¿Es eso lo que hace Tank? —preguntó.

—No, en absoluto —replicó Hallie.

Knut señaló hacia el nacimiento del cañón.

—Tank encontró oro en un yacimiento del monte. Registró el hallazgo y ahora lo explota él solo. No trabaja como francotirador.

Formaban un grupo silencioso y sombrío cuando se dispusieron a realizar los quehaceres del final del día. Knut se quedó junto al fuego para cocinar el estofado de cazador. Se limitó a abrir latas de carne, verdura y salsa, calentó la mezcla en una cazuela grande y la sirvió en cuencos.

Hallie remoloneaba con la comida.

—Te niegas a comer —le acusó Mart— porque estás pensando en otra cosa.

—Estoy preocupada por Tank —confesó.

—Y yo también —admitió Knut—. Si Cap no aparece esta noche o si no le encontramos mañana, tendremos que ir a examinar la cabaña de Tank. Aunque no me agrada la idea de irnos lejos seis o siete horas antes de que llegue Ron.

—¿Ron? —preguntó Trixie.

—Oh, Trixie —dijo Hallie impaciente—. Ya te hablamos del hermano de Gloria. Va a venir a ayudarnos a buscar a Cap.

—Ah, si, claro —repuso Trixie.

No deseaba explicar que no se había concentrado en la conversación porque sentía la presencia de alguien o de algo, muy cerca, pero fuera de su vista, entre las alargadas sombras del crepúsculo.

Zas.

Una piedra arrojada con fuerza desde el bosque chocó contra el vaso de plástico que sostenía Mart y derramó el líquido, que formó un círculo viscoso. Preguntó irritado:

—¿Qué pasa? ¡Venga, el que sea, que salga!

—Cuidado, muchacho —murmuró Knut—. Estamos todos aquí.

Honey había tomado una rebanada de pan para untarla con mantequilla. Un guijarro abrió un agujero en mitad del pan. Honey dejó caer la rebanada y lanzó un chillido. Casi inmediatamente un tercer guijarro dio al tarro de compota y cayó sobre la mesa.

Knut recogió el guijarro y lo examinó.

—Procede del río, ¿veis? Ha sido pulido por las aguas.

—Debe de llevar una buena provisión —observó Jim.

Nadie mencionó el nombre del animal, pero la palabra estaba en la mente de todos. Sasquatch.

—¿Debemos seguir como si nada? —preguntó la señorita Trask.

Knut frunció el ceño.

—Evidentemente se ha instalado en un lugar desde el que puede bombardear a placer el campamento. Creo que, si quisiera, podría alcanzarnos. Es posible que sólo intente asustarnos.

—¡Pues bien que lo está consiguiendo! —dijo Honey con una sonrisa vacilante.

—Y pensar que sólo tiene una honda —dijo Jim con rabia—. Es ridículo, si te paras a meditarlo.

—Pues no resulta tan ridículo cuando da en el blanco —manifestó Trixie, frotándose una pantorrilla magullada.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Di.

—¿Es que no hay forma de protegernos?

Trixie tragó saliva.

—Podríamos hacer un gran fuego y asegurarnos de que cada uno

tuviera a su alcance un tizón.

Nadie la contradijo. Se levantaron, corrieron adonde habían almacenado la leña y buscaron palos largos, para meterlos entre las brasas.

—Ahora podemos mantener a raya al animal hasta llegar a la furgoneta —dijo Jim.

—¡Los neumáticos! —le recordó Trixie.

—Ya los hinchamos —afirmó Brian.

—Bu-bueno —dijo Honey temblando.

—Voy a acercar la furgoneta al fuego —se ofreció Knut.

—¡Oh, Knut, no! —gritó Hallie—. ¡El sasquatch te atrapará!

—No, si Mart y yo vamos con él —manifestó Jim.

Sin más preámbulos, los muchachos echaron a correr hacia la furgoneta.

Y mientras los guijarros seguían cayendo alrededor de la mesa, Trixie comprendió algo: aquel ser apedreaba preferentemente a las chicas.

El oso y el sasquatch • 17

LA LLUVIA DE GUIJARROS había cesado cuando Knut colocó la furgoneta en el centro del campamento. Seguían sin ver al sasquatch, y las estrellas aparecieron una a una, como encendidas por interruptores. Era una noche maravillosa que contrastaba con la angustia de los reunidos en torno al fuego.

—He traído hasta aquí la furgoneta —comentó Knut—, pero realmente no creo que debamos abandonar el campamento a menos que se produzca una emergencia.

—¿Tenemos leña suficiente para toda la noche? —preguntó la señorita Trask.

—Hay bastante —le aseguró Jim.

Nadie estaba de humor para iniciar un juego o para cantar. Ni siquiera hilaron un tema de conversación. Permanecían sentados sobre troncos, o en las sillas plegables, y contemplaba el fuego sujetando los tizones.

—¡No me gusta esto! —comentó Hallie, al tiempo que pisoteaba un bichito invisible.

—¿Qué te hace pensar que al resto de nosotros nos agrada? —replicó Trixie.

—Tranquila, Trixie —le previno Jim—. Todos estamos un poco nerviosos.

—Se me ha ocurrido algo para animarnos —dijo tímidamente Di—. Puedo hacer pastel de chocolate.

—Lo batiré por ti —se ofreció Mart al instante.

—No cuajará antes de que llegue el momento de acostarnos —se lamentó Trixie—; no hace suficiente frío.

—Podríamos enfriarlo en el arroyo —dijo Honey, comprendiendo la intención de Di—. El agua está helada.

Knut titubeó.

—¿Por qué tiene que haber alguien inhumano y disconforme a

la hora de permitir que Di se deje llevar por su afición a los dulces de cacao? —preguntó Mart—. Indudablemente es la mejor, más diestra y más ferviente confeccionadora de postres en nuestro nativo Estado de Nueva York. En realidad, la mencionada muchacha es probablemente la más consumada fabricante de dulces de chocolate de toda la geografía continental, incluyendo también Idaho.

—Yo sólo quería evitar visitas —explicó Knut—. Pero desde luego no soy inhumano. ¡Y también me gusta el pastel de chocolate!

Jim removió las brasas. Mart no dejó de parlotear mientras Di medía y mezclaba los ingredientes.

Trixie adivinó que Di ahogaba su nerviosismo y su miedo de la única manera que sabía: elaborando un sabroso postre. A Trixie le hubiera gustado también hacer algo para calmar sus nervios.

Finalmente Di anunció que el pastel ya estaba listo y había que sacarlo del fuego. Mart llevó la cazuela hasta la mesa para que se enfriara en un barreño con agua del arroyo. Comprobaron la temperatura del postre. Cuando se enfrió lo suficiente para mantener la palma de la mano contra la ennegrecida base del barreño, Di batió la masa y añadió vainilla. Luego ella y Mart vertieron el dulce en un molde previamente untado con mantequilla y lo llevaron al arroyo.

Di llevaba la linterna. Trixie oyó cómo advertía a Mart:

—No lo coloques muy adentro, vale con dejarlo junto a la orilla.

—Es probable que acabemos por añadir una rana al chocolate —le previno Mart.

—Mart, ¿de verdad crees eso? —Di parecía anonadada—. Puse por encima papel de aluminio…

—Sólo era una broma, Di —replicó Mart, arrepentido—. El papel impedirá que se metan las ranas y también los insectos y todos los demás bichos. Además —añadió con una picara sonrisa—, dudo que cualquiera de nosotros les dé tiempo para comérselo.

Los dos regresaron junto a la hoguera. A Trixie le pareció que no había visto a Di de mejor talante desde que oyeron el aullido del sasquatch en la noche del lunes.

No mucho después, tal como Mart había anunciado, Hallie miró hacia el arroyo y comentó:

—Si ese pastel se ha enfriado, estoy dispuesta a devorarlo.

Encantada de ser la protagonista, Di descendió por el oscuro sendero del arroyo.

—¿Quieres que te ayude? —dijo Mart, siguiéndola sin prisa entre las oscilaciones de la luz de su linterna.

—Ya lo tengo —respondió Di—. Basta con que alumbres el camino para que no tropiece.

Trixie distinguió un par de ojos que brillaban a lo lejos, junto al arroyo.

Luego se oyó chillar a Di:

—¡Fuera!

Después Trixie escuchó un débil mugido de irritación, luego un gruñido y finalmente una embestida. Entonces aparecieron otros dos ojos.

Di comenzó a aullar, pero no era un chillido como cuando el jerbo, sino un grito penetrante de auténtico terror.

—¡Haced ruido! ¡Más luz! —gritó Knut al tiempo que se ponía en pie y echaba a correr hacia Di.

Relucieron todas las linternas. Empezaron a dar voces. Hallie golpeaba la lata del agua. Trixie hacía resonar un barreño. Brian silbaba con fuerza. Jim y Honey empuñaron unos tizones.

—¡Tira ese maldito dulce! —gritó Knut cuando Di apareció en el círculo iluminado sosteniendo el pastel como si llevara las joyas de la corona.

¡Un osezno y su madre venían tras Di, pisándole los talones!

Antes de que Trixie pudiera hallar un árbol al que trepar, la osa asestó un golpe a su cría y ésta se fue chillando hacia la oscuridad. Después agachó la cabeza y rechinó los dientes, enfrentándose no con Di…, ¡sino con el sasquatch!

Aquella extraña bestia había aparecido súbitamente otra vez. Giró hacia el fuego y luego hacia el arroyo. Parecía como si no pudiese moverse. Algo brilló cuando alzó una pata para proteger su cabeza.

Tras una eternidad, la osa dejó de rechinar los dientes. Sus orejas se alzaron de nuevo. Como si quisiese advertirle de que no la siguiera o se pusiese en su camino, manoteó en el aire a escasos centímetros de la cabeza del sasquatch. Luego se volvió y fue tras el osezno. En un abrir y cerrar de ojos, el sasquatch también desapareció.

Trixie examinó las abolladuras que había hecho en el barreño.

—Lo siento —dijo a Hallie—. Seguramente pensé que estaba golpeando al oso.

Hallie rió nerviosa y luego dijo:

—No comprendo a los sasquatchs.

—Yo tampoco —jadeó Trixie—. ¿Por qué apedrear a la gente y luego dar la vuelta y huir de un oso?

—¡Yo, desde luego, entiendo lo de la huida! —exclamó Di.

—¿Cómo? —los ojos de Mart brillaron con orgullo—. ¡Di, le diste una patada a un osezno!

Di enrojeció.

—Bueno, ya ha pasado el peligro —dijo Knut—. Una mamá enfurecida puede hacer estragos.

—Knut, lo hicimos mal otra vez —se lamentó Hallie.

—Lo sé —reconoció Knut—, pero al menos se trataba de un oso negro y no gris. El oso negro corriente suele ser tímido. ¡Ésa es la razón por la que sigue siendo corriente!

Se volvió hacia Di.

—Siento haberte dejado cocinar ese postre. En esta temporada los osos se atiborran de grasa para preparar la hibernación. En una comarca de osos lo prudente es suponer que habrá osos donde haya comida.

Di observó el molde que aún sostenía. El dulce había adquirido una coloración parda.

—Lo mismo que los Bob-Whites —dijo sonriendo.

—Vamos a comerlo antes de que vengan los osos —les apremió Mart.

Di dio la vuelta al círculo, distribuyendo las porciones entre las manos que le tendían.

—No creo que el oso vuelva a molestarnos esta noche —dijo Knut, tras escuchar los sonidos que habían delatado por dónde se fue la osa—. Pero, como medida de precaución, me quedaré de guardia, vigilando el fuego.

—Te acompañaré —dijo Brian a Knut.

Surgieron murmullos de satisfacción mientras devoraban el postre apenas cuajado.

—No salió bien —dijo disculpándose Di.

—Pues Brian y yo apreciamos la diferencia —elogió Mart—.

Cuando lo hace Trixie hay que partirlo con cuchillo.

—Y sin embargo te lo comes —replicó Trixie—. Caramba, Hallie, pareces bastante alegre, ¿cuál es el motivo?

—El sasquatch —repuso Hallie—. Mientras que esté alrededor del campamento, no le hará nada a Cap, dondequiera que esté. Y somos nueve. No creo que se atreva a enfrentarse con todos nosotros al mismo tiempo.

—No con esta hoguera tan grande —añadió Knut.

—¡Chist! —les previno Hallie—. Oigo un motor.

—¡Es Ron!

Knut y Hallie corrieron hacia la carretera, olvidándose de las linternas e ignorando la posible presencia de sasquatchs y de osos, tan ansiosos se hallaban de noticias de su hermano. Pronto regresaron con un chico delgado y alto que llevaba un casco rojo y empujaba una moto.

Tras unas rápidas presentaciones, la señorita Trask le preguntó:

—¿Hablaste con el sheriff, Ron?

—Sí —contestó—, pero me dijo que todavía no estaba preocupado por Cap.

Ron se volvió hacia Knut.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido exactamente desde la última vez que le visteis?

—Cincuenta horas —gimió Knut—. ¡Cincuenta horas con una bestia! ¡Cómo sobrevivir!

—Aguardaremos hasta mañana —dijo Hallie—. Luego iremos a buscarle.

Knut estalló furioso.

—¡Aguardar! ¡Eso es lo único que hemos estado haciendo! ¡Aguardar a que apareciera Ron para que nos ayudara a buscarle! ¡Aguardar a que el sheriff decida que Cap se halla en apuros! ¡Aguardar sin registrar la cabaña de Tank! ¡Aguardar a que ese tipo de la carretera dispare a alguien! ¡Aguardar a que el sasquatch se lleve a otro!

—Knut —le dijo amablemente la señorita Trask—. Me temo que no nos queda otra opción. Debemos esperar hasta mañana. Mientras ese animal ande cerca, solamente nos hallaremos seguros juntos y al lado del fuego.



—Desde luego tiene usted razón —repuso Knut sombríamente—. Permanecer juntos, mantener el fuego y esperar a que haya luz, ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Si yo no vuelvo para anunciar que Cap ha reaparecido, el sheriff Sprute estará aquí cuando se haga de día —les prometió Ron.

—Va a ser una noche muy larga —suspiró Honey.

Fue una noche muy larga. Ni siquiera la señorita Trask se atrevió a alejarse unos metros del fuego para meterse en su tienda. A nadie se le ocurría decir algo que mereciera la pena. Se apiñaron rumiando su preocupación.

Trixie se impacientó:

—Hasta ahora el sasquatch ha sido mucho más terrible en mi imaginación que en la realidad. Tengo que hacer algo. Tal vez sea demasiado temprano, pero de cualquier forma voy a preparar el desayuno. ¿Quién quiere zumo y quién quiere leche? —preguntó.

—Yo gasté en el pastel la leche en polvo que nos quedaba —confesó Di—. Ni siquiera se me ocurrió que la necesitaríamos para el desayuno.

—Bueno, ya me las apañaré —murmuró Trixie, al tiempo que daba la vuelta a la mesa para hurgar en el cajón de las provisiones—. Eh, ¿dónde está el zumo de naranja deshidratado? Todo lo que veo por aquí son caramelos de menta y…

—Estás mirando en la caja que no es —dijo Knut—. Eso pertenece a Tank.

—¿Y estos útiles de coser? —se extrañó Trixie. Extrajo un enorme ovillo de hilo y una larga cremallera—. ¿Estás seguro, Knut, de que no te equivocaste al recogerlo?

—Entregué a la dependiente la lista manuscrita de Tank —dijo Knut—. Ella se encargó de preparar el pedido.

La señorita Trask tendió una mano.

—¿Puedo ver eso, por favor?

Trixie encontró el concentrado de naranja y lo preparó para todos mientras la señorita Trask examinaba la cremallera.

—Es una cremallera muy fuerte, de las que se ponen en una zamarra —dijo la señorita Trask—. ¿Para qué serviría esto al señor Anderson?

—Tank se cose su ropa —explicó Hallie—. ¡Y también la

confecciona! Cuando yo era pequeña hizo un abrigo de pieles para mi muñeca y un manguito para mí, ¿te acuerdas, Knut?

Knut asintió, pero no apartó sus ojos del bosque.

Pieles. Una luz se encendió en los oscuros rincones del cerebro de Trixie.

—Enséñale a Ron los pedazos de piel —le apremió a Jim—. Quizás él sepa de qué son.

—¿Sabes algo de pieles, Ron? —le preguntó Jim mientras sacaba de su bolsillo los pedazos.

Hallie resopló.

—¡Que si sabe! El *hobby* de Ron es la taxidermia. Diseca todo lo que no es capaz de sanar Cap.

—¿Podría ser esto piel de sasquatch? —preguntó Jim, entregándole los pedazos.

—¿Sasquatch? ¡Caramba! —resopló Ron—. Eso es lo que todos los científicos quieren ver.

Ron desenrolló el fragmento más grande entre sus sensibles dedos, lo estudió durante un minuto a la luz de las llamas y luego dijo:

—Me sorprende, Knut, que no lo hayas averiguado tú. ¿Es que no conoces la piel de ciervo? ¿Ves? Es un pedacito de piel de ciervo del que no han quitado el pelo. Y estos pelos ásperos son de un oso negro. El único animal de por aquí con pelo del otro color es el coyote. No sé cómo se mezclaron, pero esto es lo que hay: ciervo, oso y coyote.

Sopló sobre la piel y la examinó más atentamente.

—E hilo —añadió.

—¿Hilo? ¿Quieres decir que están cosidos? —preguntó Trixie.

—Sí. Y es un trabajo muy bien hecho —manifestó Ron.

—El pedazo con hilo procede del cerrojo de Tank —observó Trixie.

—Entonces yo diría que ahí tienes la respuesta al encargo que hizo a Knut —dijo Ron—. Es posible que Tank estuviera haciendo algo, se quedase sin hilo y encargara más.

—Algo grande —señaló Honey—. Esa cremallera es extraordinariamente larga.

Honey dejó pender la cremallera frente a su esbelta figura y luego junto a Jim, cuya altura era aproximadamente la misma que

la de Tank Anderson.

—No he visto una cremallera tan larga desde que usaba monos para hacer muñecos de nieve —dijo Jim.

—¿Monos… para la nieve? —preguntó Trixie, cuyo cerebro funcionaba ahora a velocidad vertiginosa—. ¿Estaba haciendo Tank una especie de traje para la nieve?

—Resulta muy práctico en la comarca de Joe —refunfuñó Hallie —. Después de todo, aquí sabemos lo que es la nieve de verdad, no como vosotros, que os la quitan enseguida las máquinas…

La voz de Hallie se extinguió al tiempo que observaba la cara de Trixie. Aguardó impaciente a que Trixie reaccionara ante su sarcasmo.

Pero Trixie no había prestado atención a las palabras de Hallie.

—¡El sasquatch! —gritó—. ¡Llevaba un mono para la nieve!

—Trixie —dijo amablemente la señorita Trask—, quizás sea mejor que descanses un poco y me dejes a mí que prepare el desayuno.

—¡Espere! —dijo Trixie explicándose a toda prisa—. ¡No quise decir que el sasquatch llevara un mono para la nieve, sino que era un hombre! ¡Pretendía que creyéramos que era un sasquatch! Cuando huyó del oso, vi relucir algo. Muy bien pudo ser una linterna.

El sendero de los ciervos • 18

ESTA REVELACIÓN de Trixie dejó estupefactos a los otros.

—¿Crees que Tank hizo ese mono para disfrazarse de sasquatch y asustarnos? —preguntó Honey con gesto de profunda incredulidad.

Trixie meneó la cabeza vigorosamente.

—No, es otra persona quien pretende asustarnos: la misma que robó a Tank su mono para la nieve, revolvió su cabaña e hizo desaparecer a Cap y a Tank.

—¡Puede que tengas razón! —exclamó Knut—. Pero ésa sería una tarea extraordinaria para una sola persona.

—¿Y qué me dices del móvil? —preguntó Jim.

—Oro —supuso Trixie sagazmente—. El oro de Tank.

Di seguía concentrada en el que se disfrazó de sasquatch.

—Sí, seguramente fue un hombre quien nos persiguió por la carretera y nos tiró piedras —se volvió a mirar hacia la profunda negrura—. Y ahora estará por allí, aguardando a lapidarnos con su honda.

—Gracias a Dios se trata de una honda y no de un fusil —empezó a decir Trixie.

Pero pronto calló. Uno de los pedazos de piel, recordó, había quedado pillado en una de las portezuelas de la vieja furgoneta en donde montaba guardia con un fusil el cazador de sasquatchs. Se humedeció los labios y dijo como si hablara consigo misma:

—El falso sasquatch no puede ser Opie Swisher. No habría tenido tiempo de disfrazarse y de perseguirnos por la carretera.

—Querrás decir Fred Swisher —dijo Mart.

—Opie Swisher —repitió Trixie—. El que nos pidió que nos encargáramos de cuidar a sus crios.

—¿Estamos hablando del mismo individuo? —preguntó Mart—. Fred Swisher fue el que se comió nuestros bollos, ¿recuerdas?

—¡Dos Swisher! —murmuró Trixie—. ¡Pues claro!

—¿Insinúas —preguntó Brian— que esos dos tipos que se presentaron en nuestro campamento el martes son los causantes de todo y que pueden saber el paradero de Cap?

—Exactamente —reconoció Trixie—, y también en dónde se halla Tank.

Jim apretó los labios.

—¿A qué estamos aguardando entonces?

—Necesitamos trazar un plan —les apremió Honey.

—Lo primero es cortar la carretera —dijo Hallie—. Vamos a atravesar allí la furgoneta.

Knut se mostró conforme y añadió:

—Cerca del puente hay un árbol inclinado hacia la carretera. Ron, puedes cortarlo mientras Jim atraviesa la furgoneta a la altura de la cuesta. Trixie, tú tendrás que enseñarnos en dónde está ese coche. Los demás os situaréis junto a la carretera como vigías, por si acaso los hombres echan a correr.

—No estoy segura de poder hacer eso —dijo Di palideciendo.

—Le diste una patada a un oso, ¿o es que ya no te acuerdas? —le dijo Mart.

—Eso fue un accidente.

Di tragó saliva, se abotonó su grueso jersey hasta el cuello y echó mano de la linterna. Tenía que mantener su prestigio.

—Emplearemos la señal de los Bob-Whites —dijo Honey. Y les hizo una demostración.

El puesto de la señorita Trask sería el propio campamento. Todos los demás se apresuraron a subir a la furgoneta. Trixie se estremeció cuando vio que la señorita Trask estaba preparando el botiquín.

En la carretera, Ron, llevando el pesado hacha de monte, saltó al suelo desde la caja del vehículo. Caminó por el borde de la polvorienta carretera hasta llegar al puente. A Di se le asignó el primer puesto de vigilancia, tras haberle asegurado que para entonces la osa estaría muy lejos. Honey se fundió con la noche cuando llegó al lugar en donde el sasquatch había desaparecido entre los matorrales después de aquella misma mañana. Hallie se quedó entre las zarzas.

Con sus hermanos y su primo, Trixie se internó entre la maleza

en donde se ocultaba el coche. Apenas era capaz de soportar el más ligero ruido: una piedra desplazada, un palo que chascaba, el susurro de la vegetación apartada por las manos. Podía percibir los latidos de su propio corazón, que le parecía resonar como un tambor.

De repente pisó una piel espesa y flexible. Apretó las mandíbulas para no gritar.

—¡Aquí hay algo! —jadeó.

Inmediatamente Brian apuntó la linterna a los pies de Trixie.

—¡El sasquatch! —dijo Trixie con voz entrecortada.

—Es el traje para la nieve —dijo Brian, respirando con alivio—. Estamos sobre la pista.

Pugnando por dejar de temblar, Trixie murmuró:

—Oh… allí está el coche.

Knut, Mart y Brian se arrastraron hacia el vehículo, preparados para abrir precipitadamente las portezuelas y encender las linternas antes de que los Swisher se dieran cuenta de que se hallaban rodeados. El pulgar de Trixie temblaba sobre el interruptor de su linterna. Al cabo de lo que pareció una eternidad, resplandecieron todas las luces y Knut gritó:

—¡Salid del coche con las manos…!

Su voz se extinguió. Luego exclamó:

—¡Aquí no hay nadie!

—¡Sí, allí! —chilló Trixie.

Hizo girar su linterna y vislumbraron a Opie Swisher, que corría hacia la carretera. Trixie se precipitó tras él, silbando una y otra vez la señal de los Bob-Whites para advertir a Hallie y a los demás que un Swisher andaba suelto.

Trixie se acordó del fusil, pero comprendió que no podía perder el rastro de Opie. Brian y Knut la alcanzaron y la adelantaron mientras Mart se quedaba buscando a Fred, el sasquatch devorador de bollos. Como ya no era necesario el sigilo, las luces bailoteaban enloquecidas.

—¡Encontré el fusil! —gritó Mart.

—¡Llévalo al campamento! —le dijo Knut.

Trixie oyó más silbidos y dedujo que Opie había dejado atrás primero a Hallie y luego a Honey.

Cuando Trixie corrió en dirección a Hallie, ésta iba en su busca.

—¿Adónde vas? —le gritó Trixie—. Hemos de correr tras él si queremos alcanzarle. ¡Vamos!

—No hasta averiar el vehículo —dijo Hallie con decisión—. Van a tener problemas con el motor. Tú sigue. Ya te alcanzaré en un par de minutos.

Hallie se internó entre los matorrales de celindas hasta llegar al coche.

En un abrir y cerrar de ojos hizo lo que se había propuesto, y, una vez concluida su misión, Hallie corría de nuevo junto a Trixie. Poco después las dos chicas alcanzaron a Honey y finalmente a Di, que estaba en medio de la carretera como un guardia de tráfico.

—Va por allí —les dijo.

—Pues allá voy yo también —voceó Hallie.

—Y yo —dijo Trixie.

Desde el momento en que estableció una relación entre las herramientas de francotirador en el arroyo y la gamella de la furgoneta, Trixie comprendió que el oro había desempeñado un papel importante en la desaparición de Cap. Ahora que sospechaba que Fred había robado el mono de Tank, también era posible que tratara de encontrar el oro de la mina. Estaría tranquilo, pues Tank disponía de abundantes provisiones, así que Fred no tendría que robarlas, como con seguridad había hecho Opie. Después de la andanada de piedras, Fred pensaría que tenía la montaña para él solo. Bueno, pues se llevaría una buena sorpresa.

—Opie intentará prevenir a Fred —supuso Trixie.

—Pues entonces tenemos que llegar allí antes que él —decidió Hallie—. ¡Los chicos van tras Opie, pero nosotras atajaremos por el sendero de los ciervos!

—Oh, Hallie —dijo Honey—. ¿Crees que debemos hacerlo?

Hallie repuso desdeñosa:

—Esos tipos saben qué fue de mi hermano. Si te parece que un sendero de ciervos va a detenerme, piénsalo mejor.

Para entonces Ron se había reunido con ellas. El grupo se lanzó hacia el sendero a un paso vivo.

El camino era estrecho, pero la luz de las linternas mostraba que su suelo se hallaba firme. Trixie podía percibir el crujir y el gemir de los pinos y el parloteo, los gruñidos, los chillidos y los susurros que constituían la voz nocturna del bosque. Precisamente cuando se

había tranquilizado, un ciervo surgió de la oscuridad, pareció detener su carrera en el aire y cambiar de dirección. Una centésima de segundo después, un gran felino aterrizó en el sendero, echó hacia atrás sus orejas, lanzó un gruñido de sorpresa y desapareció.

—¿Qué… qué…? —empezó a decir Di.

—No le des una patada, Diana —se burló Hallie—. Eso era un puma y no le gustan las bromas.

—Hemos hecho una buena acción —bromeó Ron—. Acabamos de salvarle la vida al ciervo.

Durante una breve parada, Trixie escuchó los salvajes aullidos de los coyotes que chismorreaban en las cumbres.

Y una vez creyó oír un flip, fliuip. Se estremeció. Con el descubrimiento del falso sasquatch, había dejado de preocuparse por el animal auténtico cuya presencia se había advertido en la comarca de Joe.

—Creo que ya hay más luz —dijo Di—. Puedo distinguir una especie de banda que clarea bajo las estrellas.

—Veremos amanecer desde la cumbre —explicó Hallie agotada —. Menudo espectáculo, ¿verdad, Ron?

Ron murmuró unas palabras para manifestar su conformidad y luego dijo inesperadamente:

—Si yo tuviera un par de cuerpos que ocultar…

—¡Cuerpos! —dijo, jadeante, Trixie.

—Vivos —se apresuró a añadir Ron—. Creo que sé en dónde los ocultaría.

—No estaban en la cabaña ni en la cueva del hielo —le interrumpió Hallie—. Ya miramos allí.

Trixie evocó el entorno de Tank en la montaña. Una cabaña, la cueva del hielo, la caseta de la bomba y la mina más la leñera constituían los posibles escondrijos.

—¿Y en la mina? —preguntó a Ron.

—¡Oh, no, en la mina no! —gimió Hallie—. Hace mucho frío allí y Tank padece reumatismo…

—Me gustaría haber sabido antes que Tank también había desaparecido —observó Ron—. El sheriff Sprute habría enviado inmediatamente la patrulla de Búsqueda y Rescate. Si la enviara cada vez que Cap y yo nos vamos de marcha, esa patrulla sería siempre de búsqueda, pero nunca de rescate.

Cuando el grupo reanudó la ascensión, Trixie dijo:

—Vamos a recapacitar sobre lo que hasta ahora sabemos. Creo que uno de los Swisher estaba trabajando como francotirador en el Arroyo del Campeón antes de que nosotros llegáramos y de que el sasquatch asustara a todo el mundo, haciéndoles huir. Al ver que nosotros no nos íbamos, Opie trató de que nos quedáramos con sus chicos. Así habríamos tenido que permanecer en el campamento, mientras Fred y él hacían cuanto se les antojaba. ¿Crees, Hallie, que sabrían algo de Tank y del oro que él prefería no guardar en el Banco?

—Seguro —dijo Hallie jadeando.

—Tank constituye una leyenda en esta comarca aurífera —dijo Ron—. Ha tenido mucha suerte durante años.

—Si Fred andaba por allí, es posible que nos oyera hablar de la bolsa de pepitas —dijo Di.

Trixie hizo una pausa para recuperar el aliento.

—O quizás rondaba la cabaña y la mina de Tank antes de que nosotros llegáramos. Pudo haber visto a Tank confeccionando su traje de pieles. Cuando cundió el pánico, a Fred se le ocurrió asustarnos. Descubrió que no estábamos armados y entonces fue directamente a la mina, donde robó la bolsa de pepitas y el traje. Es posible que recurriera a un imperdible para sujetárselo al ver que le faltaba la cremallera. Seguro que se enganchó en el cerrojo de la puerta.

—Quizá estuvo a punto de ser sorprendido por Tank.

—Bueno, si yo fuese una ladrona y supiera de la existencia de una bolsa con oro en un lugar accesible, no lo pensaría dos veces —declaro Di.

La idea de la hija de un millonario merodeando para apoderarse de una bolsa de oro estuvo a punto de hacer reír a Trixie, aunque no era momento.

—Eso es lo que pensó Fred —dijo Trixie—. Pero nosotros seguíamos estorbándoles. Probablemente Opie y Fred se relevaron en la tarea de hostigarnos y en la búsqueda del oro de Tank.

Trixie se detuvo, tratando de detectar cualquier error en el razonamiento antes de continuar.

—Estoy segura de que Fred se hallaba en la montaña cuando Cap visitó a Tank.

—Probablemente Fred atacó a Tank en cuanto se marchó Cap —dijo Hallie—. A juzgar por los destrozos, hubo lucha.

—¿Pero por qué tenía que luchar Fred con Cap? —preguntó Di—. ¿Sabía Cap en dónde guardaba su oro Tank?

—No —dijo Ron—, nadie lo sabe.

Y si Cap no lo sabía —pensó Trixie—, *¿qué le habrán hecho los Swisher?*

¡Bob-White! • 19

TRATANDO DE IMPEDIR que Hallie pensara en Cap, Trixie recapituló los indicios:

—Creo que Fred tuvo un encuentro con Loverly o con Mister en algún momento del lunes. El líquido lanzado por la mofeta es insoportable. Se restregaría en el barro, junto al arroyo.

—Es más efectivo el zumo de tomate —dijo Hallie—. Me sorprende que no robara el nuestro.

Di tropezó y luego recobró el equilibrio.

—Apuesto a que Opie Swisher no le dejó meterse en el coche.

—Cualquiera se habría negado en redondo —asintió Trixie—. Probablemente no le dio ni siquiera una manta y por eso Fred pernoctó en nuestra furgoneta. Eso fue cuando robó nuestras provisiones.

—Yo nunca acepté la idea de que fueran hierbas descompuestas las causantes de aquel hedor —dijo Hallie.

Las ideas se arremolinaban en la mente de Trixie al tiempo que remontaba la pendiente.

—Para entonces Fred tenía ya trazado su plan. Nos había hecho creer que el sasquatch andaba tras nosotros. Eso le dio un margen de tiempo para buscar el oro de Tank. ¡Tuvo incluso al jerbo a su favor!

—El jerbo no cruzaría el arroyo —le recordó Hallie—. No le agrada en absoluto el agua. Eso significa que Fred estuvo rondando por el campamento cuando no visitaba la mina de Tank.

—Ya sé —dijo Trixie—. No estábamos lejos de su coche. Creo que Fred ocultó el traje en algún lugar cercano a nuestras tiendas y que sólo se lo ponía cuando necesitaba asustarnos.

—Olimos a mofeta cuando te pillaste el vendaje en la cremallera —recordó Honey—. Seguro que era Fred con el traje puesto.

—¿Pero por qué nos lanzó piedras? —preguntó Di.

—Sabía que no estábamos armadas y siguió haciendo el sasquatch —le dijo Trixie—. Puedo comprender eso claramente, pero ignoro lo que aguardaba Opie con su fusil.

—¡Pues a Fred, desde luego! —explicó Hallie—. Fred estaría entre los matorrales, preparándose para una nueva mascarada. Unos minutos más tarde recurrió de nuevo a sus trucos, persiguiéndonos por la carretera.

Caminaron en silencio durante cierto tiempo. Luego Ron suspiró:

—Este sendero es un matahombres.

—Y también un matamujeres —completó Hallie.

Se detuvo tan en seco que Trixie tropezó con ella.

—¡Chist!… ¡Allí está la cabaña! Todas las luces están encendidas y no se oye nada.



Aprovechando la penumbra de la madrugada, Trixie se abrió camino hasta la ventana del dormitorio de Tank. Vacío. Le sorprendió un ligero crujido como el de las ramas de los árboles

cuando se chocan una con otra, mecidas por el viento. Dejó atrás la ventana, pasó junto al fregadero de Tank y descubrió que Hallie la había precedido.

Hallie le hizo señas de que guardara silencio y le señaló adonde tenía que mirar.

Asegurándose de que su cara quedaba oculta tras la piel de ciervo que Tank usaba como de cortina, Trixie observó. Allí estaba Fred Swisher, despojado de su disfraz y arrodillado en el suelo. Había levantado una ancha tabla del piso, sólidamente clavada, y ahora intentaba alzar otra.

—Estúpido —murmuró Hallie—. Tank no ocultaría su oro en un lugar tan inaccesible.

—¿Cómo vamos a detener a Fred? —susurró Trixie.

—Es fácil, hay una puerta —dijo Hallie con una extraña sonrisa en su rostro.

Sin aguardar a que el grupo pensara un plan, se lanzó hacia la puerta y la abrió de par en par.

Con un gruñido de rabia, Fred alzó una larga barra metálica y se puso en pie.

—Es un poco temprano, ¿no?

—Más temprano has venido tú —replicó fríamente Hallie—. ¿En dónde está Tank?

—¿Tank qué?

—Tú sabes a quién me refiero. Al dueño de esta casa. ¿Qué hiciste con él? ¿Y en dónde está Cap?

Hallie tuvo un ataque de nervios. Gritó y se lanzó hacia Fred, dispuesta a ahogarle con sus manos.

Lanzando un grito de angustia por la temeridad de Hallie, Trixie, Honey y Di la siguieron. Fred lanzó la barra. No acertó a Trixie ni a Honey, pero rozó la parte superior de las botas de Di.

—¡Vete a buscar tu honda! —le gritó Hallie con inesperada firmeza.

El rostro de Fred se contrajo de ira. Se agachó para coger una tabla.

Desde la puerta Ron le advirtió:

—Quieto, Fred. Quédate donde estás.

En una mano llevaba un rollo de cuerda y en la otra balanceaba el hacha de Tank.

—Apartaos de mi camino —gruñó Fred.

Las chicas retrocedieron a toda prisa. Diana tropezó con una banqueta. Sin apartar los ojos de Fred, Trixie ayudó a Diana a ponerse en pie.

Trixie vio que Fred avanzaba hacia Ron. Entonces ella tomó con ambas manos la banqueta y la lanzó con todas sus fuerzas. Alcanzó a Fred en una pierna. Al doblarse ante el inesperado golpe, Fred metió el pie en el hueco que había abierto sobre el suelo de madera.

Entonces, mientras Fred manoteaba para recuperar el equilibrio, Hallie se apoderó de un cubo y se lo caló en la cabeza. Honey saltó hacia delante para ayudar a Hallie a sujetar el cubo. Di se lanzó a recoger la barra.

—¡Ya le tenemos, Ron! —gritó Honey—. Átale.

—Tú, Trixie, hazle los honores —dijo Ron—. Yo montaré guardia.

Mientras Fred bramaba amenazas que resonaban bajo el cubo, Trixie ataba juntos los tobillos y las manos del hombre.

—Justo a tiempo.

Escucharon la voz nasal, fatigada, de Opie Swisher:

—¡Fred, corre, hijo!

Pronto apareció vacilante en el patio, gritando con voz ronca:

—¡Corre, Fred!

Tras ascender por el sendero de la montaña, Opie estaba exhausto. Ron apareció en el quicio de la puerta en el mismo momento en que Opie trataba de entrar. Opie, estupefacto, levantó las manos y tragó saliva:

—Me entrego. Pero ¿cómo conseguisteis adelantarme?

Ni siquiera se resistió cuando Ron procedió a atarlo.

Nadie le respondió. Las cuatro chicas abandonaron la cabaña y se dirigieron temblorosas hacia el huerto. Sus rodillas se doblaban de fatiga y por la tensión de los últimos momentos. Gritaron todas a una la señal: ¡Bob, bob-white! ¡Bob, bob-white!

Desde el sendero les llegó la respuesta, ¡Bob, bob-white!

Y del bosque surgieron Knut, Brian, Mart y Jim.

—¿Cómo llegasteis hasta aquí? ¿Volando? —preguntó jadeante Jim.

—Por el atajo de los ciervos —respondió lacónicamente Hallie —. Todo está bajo control.

—Hemos capturado a Fred y a Opie —añadió Trixie.

—¿Os han dicho en dónde están Tank y Cap? —preguntó Knut.

Para entonces Ron se había unido a los exhaustos Bob-Whites.

—Trixie dedujo que estarían arriba. Vamos a la mina, tenemos que rescatarlos.

Cruzaron una valla de estacas perfectamente alineadas en las que aparecía el nombre de Tank, Anders Anderson. Trixie ignoraba cómo sería una mina de oro, pero desde luego le sorprendió que fuera algo tan banal como un montón de escorias, algunas viejas carretillas, picos, palas y una rústica puerta junto a una profunda trinchera.

Hallie y Knut fueron los primeros en llegar a la puerta.

—¡Está cerrada! —gritó Hallie.

—¿Qué esperabas? ¿Una alfombra persa? —le preguntó Knut.

—¿Cómo podremos entrar? —gimió Di.

—Ya supuse que sucedería esto —dijo Ron—. Por eso me traje el hacha de Tank.

Después de muchos hachazos, retiraron los goznes del marco de la puerta. Mart y Brian la abrieron por ese lado y luego la derribaron.

—¡Tank! —llamó Knut—. ¿Está usted ahí?

Durante un tiempo todo quedó en silencio.

—¡Cap! ¡Tank! —chilló Hallie.

—¡Por aquí, la culpa es mía! —fue la débil pero serena respuesta.

Entre sollozos, Hallie arrebató a Mart su linterna y se lanzó hacia la fría y húmeda oscuridad de la mina.

Los otros fueron tras ella más cautelosamente. Descubrieron a Tank tendido sobre una lona plegada y encadenado al muro por un tobillo. Junto a él había un cubo de agua, una lámpara con las pilas ya gastadas y una mofeta que súbitamente aporreó el suelo de roca.

—¿Es Mister o Loverly? —preguntó Knut al tiempo que se acercaba cautelosamente.

El viejo minero protegió sus ojos de la luz y consiguió reír débilmente entre dientes, al tiempo que decía: —Es mi Loverly.

Hallie se arrodilló para abrazar los delgados hombros de Tank.

—Tank, oh, Tank —musitó—. ¿Está usted bien? ¿Y Cap?

Mientras le acariciaba y le hablaba, los demás consiguieron

liberar a Tank.

—¿Le duele, señor? —preguntó Brian—. ¿Se siente capaz de ponerse en pie?

Tank alzó sus arrugadas manos, engarabitadas por la artritis.

—Vamos a intentarlo.

Diversas manos ayudaron a Tank a ponerse en pie. Con paso vacilante, y bien sostenido por Mart y Knut, se encaminó hacia la salida, por donde asomaban ya las primeras luces del nuevo día.

Hallie llevaba a Loverly y no hacía más que decir:

—¿Pero en dónde está Cap? ¿En dónde está Cap? ¿Es que no hay nadie que vaya a liberarlo?

Una vez al aire libre, Tank se desembarazó de las manos que le sostenían. Tiritando, cruzó sus largos brazos.

—No había pasado tanto frío desde que una vez me quedé encerrado en mi cueva del hielo —dijo.

Aceptó después el suéter que le ofreció Jim.

—Y ahora, ¿querréis decirme a qué viene todo ese parloteo acerca de Cap? ¿Por qué pensabais que estaba conmigo?

—¿Qui-quiere decir que no está? —tartamudeó Hallie.

¡Al fin, sano y salvo! • 20

TODOS REGRESARON a la cabaña rápidamente, para acosar a preguntas a los Swisher. Padre e hijo se limitaron a mirarlos y mantuvieron sus bocas cerradas.

—No diremos una palabra —dijo con hosco gesto Opie—. Todos nuestros planes se han venido abajo. ¿Por qué vais a tener vosotros mejor suerte que nosotros? Yo estaba a punto de matar un patudo y lograr que mi nombre figurara en los libros de historia, y Fred iba a encontrar oro. Hubiéramos sido ricos y famosos. No es justo que no haya quedado nada para nosotros en la gamella.

—Vamos a buscar por ahí —les apremió Trixie—. Es posible que hayan encadenado a Cap en algún lugar cercano.

No les llevó mucho tiempo registrar la zona de la mina, la caseta de la bomba, la cueva del hielo y la leñera. No había rastro de Cap.

—Volvamos al campamento y busquemos desde allí —decidió Trixie—. ¿Pero qué hacemos con los Swisher?

—Oh, dejádmelos a mí —dijo Tank frunciendo el ceño.

El viejo minero contemplaba desde el quicio de su puerta a los inesperados huéspedes.

—Ahora recuerdo —dijo Ron— que el sheriff Sprute me prometió que estaría en el campamento cuando se hiciera de día. Puede aparecer por aquí en cualquier momento. Yo me quedaré hasta que llegue y recoja a nuestros prisioneros.

Di había ido a la cocina de Tank, en donde Mart le ayudaba a hacer fuego.

—Nadie se irá a ninguna parte hasta que desayunemos —dijo—. Tank, haré lo que usted prefiera.

—Señorita —le dijo amablemente Tank—, puedes hacer lo que gustes.

Con tantos pinches, pronto estuvo preparado el desayuno: grandes lonchas de jamón, bollos calientes con miel silvestre y

tazones de chocolate caliente. Brian insistió en que Tank sólo tomara sopa, con algunos tropezones.

Trixie terminó su parte y se volvió hacia Tank:

—He estado pensando en su traje de pieles, el que le robó Fred. Si no le molesta que le pregunte…

La interrumpió la risa entre dientes de Tank:

—Cuando llega el invierno mis huesos se hielan hasta la médula —le explicó—. Esta vez me fabriqué eso. Estiré algunos pellejos y corté un pelele cálido, de piel…

—¿Pelele? —repitió Di.

—Pijama —aclaró Hallie.

—Pero desapareció antes de que hubiera puesto la cremallera. Luego tuve que pelear cuerpo a cuerpo, y perdí —echó una mirada al desorden que reinaba en la cabaña y al agujero del suelo. Después sonrió tímidamente—. Pero me parece que no encontraron el oro, ¿verdad?

—Pues claro —le consolaron Knut y Hallie.

Trixie se removió inquieta.

—A mí me parece que a esta señorita le gustaría conocer el escondrijo —aventuró Tank.

Trixie asintió de buena gana.

Tank observó desdeñosamente a los Swisher.

—Todo el mundo afuera menos ésos.

Los jóvenes se agolparon en la puerta, muriéndose de curiosidad por saber en dónde ocultaba Tank los ahorros de toda una vida.

Tank inclinó hacia ellos su calva cabeza y murmuró:

—¡Está oculto entre bloques de hielo, en el fondo de la cueva!

Trixie se echó a reír satisfecha.

—Eso está bien, caramba. ¡Me alegro de que la cerráramos, pues Fred la dejó abierta!

—Yo también —repuso tranquilamente Tank—. Y me parece que mañana me llevaré todo el oro al Banco.

—Oh, Tank, eso es maravilloso —dijo Hallie, dándole otro abrazo.

—Sí, bueno, pienso que éste será un buen año de cardos, ¿eh?

—Naturalmente —le respondieron todos los Bob-Whites.

Knut señaló un helicóptero que sobrevolaba la montaña tan bajo como podía.

—El sheriff Sprute ha puesto manos a la obra —observó Knut.

—Ya era hora —comentó impaciente Hallie.

—Cap desapareció al final de la tarde del miércoles y ahora es la mañana del viernes —repuso Knut, tratando de que su hermana entrara en razón.

—¡Tan poco tiempo! —dijo con aire de incredulidad Di—. Me ha parecido una eternidad.

Sus fatigados compañeros opinaron lo mismo, pero se despidieron estoicamente de Tank y de Ron, e iniciaron el descenso.

A Trixie se le antojaron interminables las dos horas de la ya familiar bajada. Mucho tiempo antes de que llegaran al Arroyo del Campeón, Trixie olió a humo y dedujo que o la señorita Trask había sobrevivido toda la noche sola, o había fuego en el bosque.

El grupo irrumpió en el campamento, pero la señorita Trask les había oído aproximarse y ya había puesto a calentar salchichas, y se disponía a preparar huevos revueltos…

—El sheriff ha estado aquí —les dijo mientras servía el zumo de naranja—. Ahora ha ido a asignar sectores de búsqueda a sus hombres, pero volverá.

—Encontramos a Tank —dijo Trixie— y atamos a los Swisher. Pero…

—Pero no hallamos a Cap —completó tristemente Hallie—. ¿En dónde podrá estar ese cerebro de pájaro?

La señorita Trask bebió con cuidado mientras su cara componía un gesto de compasión. Luego sonrió de repente y con un dedo tembloroso señaló hacia la carretera. Sorprendidos por la extraña reacción de la señorita Trask ante las palabras de Hallie, los demás volvieron la cabeza y miraron por encima de las tiendas de campaña.

¡Cap Belden llegaba al campamento!

—¡Capelton! —dijo Knut con voz quebrada.

—¡Cap! —chilló Hallie.

Los Bob-Whites contemplaron a los tres Belden de Idaho abrazados con las cabezas muy juntas. Luego también ellos corrieron para reunirse con Cap.

—¡Creíamos que te había atrapado el sasquatch! —gritó Di.

—¿Ese engaño? —dijo desdeñosamente Cap.

—¿En dónde has estado? —preguntó Hallie—. ¡Hemos hecho

nuevos senderos de tanto buscarte!

—He estado caminando por el Monte del Cedro —dijo Cap.

—¿El Monte del Cedro? —se asombró Hallie mientras con una mano señalaba vagamente hacia el Oeste.

—¡Pero eso está muy lejos de aquí! —añadió Knut con un silbido.

—A mí me lo dices —replicó con gesto de cansancio—. Me sentaré antes de caerme en redondo.

Se derrumbó en la primera silla que encontró. Estiró ambas piernas, se echó hacia atrás y cerró los ojos. Pelillos castaños asomaban en sus mejillas y debajo de la nariz. Había perdido la cinta de cuero con la que habitualmente sujetaba sus largos cabellos. Sucio, magullado y cubierto de arañazos, Cap Belden constituía la imagen más hermosa que Trixie había visto nunca. Reparó en que los pies de Cap se hallaban envueltos en pedazos de cuero, sujetos por improvisados cordones que debían de proceder de los largos flecos de su maravillosa chaqueta.

—¿Por qué hiciste trizas tu chaqueta? —le preguntó—. ¿Y en dónde están tus zapatos?

Cap adoptó un aire compungido.

—Después de desembarazarme de un Swisher, el otro me derribó de un culatazo. Me metieron en su vieja furgoneta y me llevaron a un refugio abandonado de leñadores, en el Monte del Cedro. Me quitaron los mocasines y me dejaron allí. Conseguí desatarme y he estado caminando hasta ahora. Gracias a la chaqueta. De ahí saqué el cuero para envolverme los pies. También conseguí algo de comer.

Hallie se agitaba en torno a él. Sus ojos arrojaban un fuego negro. Sonreía constantemente. Declaró con orgullo:

—¡Os dije que Cap era capaz de vivir de la tierra!

—Sólo en situaciones límite —murmuró él.

Después de que Cap comió, los exhaustos excursionistas se metieron en sus sacos para disfrutar de su primer sueño tranquilo desde que comenzaron sus aventuras.

Trixie durmió pacíficamente, sabiendo que tanto Cap como el viejo Tank estaban sanos y salvos. Pero en un instante, a mitad de camino entre el sueño y la vigilia, se maravilló ante la sensación de armonía con la naturaleza que ofrecían los dos: un muchacho de

dieciséis años, enamorado de la montaña, y un rudo minero de ochenta. Si en ese marco apareciese en el futuro un sasquatch, ellos lo aceptarían en vez de combatir contra él.

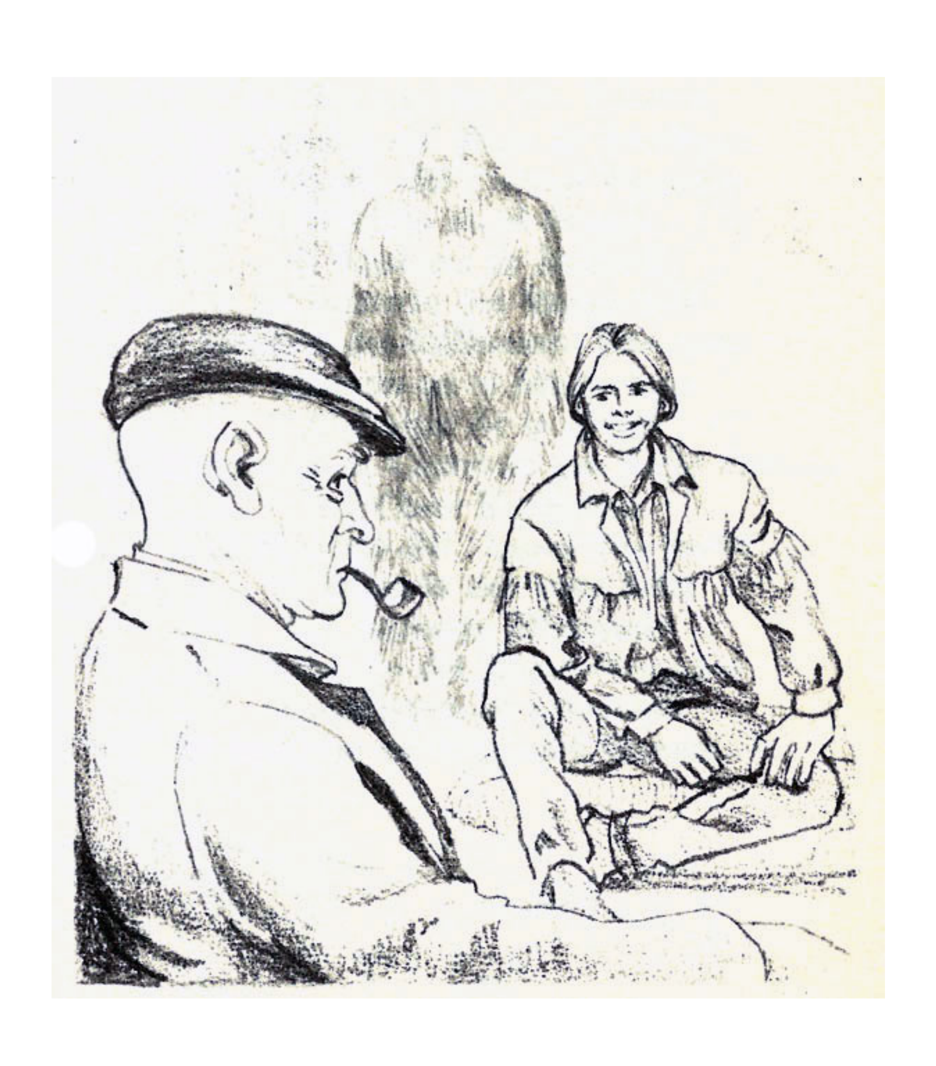
—Y espero que aparezca —murmuró Trixie.

—¿El qué, Trix?

Los redondos ojos de Trixie se abrieron de repente, pero no vieron la cara de ningún monstruo. Honey se inclinaba sobre su saco para decirle que muy pronto Knut presentaría a Gloria a los Bob-Whites.

—Un sasquatch —contestó Trixie—. Espero que sea realmente auténtico.

¿Esperar? ¿Por qué había empleado aquella palabra? Ella había visto a la extraña bestia del bosque a la pálida luz del alba y a mediodía. Había oído sus aullidos y conocido su olor. Su nombre se sumaría pronto a los de la larga, larguísima lista de personas cuyas vidas se habían sentido transformadas por una imagen, un sonido o un olor. Hasta que el misterio fuera resuelto en un laboratorio, Trixie podría aferrarse al recuerdo de algo increíblemente antiguo, apenas entrevisto y más allá de toda comprensión.



Autor

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.

Notas

[1] N. del T.: Trixie ha experimentado el escalofrío de un presentimiento. Se trata de una expresión intraducible que, sin embargo, he preferido trasladar literalmente, por lo que a continuación se dice. <<

[2] N. del T.: Rip Van Winkle: personaje ficticio de los montes Catskill, en el Estado de Nueva York, quien en la época colonial durmió veinte años seguidos. < <

[3] N. del T.: Una expresión intraducibie. El personaje en cuestión debería decir en inglés «I think». Pero, para revelar sus dificultades expresivas, se le hace decir: «Ay tank». < <

[4] N. del T.: Personaje de «Mucho ruido y pocas nueces», de Shakespeare. < <